

MUNDO HISPÁNICO

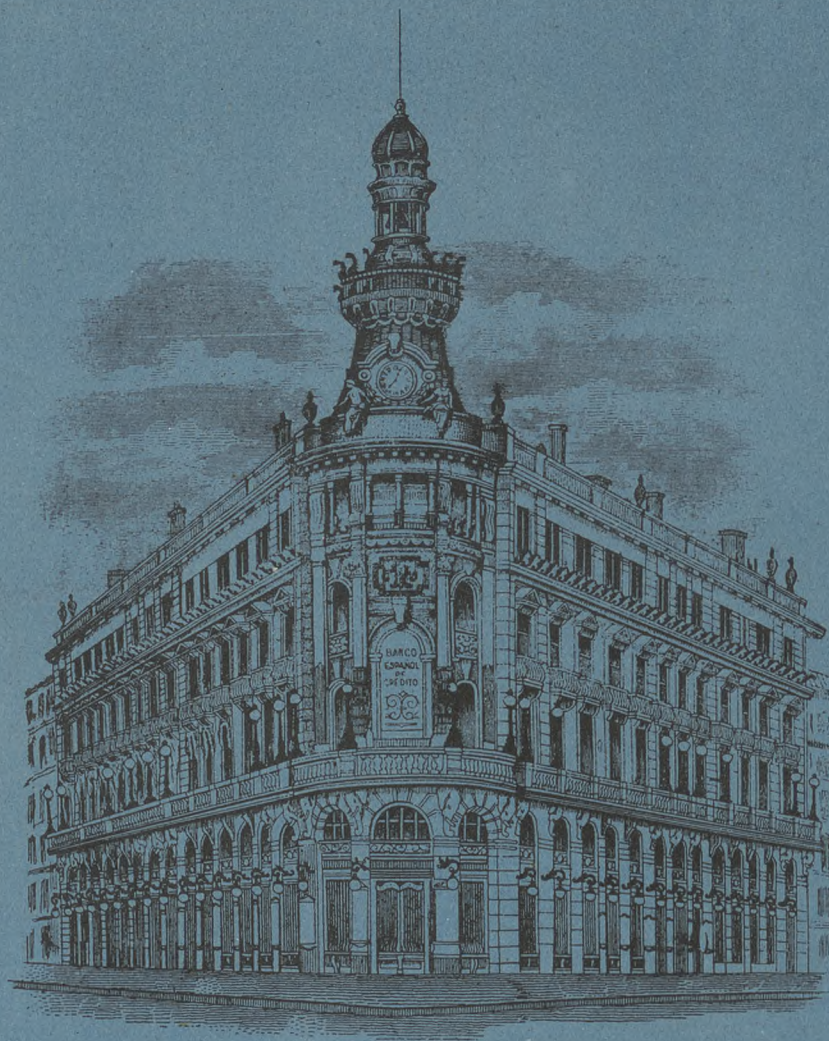


★ LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES ★

ARGENTINA..... PESOS. 1,50	CUBA..... PESOS. 0,35	HONDURAS..... LEMPIRAS. 0,90	PORTUGAL..... ESCUDOS. 15,00
BOLIVIA..... BOLIVIANOS. 25,00	EL ECUADOR..... SUCRES. 5,60	MEJICO..... PESOS. 1,85	PUERTO RICO..... DOLARES. 0,35
BRASIL..... CRUCEIROS. 7,50	EL SALVADOR..... COLONES. 1,00	NICARAGUA..... CORDOBAS. 1,50	R. DOMINICANA..... DOLARES. 0,35
CHILE..... PESOS. 15,00	ESPAÑA..... PESETAS. 10,00	PANAMA..... BALBOAS. 0,35	URUGUAY..... PESOS. 0,80
COLOMBIA..... PESOS. 0,90	FILIPINAS..... PESOS. 1,00	PARAGUAY..... GUARANIES. 1,30	VENEZUELA..... BOLIVARES. 1,30
COSTA RICA..... COLONES. 2,50	GUATEMALA..... QUETZALES 0,35	PERU..... SOLES. 2,50	El resto del mundo, equivalencia sobre PESETAS. 10,00

AGOSTO - 1948

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID



Banco Español de Crédito
Madrid

Domicilio social: MADRID - ALCALA, 14
MAS DE 400 SUCURSALES EN ESPAÑA Y MARRUECOS

Capital desembolsado..... 207.488.000,00 pesetas
Reservas 178.576.639,60 pesetas

Ejecuta bancariamente toda clase de operaciones mercantiles y comerciales.

**Está especialmente organizado para la financiación
de asuntos relacionados con el comercio exterior.**

MEXICO



DEPARTAMENTO DE TURISMO
DE LA
SECRETARIA DE GOBERNACION



ASOCIACION MEXICANA DE TURISMO
MEXICAN TOURIST ASSOCIATION

REPRODUCCION DEL CARTEL IMPRESO EN LOS TALLERES DE SANTIAGO GALAS, MEXICO, D. F.

Las telas de

“JUNCO”

VISTEN
A
MEXICO

V. Carranza 91
MEXICO, D. F.
Casa en Orizaba, Ver.

Teléfonos:

Eric. 12-82-94
18-67-76
Mex. 35-50-05

"LA CAROLINA" "LA REFORMA"

FABRICACION DE HILADOS TEJIDOS Y ESTAMPADOS DE ALGODON



C. NORIEGA Y CIA. SUCS. S. EN C.

MEXICO

GERENTES:

JOSE MARIA ARECHEDERRA
AMBROSIO IZU
JAIME ARECHEDERRA
ANTONIO ARECHEDERRA
LUCIANO ARECHEDERRA

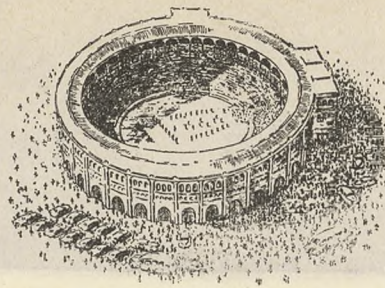
COMANDITARIA

MARIA Z. VDA. DE QUINTANA

FABRICA Y OFICINAS: II.^a DE ZARAGOZA, N.º 228

ERICSSON 26-60-84 - 26-54-69 → MEXICANA Q-1946 → APARTADO N.º 2356 → CABLE "HAGES"





PUBLICACIÓN MENSUAL

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ-BELLA

REDACCION Y ADMINISTRACION
Alcalá Galiano, 4. - MADRID
Apart. 245 - Direc. teleg.: MUNISCO

MVND0 HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

N.º 7. - AGOSTO 1948

DIRECTOR: ROMLEY
(MANUEL M.ª COMEZ COMES)

Redac. - Jefe: MANUEL SUÁREZ-CASO

Secret. de Red.: RAIMUNDO SUSARTA

Portada: LOS LLANOS DE VENEZUELA, por Sáez. - Pág. 7: "SIEMPRE DAR", por Juan Aparicio, y SUMARIO. - Pág. 8: "LOS TOROS", por Abel Bonnard. - Pág. 11: "SALVADOR DALÍ, UN ESPAÑOL DE PRO", por Carlos Sentís, e ILUSTRACIONES DEL "QUIJOTE", por Dalí. - Pág. 15: REGATAS DE TRAINERAS EN EL CANTÁBRICO, por "Porriño". - Pág. 19: "MANOLETE", poema del Conde de Foxá. - Pág. 20: "RECUERDO DE MANOLETE", por M. Rodríguez de Rivas, y "LOS ANALES DEL ESPEJO DE L Hardy", por Adriano del Valle. - Pág. 22: SONETO A "MANOLETE", por Alfredo Marquerie. - Pág. 23: DOS BRINDIS A "MANOLETE", por José M.ª Alfaro y A. del Valle. - Pág. 24: POLO EN PUERTA DE HIERRO: ARGENTINA - ESPAÑA. - Pág. 26: "MADRID CON FALDA LARGA". - Pág. 27: EL MONASTERIO DE POBLET. - Pág. 31: FERIAS DE MUESTRAS DE BARCELONA Y VALENCIA. - Pág. 35: GOYA, por Valentín Sambricio, y "EL ENTIERRO DE LA SARDINA" y "LA MAJA VESTIDA", de Goya. - Pág. 39: "EL LEÓN ESPAÑOL A LA IZQUIERDA", por F. Muñoz Hidalgo, O. P. - Pág. 41: EL PRIMER OBISPO DE MÉXICO, por Antonio González y Mz. de Olaguibel. - Pág. 43: LA CIUDAD DE ASUNCIÓN, por Pedro de Lorenzo. - Pág. 44: "ROMERÍA DE LA GRACIA", por Víctor de la Serna. - Pág. 47: EL CERTAMEN CINEMATOGRAFICO HISPANOAMERICANO. - Pág. 51: LARRETA EN ESPAÑA. - Pág. 52: GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA, por Mercedes Ballesteros de la Torre (ILUSTRACIONES de Sáez de Tejada). - Pág. 54: SIR ALEXANDER FLEMING EN ESPAÑA y NUESTROS COLABORADORES. - Pág. 55: SECCIÓN ECONÓMICA y BIBLIOGRAFÍA. - Pág. 58: CARTAS DE LOS LECTORES y SECCIONES VARIAS.

SIEMPRE DAR

Tanto se ha escrito y escribiremos sobre España, que las palabras no dejan ver constantemente cuanto a la manera romántica se ha denominado su genio, su simiente vital, y cuanto al modo cristiano ha de llamarse su alma, más preferible que, empleando el racionalismo clásico, decir su razón. El genio de España, la razón de la subsistencia de España, el alma española, por encima y por debajo del Estado y de la Economía, no es un alma refractaria, impermeable, intransferible y esquiva; sino la más vivaz, plástica, moldeadora, modeladora de hombres y vocablos del mundo. España, a pesar de su peninsularidad y de los montes Pirineos, no es un mundo aparte, sino el matraz y la matriz donde se han revuelto y se han engendrado stirpes, cultos, costumbres y conversiones. Desde Nuevo México a las islas Malvinas hay nombres españoles en cada accidente de la Geografía que perdurarán hasta la resurrección de la carne, esa carne de cuerpos bautizados españolamente; pero no es sólo la toponimia americana o la vida americana las que delatan su origen, más trascendente que su ser aborigen, sino que es el Diccionario europeo—voces y biografías—el que cada día se nutre y se renueva con sustancia española, con la influencia cotidiana de España.

Para el siglo XIX acuñamos el nombre sustantivo "guerrilla" y la calificación de "liberal", que traspasando las fronteras han trasladado por doquier el sentimiento trágico de nuestra existencia en la centuria décimonona. La ancha tradición renacentista de ser liberal por liberalidad, por magnanimidad de espíritu y la postura tridentina del libre albedrío hispánico se habían corrompido en las apariencias o en las fórmulas liberales. Es exagerado deducir que el liberalismo es pecado, aunque pudiera definirse como pecado contra la libertad de cada hombre y de cada patria; pero el liberalismo trajo la sustitución de la guerra grande por la guerra civil, por la guerrilla, o sea un descubrimiento padecido y propalado por España. Luego añadimos al léxico internacional la anticipación de que unos trabajadores podían actuar nacionalmente reventando una huelga. En Santa María de Corcó, pueblecito catalán que es también conocido comarcamente como L'Esquirol, hubo un conflicto laboral y un paro impuesto por algún Comité clandestino. Sin embargo, ciertos obreros se aprestaron a no interrumpir su labor, siendo denominados desde entonces y en adelante "esquiroleros". El esquirol rompía la solidaridad societaria, porque la sociedad de un país o de una época es algo más de un rebaño de personas unidas por un carnet de cotización y enganche. El esquirol debió transformarse en el fascista como después al crear el concepto y la frase de "quinta columna" hemos puesto un "robot" peligrosísimo en las manos de la subversión más moderna. Las quintas columnas han nutrido los movimientos insurreccionales de la Resistencia frente a Alemania y las quintas columnas han servido a los soviets por delante y por detrás del telón de acero. El mariscal Smuts, al posesionarse de la cancillería de la Universidad de Cambridge, pronunció un discurso contra el comunismo, en el que sobresalieron los perfiles de este hallazgo: "That new technique is what, since the Spanish revolution, has come to be known as the fifth column." La técnica del golpe de Estado presentada a nuestra mocedad por Curcio Malaparte como sustitutivo de la técnica de la guerrilla, había sido sustituida a lo último por otra guerra más fría, por la técnica de la quinta columna propagada por los españoles.

Pero ¿quiénes se han vuelto enfrente de las quintas columnas utilizadas como la carcoma o como la polilla dentro de los cuerpos nacionales por los agentes de Rusia? ¿Quiénes han precedido a Joseph Broz en la rebeldía ante Moscú sirviendo los intereses militares, espirituales e históricos de sus países de nacimiento y procedencia? Pues antes que Tito y los otros Titos que le seguirán en la apostasía, Andrés Malraux y Alfredo Koestler, quienes como Tito y sus semejantes vinieron a España en las Brigadas rojas, y fué en España, al contacto con su matriz genesiaca, con su impronta original, con su esencia independiente, donde cada cual encontró su camino de Damasco. ¿Cuánto reflexionaría a solas el piloto Malraux mientras atravesaba altiplanicies y sierras para acabar enrolándose a las órdenes absolutas del general De Gaulle y sirviéndole como portavoz de la lucha de la Cruz de Lorena contra el partido del Extranjero o las feudalidades francesas? Malraux y Koestler se rehicieron en España, a cuyo genio plástico habrá que achacar todas las escandalosas rebeliones que surjan frente a Stalin.

España no es un país satélite, ni pertenece a la clientela, en la que se cobijen los paniaguados que piden en lugar del pan y agua en el hogar del protector, los bienes necesarios en el momento económico. La Providencia ha dispuesto que España sea la nación dadivosa de siempre.

J U A N A P A R I C I O

Prohibida la reproducción de textos e ilustraciones siempre que no se señale que proceden de MVND0 HISPANICO

LOS NOMBRES O CARACTERES REPRESENTADOS POR LOS PERSONAJES QUE APAREZCAN EN LOS TRABAJOS DE CREACION LITERARIA SON IMAGINARIOS; CUALQUIER PARECIDO CON PERSONAS REALES SERÁ MERA COINCIDENCIA

PRECIOS: Argentina, Pesos, 1,50 • Bolivia, Bolivianos, 25,00 • Brasil, Cruzeiros, 7,50 • Chile, Pesos, 15,00 • Colombia, Pesos, 0,90 • Costa Rica, Colones, 2,50 • Cuba, Pesos, 0,35 • El Ecuador, Sucres, 5,60 • El Salvador, Colones, 1,00 • España, Pesetas, 10,00 • Filipinas, Pesos, 1,00 • Guatemala, Quetzales, 0,35 • Haití, Gourdes, 1,50 • Honduras, Lempiras, 0,90 • Méjico, Pesos, 1,85 • Nicaragua, Córdobas, 1,50 • Panamá, Balboas, 0,35 • Paraguay, Guaraníes, 1,30 • Perú, Soles, 2,5 • Portugal, Escudos, 15,00 • R. Dominicana, Dólares, 0,35 • Uruguay, Pesos, 0,80 • Venezuela, Bolívares, 1,30 • Para el resto del mundo, equivalencia sobre Pesetas 10.

EMPRESA EDITORA Y DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS, S. A. - CALLE DE MENORCA, 15 - MADRID

IMPRESORES: TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID) • HUECOGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA) • OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE (SAN SEBASTIAN)

EN ESTA COLUMNA DE LOS NOMBRES, EN BLANCO, DE LOS "VEINTITRES PAISES", SE SUBRAYARÁN CON OTRO COLOR LOS QUE EN CADA NUMERO SEAN RECORDADOS O GLOSADOS ESPECIALMENTE

Argentina

Bolivia

Brasil

Colombia

Costa Rica

Cuba

Chile

Ecuador

El Perú

El Salvador

España

Filipinas

Guatemala

Honduras

Méjico

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Portugal

Puerto Rico

R. Dominicana

Uruguay

Venezuela

LOS TOROS

POR

A B E L B O N N A R D

DE LA ACADEMIA FRANCESA



He asistido últimamente a corridas de toros y he vuelto a encontrar en ellas todo el placer que había tenido al verlas, desde hace mucho tiempo, cada vez que venía a España. Quisiera referirme a este deleite, tratando de especificar sus diferentes elementos.

Lo que ante todo cautiva al profano, en una corrida de toros, es la presentación del espectáculo. En un gran día de verano, abrasado de sol, cuando en las graderías de la enorme plaza no queda un sitio vacío, ¿cómo no sumarse a los sentimientos de un público inmenso, mientras concentra toda su atención en el bello grupo de toreros haciendo el paseo, que se han vestido, para arriesgar la vida, los trajes más vistosos y delicados, y cuya sangre puede a cada instante manchar los colores de las flores? Lo que primero seduce es esa ceremonia a un tiempo grave y rumbosa. Y en seguida conmueve y suspende el drama mismo, perfectamente ordenado, que se concreta por grados, desde su amplia abertura, llena de capricho y de fantasía, hasta el instante fatal en que un desnudo antagonismo enfrenta al toro que ha de morir con el matador que puede resultar muerto.



Entre estos dos extremos se despliega todo el arte, con sus invenciones, prestigios y adornos; arte a veces tan seductor que el peligro parece en él escamoteado por el juego. Entonces el espectador novel se convierte poco a poco en aficionado, a medida que su placer aumenta y se depura por la experiencia. En un principio delecta, para leerlo cada vez mejor, el poema de valor y de habilidad que cada maestro del toreo escribe sobre la arena del coso. ¡Cuántos momentos se destacan entonces del conjunto de la corrida por su gracia peculiar! ¿Hay algo más bello que esos lances en que el toro, alucinado por la fluctuación de las capas, burlado, chasqueado, casi escarnecido, parece un zángano rechoncho perdido entre las flores? ¿Hay algo más pasmoso que las banderillas maravillosamente puestas, cuando el toro, embistiendo al hombre que le llama y le provoca, se refrena sólo por las dos punzadas precisas que le infligen dos manos hábiles y serenas? No conozco nada que mejor represente la victoria del espíritu sobre la fuerza bruta.

Entre estos dos extremos se despliega todo el arte, con sus invenciones, prestigios y adornos; arte a veces tan seductor que el peligro parece en él escamoteado por el juego. Entonces el espectador novel se convierte poco a poco en aficionado, a medida que su placer aumenta y se depura por la experiencia. En un principio delecta, para leerlo cada vez mejor, el poema de valor y de habilidad que cada maestro del toreo escribe sobre la arena del coso. ¡Cuántos momentos se destacan entonces del conjunto de la corrida por su gracia peculiar! ¿Hay algo más bello que esos lances en que el toro, alucinado por la fluctuación de las capas, burlado, chasqueado, casi escarnecido, parece un zángano rechoncho perdido entre las flores? ¿Hay algo más pasmoso que las banderillas maravillosamente puestas, cuando el toro, embistiendo al hombre que le llama y le provoca, se refrena sólo por las dos punzadas precisas que le infligen dos manos hábiles y serenas? No conozco nada que mejor represente la victoria del espíritu sobre la fuerza bruta.



No incurriré en la fútil comparación de las corridas de toros con los espectáculos



ofrecidos por los deportes: combates de boxeo, partidos de fútbol, torneos de esgrima y de tenis. Cualquier deporte nos da lecciones de energía, y en aquellos mismos en que la fuerza física parece serlo casi todo, no se adquiere nunca una superioridad eminente más que con intervención de la inteligencia. Lo único que me interesa notar aquí es que algunos de esos ejercicios, como las carreras de caballos o la venación montada, tienen más estilo que otros, es decir, dan lugar a una presentación que regula y ennoblece el esfuerzo humano. Pues bien, esta cualidad la encuentro yo, en grado superlativo, en las corridas de toros, y hace de ellas un espectáculo no sólo atrayente, sino simbólico y ejemplar.



Al emplear estas últimas expresiones, quiero decir que de todas las peripecias de la corrida no hay ninguna que no sea rica de sentido general; que no compendie y resuma en sí misma, para brindarlo a nuestra atención, lo que queda disperso y confuso en las luchas de nuestra vida. Cuando un gran torero muestra tanto valor como arte, se dice que trabaja entre los cuernos del toro. ¿Y qué hace, en circunstancias críticas, el hombre de Estado sagaz y lleno de sangre fría, sino trabajar entre los cuernos de los acontecimientos? Llegado el último acto de la tragedia, concentra el diestro toda su atención y su voluntad en cuadrar el toro. ¿Y qué hace el artista en el momento de emprender una gran obra, reuniendo todos los recursos de su talento y las fuerzas de su espíritu, sino cuadrar su asunto? ¿Qué



imagen más perfecta de la decisión (con la cual ha de simultanear la clarividencia más aguda y el denuedo absoluto), que la que nos da el matador cuando, solo frente al toro, en la suerte su-

prema, va a clavarle el mortífero estoque? ¿Y qué es el toro, en fin, sombrío y amenazador como una tormenta, con sus dos cuernos como rayos, sino una personificación de la Dificultad, tal como tenemos que vencerla en nuestro terreno, la cual es también brutal, marraja y cornuda?

Si paramos de nuevo la atención en el torero, encontraremos el mismo valor general en las cualidades que deben adornarle. Es a la vez un artífice que cincela su creación sobre un fondo de peligro, un virtuoso que nos hace olvidar tal peligro con su arte, un actor que trabaja en una tragedia verdadera, donde la muerte está realmente presente. Ha de ser pura invención en su duelo con el toro y su anhelo de gloria; pero, al mismo tiempo, deberá conservar absoluto dominio de sus nervios, permaneciendo impasible, imperturbable, para oír, sin que su faena se desluzca, los gritos y las invectivas del público.

Así, pues, no hay ninguna de las cualidades que son indispensables al matador de toros que no pueda aparecer en cualquier ensayo donde se ponga a prueba la capacidad humana.

En los más graves momentos de la lidia, cuando, como por ensalmo, el diestro parece haber reducido a docilidad a la bestia, antes indomable, que gira a placer en torno de su propia inmovilidad, ceñido y acosado por un peligro que desdeña risueño, ¿no pone de resalto ante nuestros ojos —y haciéndola espléndida— la cualidad suprema del hombre de acción: la calma; y no la de un espíritu adormecido, sino la que, por el contrario, se concierta con una atención vigilantísima, con una energía diligente, de modo que el torero es, en aquel trance, el modelo vi-





sible y la estatua policroma del hombre que cada uno de nosotros debiera ser en la hora crítica de su combate público o secreto?

Que las corridas de toros no tienen verdadero valor más que cuando son excelentes, es cosa que confirma y acentúa su semejanza con las otras artes. Las malas corridas no cuentan; no hay más remedio que olvidarlas. Son corridas; pero sólo en la medida en que los malos cuadros son pintura.

Concibo que haya españoles a quienes desagraden los toros. Es asunto de gusto personal al que no hay nada que oponer. Pero me dolería saber que hubiera quien deseara la desaparición de la fiesta. Porque no hay duda que las corridas conservan, ci-



fran y definen el alma y el genio de España. No va a ellas todo un pueblo sólo por divertirse y apasionarse, sino por recobrar conciencia de sí mismo, por volver a encontrarse y reconocerse en ese espectáculo elegante, artístico, peligroso, en esa no fingida tragedia, bajo el esplendor del sol.

Esta fuerza asociante no opera solamente entre los españoles. También en Méjico, en Lima y aun en otros países geográficamente lejanos de España y separados por la historia, las corridas hacen sentir a pueblos enteros la permanencia de su unión con lo español, por instinto y cultura. Allí mismo, la gigantesca corola del público forma parte de la lidia, ya cuando la multitud retiene su aliento con atención ávida y silenciosa, ya

cuando se desata en clamores, o ya, en fin, en los instantes, tan bellos, en que el ondear innumerable de los pañuelos es un ruego impaciente y mudo.

De las corridas que he visto, las que recuerdo con más gusto no son las más solemnes, donde a los sonos de una música jaca-randosa los mejores diestros hacían el paseo con su cuadrilla, marcando un poco el paso, vestidos con trajes de suaves colores, cubiertos de una capa de oro y de luz. Prefero recordar otras no tan magníficas, pero popularísimas. Por ejemplo, las que he presenciado en esos pueblecitos de Castilla que interrumpen por un día su vida austera y en que hasta los mismos viejos que no van a la plaza guardan la fiesta sentándose gravemente ante la puerta de su casa a ver pasar a los espectadores. Otra imagen que, no sé por qué, me gusta todavía más: Fué en Sanlúcar de Barrameda, al declinar de una espléndida jornada estival; por el horizonte de un mar de seda subían grandes y blandas nubes henchidas de la dulzura del tiempo. No había entre el público otros extranjeros que mis amigos y yo. Unos novilleros jóvenes, de nerviosa y elegante traza andaluza, se arriesgaban con increíble temeridad, para arrancar el aplauso de aquel público experto. Y, en efecto, cuando lo merecían, la ovación llegaba, y ensanchaba aquellos corazones casi infantiles con una ráfaga de gloria...



(Traducción de J. L. Vázquez Dodero.)
(Dibujos por Antonio Casero.)





SALVADOR DALÍ, ESPAÑOL DE PRO

DESDE la más remota historia del arte, emergen los nombres de Fidias y Praxiteles. Desde estos dos nombres, la Humanidad no ha cesado de luchar por un ideal de perfección. Durante la Edad Media, la historia del arte se sumerge en un oscuro anonimato hasta que, con el Renacimiento, vuelven a salir nombres casi divinos: Rafael, Leonardo, Giorgione, etc. Luego, los últimos efectos de la Revolución francesa vienen con el triunfo de Bouguereau — los triunfos de la burguesía —, que por cierto representan lo peor de lo peor. El impresionismo aparece como un movimiento contra esta manera burguesa. Más tarde Matisse y Picasso intentan épater le bourgeois, mas la burguesía muy pronto se acostumbra a ello y lo asimila.

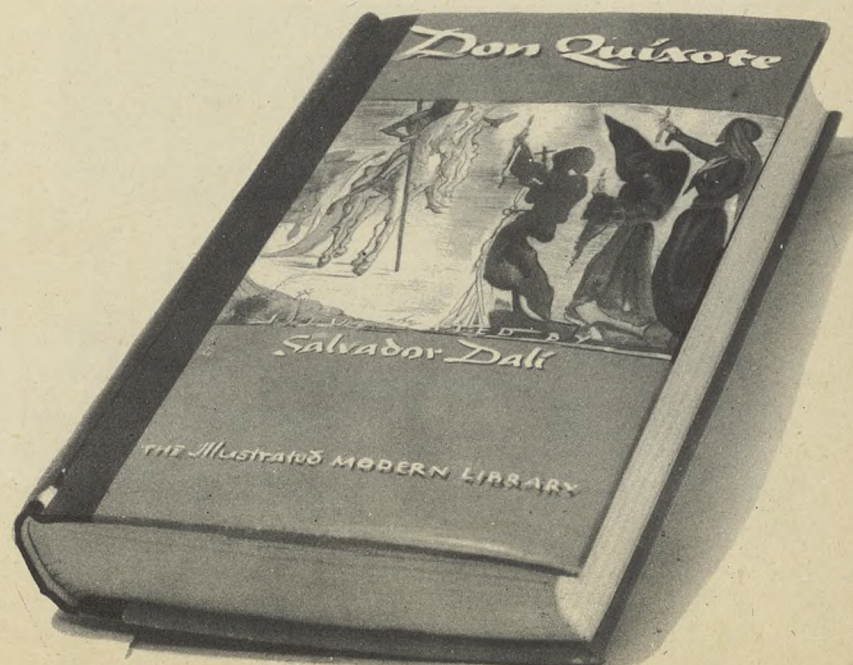
»Ingres fué el primero que realmente chocó a la burguesía. Pero sus ídolos fueron los primitivos. El esfuerzo final de Cézanne fué la recreación de Poussin d'après nature. Por otro lado, el arte contemporáneo con la desintegración de los abstractos ismos, amenaza de nuevo sumergir la historia del arte en un total y anónimo pseudo-decorativismo. Pero, justamente en este momento, un nuevo nombre emerge: Dalí, quien, exactamente como todos los otros grandes nombres, sigue la antigua tradición.

»Guste o no guste a las gentes, sea para bien, sea para mal, la historia del arte encuentra en Dalí un nuevo punto de partida.

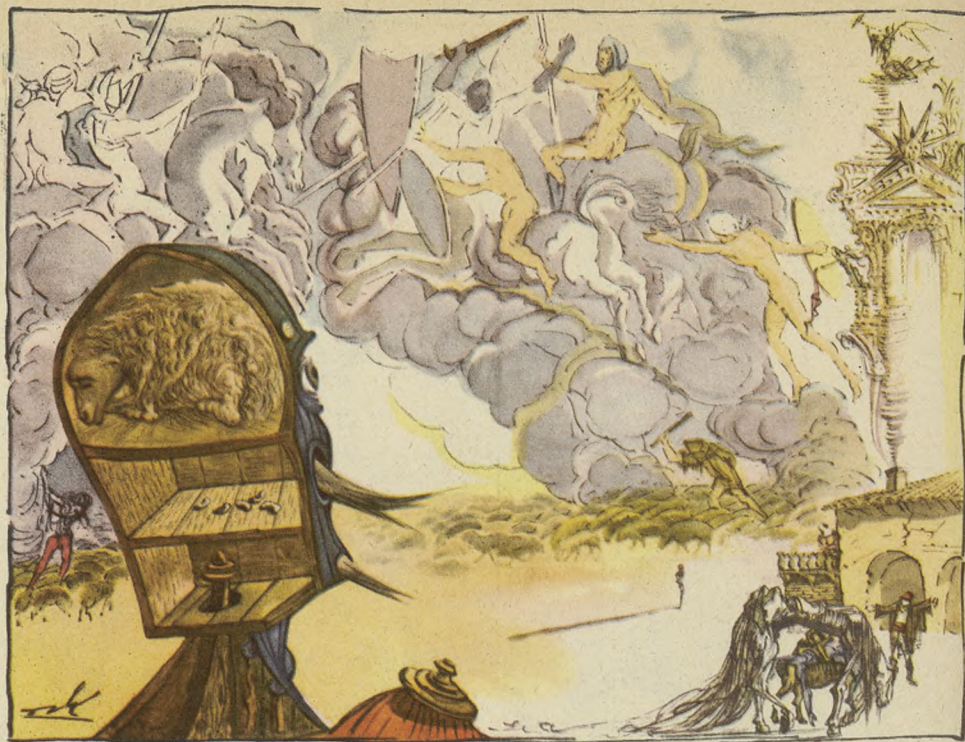
- »La pintura ha muerto. ¡Viva la pintura!
- »Permitaseme recapitular de nuevo.
- »Rafael deseó recrear Praxiteles.
- »Poussin deseó recrear la belleza greco-romana.
- »Ingres deseó recrear Rafael.
- »Cézanne deseó recrear Poussin.
- »El mismo Picasso, cuando no se siente demasiado anarquista ibérico, desea recrear Ingres.
- »Entonces dejadme decir a mí que Dalí desea recrear a Rafael porque la belleza es una e indivisible y fría, excepción hecha de los momentos oscuros de la barbarie en la historia.
- »¡La eterna fuente de la antigua belleza!

SALVADOR DALÍ,

LA REVISTA DE 23 PAISES



Reproducimos en estas páginas los diez dibujos a todo color con que Salvador Dalí ilustró una edición del «Quijote», lanzada en Nueva York.



ENFOCANDO directamente la persona de Salvador Dalí me apresuraré a decir que, a pesar de estos elogios de Salvador Dalí firmados por Salvador Dalí, el gran pintor español es un sujeto ecuánime, modesto y muy fríamente inteligente. Sucede, simplemente, que Dalí está convencido de su huella en la historia del arte y cree que no hay motivo para moverse en los estrechos límites de una falsa modestia o de una hipocresía emperifollada.

Salvador Dalí, una de las personas más conocidas hoy día en Norteamérica, regresa ahora, seguro y parsimoniosamente, hacia los caminos de la pintura clásica — y clásica española — después de haber alumbrado en su primera juventud, durante sus años de París, un movimiento que ha llenado la pintura de entre las dos guerras. De todos los pintores un día surrealistas, sólo Dalí, hoy totalmente de regreso, se mantiene en un primer puesto.

Dalí... Picasso... Es absolutamente impresionante considerar imparcialmente que los dos pintores hoy más en boga, más originales, más ensalzados del mundo, sean, precisamente, dos españoles. Sin estos dos nombres, la pintura actual sería una monótona repetición de lo que fué la pintura del siglo XIX. Así como un día Goya — otro español — abrió el cauce por el cual habíase de proyectar, muchos años más tarde, el impresionismo de los franceses, Dalí y Picasso abren nuevos moldes que se utilizarán, probablemente, durante muchas décadas.

Picasso... Dalí... Dos nombres de españoles contemporáneos. Dos nombres de españoles... Sin embargo, sólo en eso se parecen. Los une solamente esta su condición. Todo lo demás les separa. Y más que su orientación por los caminos actualísimos del arte, sus pasos y posiciones por los escollos de la política y de las ideologías. Mientras Picasso, un día comunista, se estabiliza en un confucionismo político, que saliéndose del comunismo está en los umbrales del anarquismo, Dalí, conservador esencial, ordenado, religioso, siente con alegría circular por sus venas la sangre tradicional de la vieja Cataluña, que es decir tanto como de la vieja España. Salido del hogar pa-

trio a muy temprana edad, para vivir en California durante años después de una tan larga como brillante etapa parisina, Dalí conserva prístina la huella de su tierra. Los veranos que pasó en la Costa Brava catalana durante sus años de París, mantuvieron en él, viva y fresca, la raíz española. Rivales en casi todo, Dalí (pintura aparte) tiene, sobre Picasso, su edad — cuarenta y cuatro años —, su falta total de amargura o resentimiento, y su saber vivir entre la sociedad más alta y cosmopolita del mundo — eso, probablemente, heredado por vía muy directa de su paisano José María Sert — y un saber administrarse, sin jamás dar la sensación de ello, realmente excepcional. Y luego, como si eso fuera poco, su saber escribir, su inteligencia natural extraordinaria. Con fabulosas faltas de ortografía y en una mezcla curiosísima de castellano, catalán y francés, Dalí describe sensaciones y recuerdos infantiles, como sólo sería capaz un gran poeta o un gran escritor introspectivo. Su capacidad literaria influye muchísimo a mantenerle constantemente en un primer plano de actualidad. Casi sin quererlo, anda siempre metido Dalí en todos los asuntos que atraen a las gentes. Hace unos meses, en las descripciones de las habitaciones donde los Príncipes de Edimburgo pasaron su luna de miel, se podía leer que un cuadro de Dalí presidía la decoración de la habitación que se reservó a la pareja en el palacio campestre de los Mountbatten. Lo pintó Dalí allí mismo cuando fué huésped de lady Mountbatten para pintarle el retrato. Cuando el escandaloso asunto de la bomba atómica y sus secretos comunicados a los rusos, el nombre de Dalí volvió a salir en la gran prensa norteamericana aunque, naturalmente, muy indirectamente. El profesor Hakoon Chevalier, el que habitualmente traduce sus obras al inglés, fué acusado de haber pasado información al cónsul de Rusia en los Angeles. Después Chevalier quedó rehabilitado. Parecía como si al final, sólo se tratase de dar una vuelta más a la manivela de la propaganda del gran pintor del Ampurdán. Me contaba Dalí, hace pocas semanas en Nueva York, donde pasa anualmente unos tres meses, abandonando





para esta temporada su casi conventual retiro de California, que su padre, también Salvador Dalí, notario de la ciudad de Figueras, provincia de Gerona, pegaba en una libreta los recortes de las primeras críticas que se publicaron en Barcelona cuando Dalí, todavía un muchacho, exhibió sus modestas telas. «¡Cuántas libretas necesitaría ahora mi padre!», comentaba Dalí. En efecto, tanto en el año 1946 como en el invierno pasado, he podido ver cómo todas las noches llega, mandada por una Agencia, a su siempre igual habitación del Hotel St. Regis, un sobre conteniendo los recortes de prensa que, por una u otra cuestión, se ocupan de Dalí. La crítica la mide Salvador por peso, por kilos. Le tocó Dalí el trigémino a Norteamérica. Su padre ahora no necesitaría libretas, sino baúles. Cuando Dalí recibe el sobre diario, aprecia el grueso y el peso y, sin abrirlo, dice, antes de encerrarlo en un cajón: «Hoy está mejor que ayer, pero peor que anteayer».

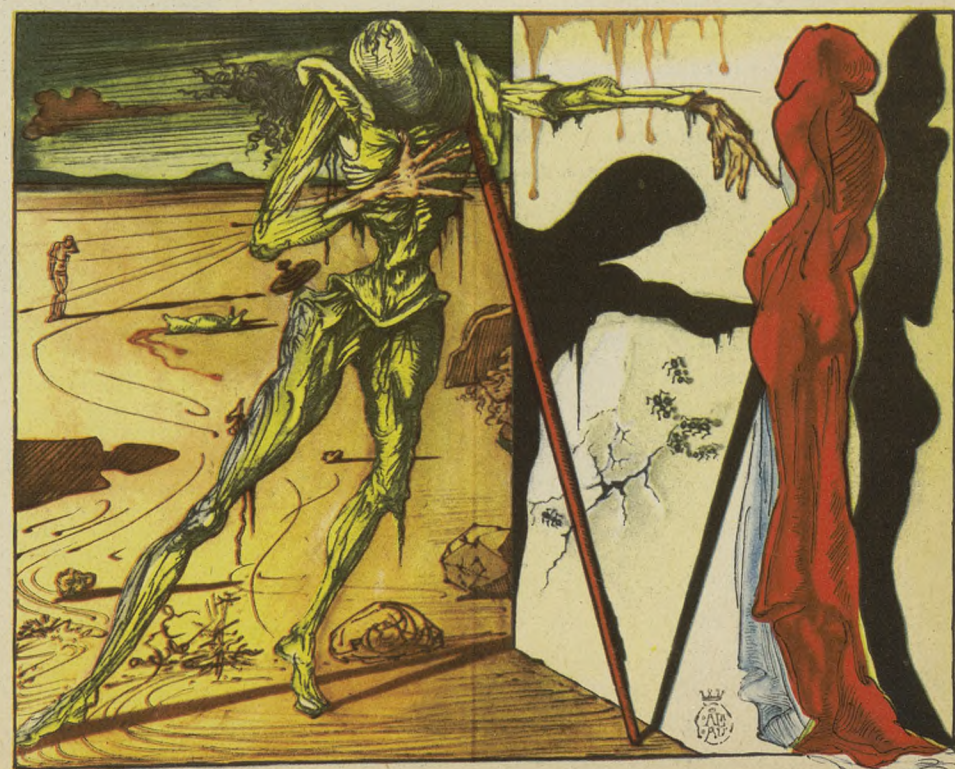
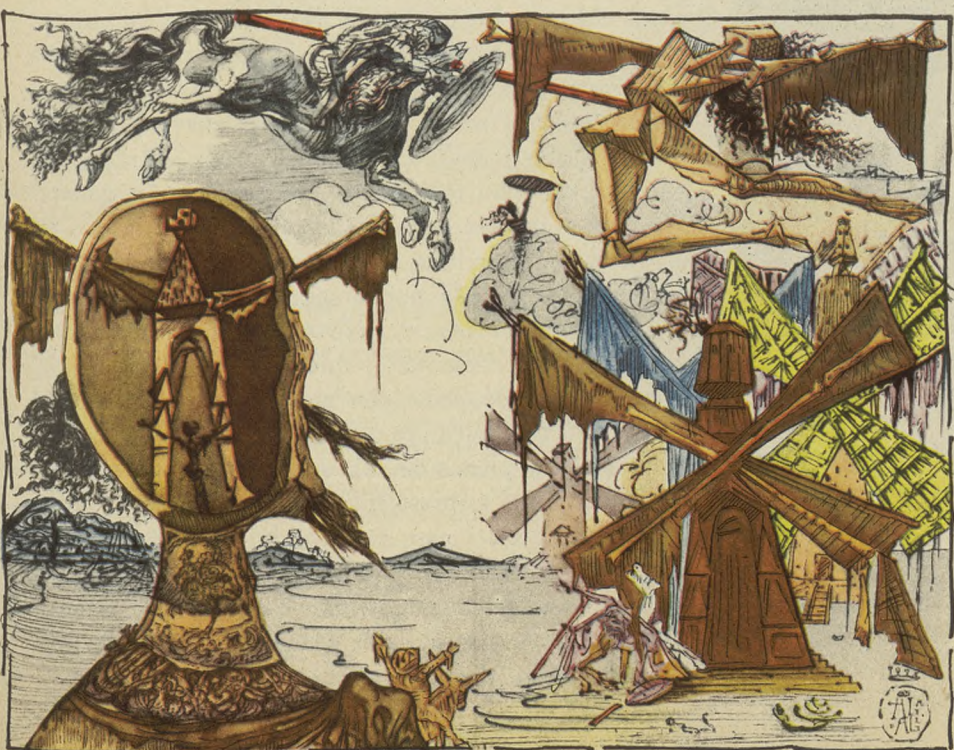
Su éxito en Norteamérica lo obtuvo ya Dalí cuando su primer viaje, poco tiempo antes de estallar la última guerra mundial. Entonces se convirtió en el eje de una vivísima polémica al romper de un garrotazo una de las grandes lunas que abre, en plena Quinta Avenida, la conocidísima casa «Bonwit Teller». El había dibujado el montaje del escaparate. Al no ajustarse la realización con su proyecto, consideró que la casa había malbaratado su «obra de arte» y que, por consiguiente, él tenía derecho, en nombre del arte, a demoler la instalación o adulteración artística. Dalí fué detenido — él cuenta los pormenores en su libro «Mi vida secreta» — e, inmediatamente, una enorme polémica se levantó en Nueva York entre los partidarios del arte (Dalí) y los defensores de los derechos intangibles de la propiedad industrial y de la propiedad propiamente dicha (tesis mercantil). Desde aquel día la fama de Dalí, tan potente ya en París, quedó íntegramente trasplantada al nuevo mundo.

Este último invierno, Dalí rompió «otra luna». A eso equivalió el haber «colgado» el saludo a Elsa Maxwell, la íntima de la Greta Garbo y de todas

las personalidades mundiales. Desde su «columna» del «New York Post», Elsa Maxwell dirige el ambiente que se conoce por «Cafe Society» neoyorquino e incluso otorga anualmente títulos de «best dressed woman in America». *Ne vous approchez pas, madame. Je vous déteste*, le dijo Dalí ante un gran grupo de gente, al salir de la Opera.

Y es que Dalí ha alcanzado aquel difícilísimo punto de gracia en el que uno se puede permitir «plantar» a las gentes o, por ejemplo, no hablar ni a tiros su idioma. No es exactamente cierto que Dalí no sepa inglés. Pero hace al revés de muchos: hace como que no lo sabe. Algún tiempo atrás decía que sólo sabía dos palabras: *Connecticut* y *Massachussets*. Todavía este invierno, muchas veces, yendo con él, se ha sacado un papelito del bolsillo y lo ha enseñado al taxista, para que éste leyera una dirección. Un día me hizo este numerito sin acordarse de que, poco rato antes, en el camerino de Judith Anderson, le había sorprendido hablando, muy seriamente, *business* en suficiente inglés. «Hay dos cosas que por incapacidad total para poder aprenderlas, he renunciado a ellas: el inglés y la ortografía.»

A pesar de que sus tres meses neoyorquinos son para Dalí de descanso, «sociales» y de «administración» o ventas, durante largos ratos, en su habitación, retoca y trabaja en alguna tela. El año pasado retocaba una y otra vez la célebre cesta de pan que en Norteamérica se ha convertido este invierno, en la auténtica bandera para la propaganda del Plan Marshall. Este último invierno trabajaba en una acuarela que ha regalado a los Príncipes de Edimburgo, en ocasión de sus bodas. En esta acuarela, los varios elementos que componen el escudo real inglés, cobran vida propia e independiente. Los leopardos, el unicornio, el arpa... La corona es una isla flotando en el mar. En un rincón imaginario se entrevé, como siempre, un imaginario paisaje que, como siempre, es una perspectiva de la Costa Brava catalana, que constituye, para Salvador, una «marca de fábrica». Yo enseñé a una muchacha norteamericana, que prácticamente no sabe nada de

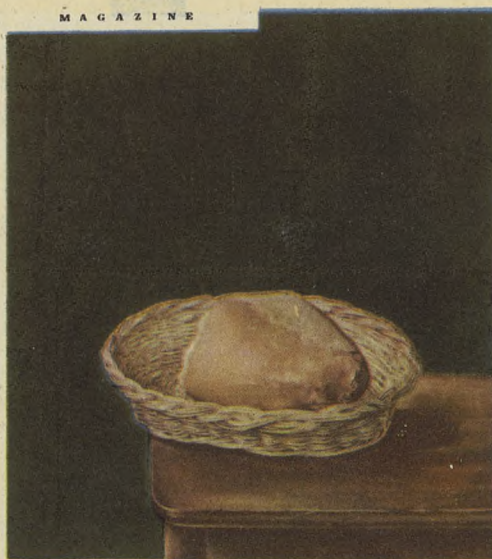




España, una postal de la Costa Brava: «¡Qué magnífico! Pero si parece un paisaje de Salvador Dalí...» Dalí pertenece al reducido grupo de los pintores que se han quedado, que han «robado» un paisaje. Velázquez se apoderó, también para la posteridad, de los encinares y del paisaje que rodea Madrid.

A pesar de sus años viviendo en Norteamérica, Dalí continúa fiel a los paisajes de la vieja España. Los otros, dice él, no impresionan su retina. Puede pasar muchos años, Dalí, viviendo como el camello — camello espiritual — de las imágenes registradas en su retina. Dalí no ha pintado el paisaje americano. En California siempre pinta entre cuatro paredes. Su luz es la de la costa de Gerona al atardecer; sus rocas, aquellas del Mediterráneo. Una memoria óptica extraordinaria, le permite pintar, en Norteamérica, la luz de Port Lligat a las cinco de la tarde. «Recuerdo perfectamente la luz y el paisaje de los Monegros — cosa que también pinta muy a menudo — por un viaje que hice en coche de Barcelona a Madrid...», me aseguraba un día, en un bar neoyorquino.

Tostado por el sol de Del Monte (California) y con los únicos grandes bigotes — un poco al estilo del viejo guardia civil español — que hay en Norteamérica, Dalí, por las calles de Nueva York, representa una estampa romántica de un mundo que se fué. Pero, por las calles, las gentes se vuelven a su paso no por sus bigotes, sino porque le reconocen y le identifican muy personalmente. Me ha tocado andar, siempre guardando la derecha, junto a bastantes personajes famosos.



A TIME TO ACT... by GEORGE C. MARSHALL

Portada del suplemento «This Week», del «New York Herald Tribune», que reproduce a todo color la famosa «Cesta de pan» del pintor español Salvador Dalí, como ilustración de un artículo del general Marshall en defensa del plan de ayuda a Europa

Pero pocas veces he visto volverse tantos ojos y darse la gente tanto con el codo, como yendo al lado del español del que se habla y escribe más en Norteamérica. En el país del mundo donde más difícil es emerger de la masa, debido precisamente al aluvión de publicidad, Dalí ha logrado la cifra, a mi entender, máxima: aparecen chistes o historietas en los periódicos, donde él o sus relojes «blandos» o sus paisajes del Ampurdán son reconocidos o identificados por las gentes sin que sea necesario poner su nombre ni dar una explicación. Este invierno pasado, en el «New York Herald Tribune», Dalí salió incluso de colaborador, del general Marshall — ingresó en el Plan Marshall, diríamos — en un artículo que publicó en defensa de su plan el actual Secretario de Estado norteamericano. En el reverso de la portada a todo color, el «New York Herald Tribune» publicaba este comentario, que queremos reproducir, sobre la labor de Dalí: «La mayor parte de nosotros hemos asociado siempre a Salvador Dalí con relojes desmayados y pianos de cola suspendidos en los árboles. Resulta una sorpresa encontrarle pintando un trozo de pan vulgar, del pan nuestro de cada día, que es exacto a... un trozo de pan vulgar, a nuestro pan de

cada día. Hemos elegido el cuadro de la reciente exposición de Dalí como la mejor expresión de lo que el mundo piensa, habla y se preocupa en el 1948.»

Este verano, Dalí se dirige a Cadaqués, su pueblo natal, en plena Costa Brava catalana.

C A R L O S S E N T Í S



LAS FAMOSAS REGATAS DE TRAINERAS



El origen de las regatas de traineras va íntimamente ligado a unas faenas de pesca: las de la sardina. Durante todo el siglo XIX y parte del XX, los patrones del Cantábrico y la costa septentrional del Atlántico ignoraban que la

gasolina pudiera cantar su alegre run-run en el motor para ir a la aventura mar adentro. Entonces, el motor eran las velas y los brazos de los remeros. El viento era quien había de guiar a puerto seguro —o al naufragio— a la embarcación. En la literatura medieval, en los viejos cancioneros galaico-portugueses, figura este verso, que aún hoy se canta en las aldeas marineras de Galicia:

Nosa señora d'a Barca
Dánolo vento de popa
Que somos os de Mugaro
Traemos a vela rota.

Habían quedado rendidos los marineros sobre las "tostas"; la vela, rasgada por el viento; de nada servía. Solo la voluntad de Dios mandaba en la vida de aquellos argonautas. A Nuestra Señora de la Barca —¡que bella advocación!— le piden interceda por ellos ante su Hijo.

* * *

Pero la pesca de la sardina era también competencia. De ahí el origen que deportivamente tuvieron más tarde las regatas de traineras, pues el deporte es lucha.

Sucedía a veces que se sabía de un banco de sardinas. Hacia allá salía la trainera, con su dotación de remeros y el patrón como timonel. Pero, al mismo tiempo, la noticia de la presa había llegado al pueblo de al lado y, quizás también, a un tercero. Llegar antes, localizar exactamente el banco; realizar velozmente las faenas de pesca y... regresar, regresar con la mayor celeridad a puerto, para ser los primeros en vender. He ahí el origen de las regatas de traineras que tanto apasionan ahora en todo el litoral cántabro y norte-atlántico.

Fué un origen comercial, como se ve, para presentar los primeros la venta en el mercado. Lay fenicia que más tarde se desarrollaba en las grandes competiciones remeras, porque ¡ay de aquella trai-

EN EL CANTÁBRICO





¡Pero qué magnífico, en cambio, es el sabor de la victorial! Llegar al pueblecillo mariner, portando la bandera victoriosa; ser recibidos con música, cohetes, por el vecindario en masa en la calle, las autoridades y el pueblo en comitiva; la alegría de las sirenas de los vaporcitos, la flotilla anclada en la ensenada; los viejos patrones sonrientes, alegres, mientras el sol declina y en las aguas de la ría la luz pinta también el optimismo del triunfo. Y después, el desfile de las banderas, de todos los trofeos ganados, con las autoridades engoladas al frente; los chiquillos detrás, junto a los "chistularis" y tamborileros en las provincias vascongadas, y a la vera del gaitero y el bombo en las de Galicia.

Todo esto lo he visto muchas veces en Orio, en San Sebastián, en su puerto viejo —reducido y tan pintoresco—, en Pasajes, en Fuenterrabía y en Zumaya, en Guetaria, en Ondárroa y en Lequeitio, en Bilbao, en Pedreña, en la Coruña... Sí, del Cabo Higuer al Finisterre. Porque las regatas de traineras, estas competiciones, son eminentemente cántabras.

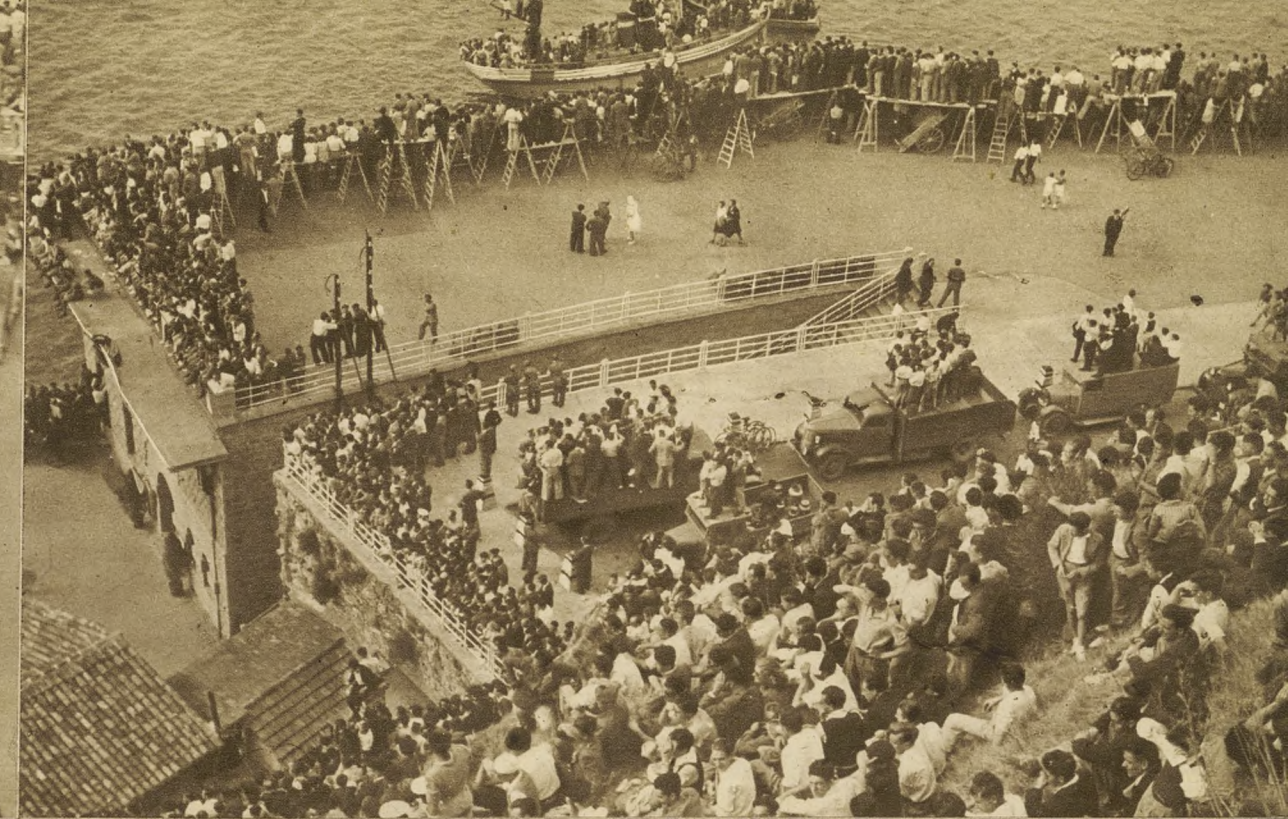
Hay un ejemplo, maravilloso y terrible al mismo tiempo; un hecho rigurosamente histórico, por el cual el lector puede tener una idea de lo que era una regata de traineras en el siglo XIX. Fué en diciembre de 1895:

Un desafío, un terrible desafío entre los puertos de San Sebastián y Ondárroa. Nevaba copiosamente cuando las traineras al mando de Carril (donostiarra) y Beitia (vizcaíno) iniciaron la regata de Lequeitio a Guetaria... 10 millas en línea recta, sobre embarcaciones de 800 kilos de peso, no esas frágiles, aerodinámicas, de hoy, que apenas pesan los 200 kilos. El reto lo había lanzado Ondárroa, y el pueblo en masa se había jugado cuanto tenía: como vulgarmente se dice, "hasta las pestañas".

La regata fué tremenda, seguida por miles de espectadores situados en los puntos más estratégicos del litoral. La nieve no dejó de caer durante toda la prueba. Al principio se adelantó ligeramente la embarcación de Ondárroa, pero a mitad ya del recorrido se había colocado primera la tripulación donostiarra. El público empezó a dudar, pues generalmente se creía que habría de vencer Ondárroa. No obstante, fueron los muchachos de Carril quienes alcanzaron primero la altura de Guetaria y se proclamaron vencedores.

La desilusión en Ondárroa fué enorme, mientras que la parte vieja de San Sebastián festejaba el triunfo de Carril, que aun hoy narran con gran emoción los viejos lobos de mar que la presenciaron.

Se cuenta que en Ondárroa los remeros de esta villa fueron recibidos por las pescadoras con hierros candentes. El patrón, Beitia, tuvo que emigrar y establecerse en el puerto santanderino de Castro Urdiales. Hace tres años, cuando iba a presenciar las regatas de Santander, me detuve unos momentos en Castro. Pregunté por Beitia. Me dijeron que había muerto; pero que aun vivía un hijo suyo, quien no quería por nada del mundo volver a Ondárroa. Gentes malintencionadas dijeron por entonces que Beitia padre se había vendido a sus contrarios en aquella famosa regata entre Lequeitio y Guetaria. Esta es cosa que nadie ha podido confirmar; lo que sí, en cambio, se ha podido demostrar es que Ondárroa se arruinó y que hasta 1915 no volvió a salir a regatear. Y a partir de ese año, tampoco han vuelto los vizcaínos de Ondárroa a participar en una regata de traineras. Todavía hoy se recuerda con tristeza en Ondárroa la derrota de aquel diciembre de 1895.



nera que llegara tarde cuando el puerto estuviera ya abastecido del vulgar, pero sabroso pescad! Yo vi muchas veces en el puerto de La Coruña vaciar en el mar, de donde habían sido extraídas, miles y miles de sardinas... Regata en balde, esfuerzo inútil. Y a esperar. A esperar a que en la nueva competición hubiera más suerte, rindieran más los hombres de babor y estribor.

Pues estas son, ni más ni menos, hoy en día, las regatas de traineras. En lo único que se diferencian de aquellas de antaño es que, en vez de pescar sardinas, lo que se va a pescar es buena cantidad de pesetas, buenos premios que por unos meses harán las delicias de la familia... si es que se gana. Porque, si se pierde, sucede exactamente igual que en los tiempos de la pesca de la sardina: trabajo inútil, gratuito; trabajo costosísimo, porque prepararse para unas regatas de traineras que se celebren en San Sebastián, Bilbao o La Coruña, cuesta muchos miles de duros, varios meses de tener abandonado el trabajo profesional y muchas desilusiones.



En las regatas de traineras se juega también el prestigio de los viejos patrones del Cantábrico. Todos los pueblos de la costa, desde el Miño al Bidasoa, y aún más allá de la frontera francesa, por la misma ribera del golfo de Vizcaya, conocen la experiencia y la sabiduría de Miquelena, el de Orio, o de Badía, patrón de los santanderinos de Pedreña. En las "fotos" segunda y cuarta de esta página, vemos a Badía asiendo la bandera de campeón —Pedreña campeón— y al patrón de Orio, saludando con la boina en la mano, a bordo de una vapora. La primera "foto" ofrece una muestra de la expectación que promueven estas regatas. Y en la tercera se recoge el agotamiento físico de la tripulación de una trainera —la de Fuenterrabía, en este caso— al concluir las durísimas pruebas.



Años más tarde, en 1919, la representación de San Sebastián, patronada esta vez por Kiriko, alcanzaba en el Abra bilbaína otra gran victoria. Para este tiempo ya se habían depurado técnicamente los estilos de bogar. Pero existían diferencias en las embarcaciones, que unos puertos construían mejor que otros; imponiéndose, en consecuencia, el cambio de trainera en las competiciones oficiales. Para que no hubiera necesidad de ello, el Ayuntamiento de Portugalete hizo doce lanchas —para la docena de participantes inscritos— de las mismas características, y las sorteó entre ellos.

Esta famosa regata fué por el sistema de eliminatorias. Sucesivamente fueron quedando fuera las tripulaciones más flojas, hasta que se formó un solo cuarteto, del cual resultó vencedor San Sebastián.

En esta prueba de 1919 está el origen de las tres ciabogas —la virada de la trainera, en torno a la baliza, para retornar por las mismas aguas que ha surcado en el viaje de ida— sistema sostenido hasta hoy en Santander y Bilbao, en contra del criterio eminentemente clásico de las regatas de San Sebastián, con una sola ciaboga; es decir, con solo un recorrido de ida, hasta la baliza, y otro de vuelta, hasta la meta de salida, que también lo es de llegada.

* * *

Debe señalarse que quienes mejor han conservado el espíritu de las regatas de traineras primitivas han sido los puertos guipuzcoanos. Y ha sido el Ayuntamiento de San Sebastián —donde desde hace años funciona un experto comité organizador— quien les ha dado forma técnica. Algo parecido a lo que los ingleses han hecho con el fútbol. Las regatas en la Concha de San Sebastián son famosas internacionalmente. Para el veraneo donostiarra representan lo mismo que las carreras de caballos, las tiradas de pichón o el viejo circuito automobilista de Lasarte. Ha sido un acierto del municipio donostiarra conservar el espíritu antiguo de estas justas que se vienen celebrando anualmente en el mes de septiembre en el magnífico escenario de la bahía de San Sebastián.

Estas regatas son, como ya he dicho antes, de ida y vuelta, de una sola ciaboga. Constituyen verdaderas regatas en mar libre, de mar abierto, ya que donde se decide la victoria es después de la barra de la bahía donostiarra una vez que las embarcaciones han traspasado la línea trazada por los dos mojones que son los montes Igüeldo y Urgull. Para comprender este regateo conviene explicar que las salidas de la bahía de la Concha hacia mar abierto están dominadas, a la derecha, por el Monte Urgull y, a la izquierda, por el Monte Igüeldo, quedando en medio la isla de Santa Clara. De estas posiciones —que los técnicos regateriles donostiarras llaman "puntas"— hacia adelante, todo es mar libre. El recorrido es de tres millas —que son 5.556 metros— y para efectuar el viraje se colocan, con arreglo a una enfilación escrupulosamente estudiada; tres, cuatro o cinco botes, que delimitan las calles a lo largo de las cuales debe regatear cada trainera según el sorteo que se hace el día anterior. En cada bote se coloca una bandera, y es indispensable que la trainera efectúe el viraje o ciaboga en torno a la que le ha correspondido en el sorteo, lo mismo que la llegada ha de efectuarla por la misma calle que tuvo a la salida. Si no cumple estos requisitos, la embarcación queda descalificada.

Las calles o balizas tienen importancia capital en el desarrollo de las regatas en la Concha donostiarra. A quien le toca la última baliza —la que está al lado de la isla de Santa Clara— suele causarle bastante desilusión este azar. Y no es para menos, ya que en esta parte las corrientes son más fuertes, menor el calado y las rocas más próximas. Por eso, la mejor baliza es la que queda en

(C O N T I N U A E N L A P A G I N A 5 6)

MANOLETE

Viene el juego de Grecia por el Mediterráneo.
¡Oh, toros entre redes de los vasos de Creta!
Pasifáe en la playa contempla enamorada
al blanco toro entre la espuma fresca.

¿Fué en la vieja Tartesos que exportaba la plata
la primera verónica? ¿En qué arcilla alfarera
que hoy es arqueología citó el primer torero
con púrpura fenicia a la mortal cabeza?

Muchos siglos prensados cual dorados racimos,
¡oh, Manolete!, hasta llegar a tu muleta.
¡Cuánta herida y mugido hasta tu pase de oro!
¡Qué pedestal de sangre te sustenta!

Bisontes de Altamira, abultados en ocre,
¿soñaron tu verónica que da alas a la seda?
Negros toros ibéricos, incendiadas las astas
murieron sin la gloria de tu arena.

De la primera línea de las plazas lejanas
a nuestra retaguardia sencillamente llegas.
Noventa y tres ciudades del toro has conquistado.
Noventa y tres redondas Alhambras se te entregan.

Ya están bajo las noches de las ganaderías,
fraguando los feroces combates de la tierra.
Ríos de sangre brava se encrespan en los prados
e instintos milenarios, para que tú los venzas.

La puerta de la gloria ya está abierta; has entrado
al teatro terrible con su muerte de veras.
¡Qué perfume de dehesas en el toro cegado
del toril con su noche a una plaza sin velas!

La cornada en la seca armazón del caballo
ha abierto la sorpresa de unas entrañas frescas.
Y en el quite te llevas prendidas las heridas,
y en la leña del asta cuajada un abril de seda.

Ya está el toro en el centro; paso a paso; despacio
te acercas al asombro de su embestida ciega
y deshojan su empuje dieciséis naturales
como pétalos rojos que en el aire se quedan.

El terreno del toro ya es tuyo. ¡Y qué terrible
esa arena arrancada a su mar de violencia!
¡Qué tierra movediza donde pones tu estatua
con un seto de muerte, que erizado te aprieta!

Ya es intangible el toro, ya es inútil la malva.
La fina flor del campo y el Betis que la riega
sólo la muerte puede eternizar su giro
cuando, cuadrado, el rayo fulminador la acecha.

¡Qué tempestad de plata en su jardín de entrañas!
¡Qué vidrio en su mirada cuando inmóvil se queda
destruido por dentro y por fin se derrumba
humillando a tus plantas su almenada cabeza!

Luego, amaranto y oro, o de manzana y plata,
das el giro al anillo, el trofeo en tu diestra,
como brasa de sangre, y parece la Plaza
un velero arbolado de pañuelos que vuelan.

Dos mil años de lidia sobre esta piel de España
(¡oh, cráteres de luna de su redonda tierra!)
hasta tí, Manolete, que das ritmo y medida
al anárquico empuje del instinto y la fuerza.

Yo saludo al torero más valiente del ruedo.
Saludo el abanico difícil de tu izquierda,
que hace al toro satélite, luna de tu oro antiguo
con órbita de estrellas.

Y saludo en tí a Córdoba, olivares y ermitas,
surtidor de odaliscas, hoy cubierto con tierra,
que te dió esa elegancia de Califa sin trono,
de Almanzor que no vuelve, que es desdén y nobleza.

A G U S T I N D E F O X Á



recuerdo de



Manuel Rodríguez, «Manolete», murió en Linares (Jaén) el día 28 de agosto de 1947, como consecuencia de las heridas que le produjo el toro «Islero», de la ganadería de Miura.

Dos años y medio antes, en la noche del 11 de diciembre de 1944, «Manolete» había sido homenajeado por los escritores y periodistas madrileños en el histórico restaurante «Lhardy», de la capital de España. A esta cena asistieron las más destacadas personalidades de la intelectualidad española. El diario «Arriba», de Madrid, dijo al día siguiente: «De verdadero acontecimiento literario puede calificarse el homenaje que los escritores y periodistas rindieron ayer al gran torero Manuel Rodríguez, «Manolete». El acto tuvo lugar en «Lhardy» y la cena fué de etiqueta. Rendían así las Letras españolas un homenaje solemne y justo a la figura del gran diestro, siguiendo de esta manera la gran tradición, que fué ya cumplida en su época por don Melchor Gaspar de Jovellanos y don Leandro Fernández de Moratín. El homenaje de ayer fué un magnífico acto de estilo y tono, en donde el ingenio y la emoción literaria tuvieron expresiones felicísimas».

En el primer aniversario de la muerte de «Manolete», MUNDO HISPANICO cree oportuno reproducir los poemas que Foxá, Alfaro, Marquerie y Adriano del Valle leyeron aquella noche, junto con dos artículos —de M. Rodríguez de Rivas y del citado Adriano del Valle— que reconstruyen y glosan aquella inolvidable reunión.



MANOLETE

ALLI mismo, en donde el mármol de la chimenea se calienta en la sombra espesa, frente por frente de un espejo que, muy al fondo, copia cosas y seres, estuvo aquel día este hombre singular.

Este hombre que supo conllevar entonces la más difícil de las vecindades: la de los escritores.

La cena había sido convocada de etiqueta, y bajo la luz artificial él recibió una ovación así de inesperada.

Quedaba como un contrapunto para su gracia torera aquel largo aplauso traído por aquellos amigos vestidos de «smoking» bajo las lámparas del ya muy viejo restaurante.

Era difícil entender, desde su punto de vista, aquello.

En los demás, en nosotros, junto al deseo de homenaje había también la tentación de la curiosidad, del deseo de proximidad.

«Manolete» tenía misterio. Se ofrecía con ese hermetismo de hombres de pocas palabras pero en cuyos ojos expresivos el diálogo se encuentra colmado.

En tanto los demás nos presentamos vestidos de «smoking» él lo hizo con un traje «corto», traje campero de finca andaluza, que él, con una delgadez afinada, lleva con elegancia indudable. En su camisa caía —como en el siglo XVIII— el chorro del rizado. Sólo uno entre nosotros —«K. Hito», que después habría de escribir sobre la muerte del maestro— reunió de un golpe esto y aquello: esto, el «smoking»; aquello, esa camisa rizada.

Yo ayudé a colocar el orden de los puestos en la mesa.

Sobre la memoria galopaba el recuerdo de la jerarquía de algunos: éste, éste y éste y éste y éste, académicos... Aquél, ministro; este otro, ministro también... Aquél, presidente del Consejo de Estado. En todos coincidía la nota de escritor.

La mesa presidencial se ordenaba, se instalaba, se reinstalaba, se revisaba a medida que se presentaba alguien que ponía, con su categoría, el peligro del orden ya establecido. A descolocar con cuidado para con más cuidado volver a colocar.

Y en esta estrategia surgió la ofensa personal de un gran personaje que se creía mal sentado.

«Manolete» debiera contemplar todo esto como los elegidos: no estupefacto y sí sin enterarse. Realmente la vida de quien vive esta vida es no detenerse demasiado en su contemplación. No se puede ser protagonista y al mismo tiempo testigo —¡qué mediocridad!— o cronista —¡qué deleznable!...

Estaba erguido, silencioso y simpático con poco gesto. Expresivo sin concesiones.

Hablaban y hablaban. El callaba, pero atento. Empezaba ya en su corazón otro diálogo... Alguien, ese alguien terrible, arañaba ya por allí, tiraba ya desde allí..

Recuerdo que el acto se quiso llevar con línea y evitar al espontáneo. Como en una corrida de toros. Hablaron: Marquerie ajustado. Foxá enriquecido. José María Alfaro con buen sentido. José María Pemán tuvo su «gran tarde». Adriano del Valle colocó gravemente su verso, como llenando un redondel.

Apenas quedaban ya minutos. Se acercaba la hora del matador, la hora, la hora, la hora... El momento de la palabra en quien todo lo tenía que hacer sin ellas.

«Manolete» se puso en pie y balbuceó gracioso, contando como pudo: «Yo... confiaba... en unas cuartillas que iba a traerme escritas José Vicente Puente... mi amigo... que yo os había de leer como... mías... A José Vicente se le han olvidado y... yo... no sé lo que deciros...»

Y acabó en esto. En esto y enjugándose una lágrima con el puño de la manga.

Hay seres que tienen un ángel vigilante que les salvan en todo momento. Que Nuestra Señora de la Gracia les regala su intercesión.

Una ovación entera caía sobre el torero mientras que las pobres gentes quedábamos confusas y escuchando algo extraño en todo aquello que no sabíamos cómo traducir.

Estaba pasando un trozo muy palpitante de vida que habría que recordar y recordar.



LOS ANALES DEL ESPEJO DE LHardy

LA crónica de Madrid siempre tuvo un fidedigno relator en las imágenes que cotidianamente se reflejaron en el fondo de eso que ya asume una auténtica categoría decorativa en la vida social y que llamamos entrañablemente así: el espejo de "Lhardy". Mueble o artilugio que exhibe un alma casi humana en la hondura de su paisaje.

Si bajo la frondosa copa del árbol de Sagunto se fraguó la restauración alfonsina y a la sombra del árbol centenario de Wad-Ras pudo firmarse la paz de la guerra de Africa, el espejo de "Lhardy" acogió en su trasfondo la fugaz iconografía de una época ya periclitada, de unos hombres que, en la cháchara de sobremesa, hicieron la historia de las postrimerías del siglo XIX y, más contemporáneamente todavía, la de los episodios políticos que llegaron hasta un inmediato ayer.

De esta forma, situándonos como espectadores ante el espejo de "Lhardy", piélagos insondables donde naufragaron tantas imágenes históricas, no nos sería muy difícil evocar ahora, extrayéndola de las nieblas del olvido, la pimpante figura de "La Fornarina", así un capítulo de la vida galante del Madrid de antaño, con algo de cuadro de Manet o de Edgar Degas, mientras la joyante bailarina se deleitaba en la compañía de unas venerables barbas decimonónicas, a semejanza del pasaje bíblico de Susana cuando fué sorprendida por los viejos en los pensiles colgantes de Babilonia. Y dándole marcha atrás al tiempo, si ello nos fuese posible, empleando la técnica retardada que utiliza el cine para el análisis de los movimientos, nos sería bien fácil llegar así a la vieja estampa de "Frascuelo", o a la de "Lagartijo el Grande", o a la de D. Antonio Cánovas del Castillo, centrando un conciliábulo político de su época. Pero si hemos de evocar hoy alguna memorable figura de cuantas reflejó ese cronista mayor de Madrid que fué siempre el espejo de "Lhardy", ha de ser la de Manuel Rodríguez, "Manolete".

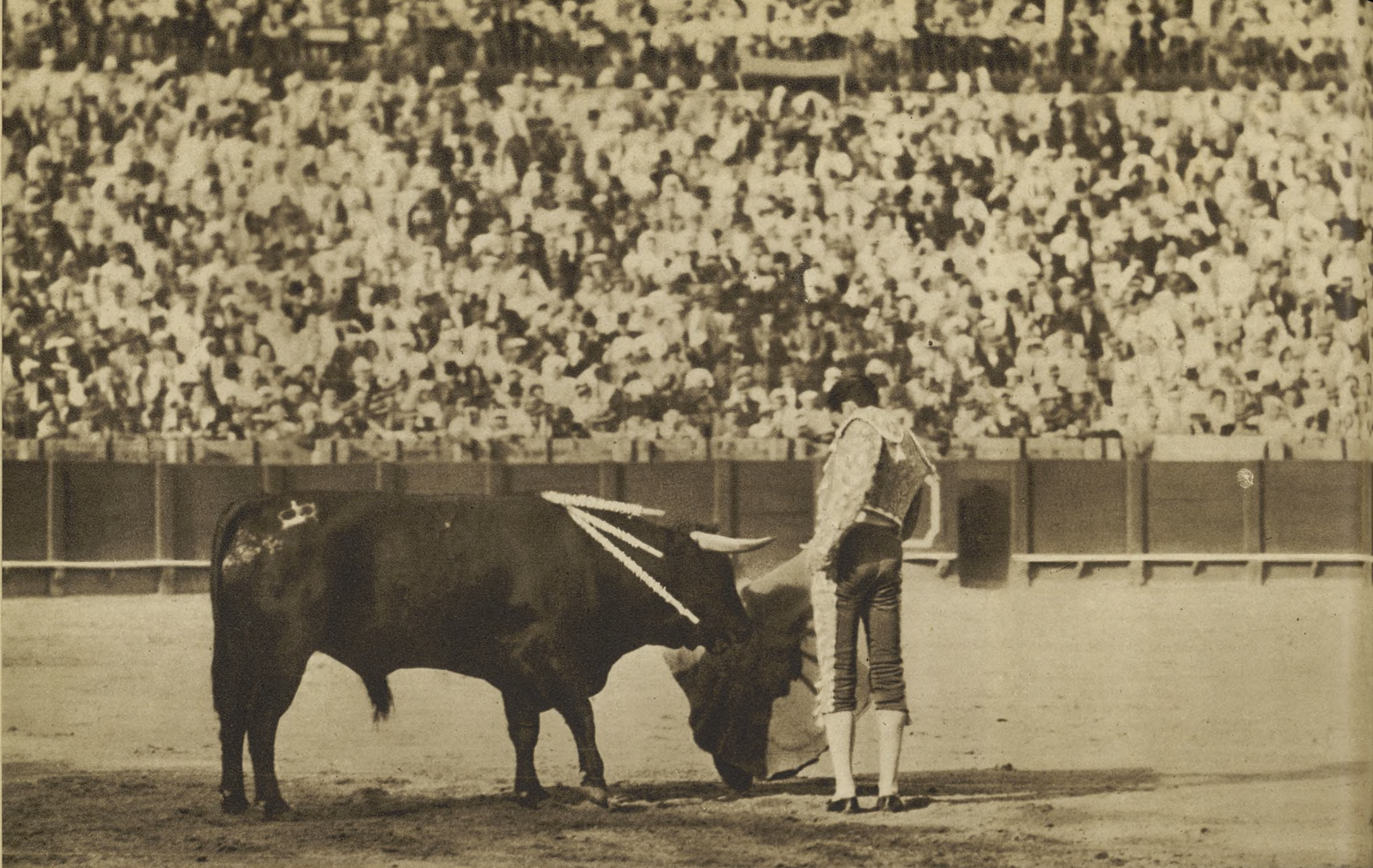
Cronista veraz a su manera, con apariencias de reducido proscenio plateado para reflejar los más varios auditorios, los más refinados comensales frente a las más barrocas y sabrosas viandas, el espejo de "Lhardy" siempre recogió las luces de las lámparas y los candelabros, dispersándolas a los cuatro ángulos de las más discretas penumbras, proyectándolas sobre aquellos rincones que fueron propicios al "se dice", al sucedido erótico del momento y a la chismografía política. Espejo, en fin, con tanta posibilidad biográfica como también la tuvo aquel Agustín Lhardy, patrón de la casa, pintor casi famoso que militó en la escuela paisajística de Carlos de Haes, que trasplantó un exótico Barbizón a la Pedriza de Manzanares, tan diestro en la confección de gustosísimas minutas como en el manejo inspirado de sus pinceles. Porque si las cenas de "Lhardy" fueron inolvidables como las temporadas de ópera del Teatro Real, tuvieron, además, el encanto histórico de una continuidad social largamente sostenida en el curso del tiempo, contra viento y marea, resistiendo los embates populares de aquella época, perennemente dividida en público de sol y sombra; tiempo ingenuo y vociferante de las asonadas, de los pronunciamientos militares y las charangas del pan y toros.

¡Qué gran elocuencia sordomuda la del espejo de "Lhardy"! Elocuencia sólo comparable, quizás, a la de las mariposas cuando vuelan sobre el campo limitando con sus alas el contorno de la flor asediada, situando la relativa profundidad de las lejanías bucólicas, apenas si con otra mensura para mantener su secreto que el estímulo del aire en favor de su perenne sigilo.

He aquí, pues, al espejo de "Lhardy" volviendo a su noble oficio de antiguo cronista de Madrid y siendo, a su vez, el decano de los espejos alfonsinos.

Y aquella noche del 11 de diciembre de 1944, su trasmundo multiplicaba las imágenes de un fingido tendido de sombra en el que los espectadores ostentaban, quien más, quien menos, una señalada representación en el mundo de las artes españolas. El espejo de "Lhardy" asumía así la significación que en la historia de nuestras letras tuvo el célebre cuadro de Antonio María Esquivel, porque si fueron doscientos comensales los que se reunieron aquella noche en torno a Manuel Rodríguez, "Manolete", cada una de las nueve musas hu-





SONETO A MANOLETE

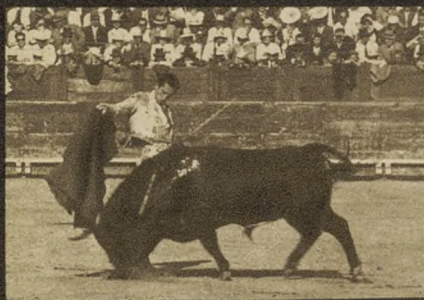
Miércoles de ceniza es tu faena
—ya lo anuncia el mechón sobre la frente—,
raíz desnuda en el aire del torrente,
tu cuerpo junto al toro y en la arena.

En una grada, la mujer morena
que prepara el clavel vivo y ardiente,
y el alarido enorme de la gente,
que a tu pase por bajo se encadena.

Junto al cuerno la muerte se ha dormido;
estampa y bronce puro de la raza.
¡Qué gloria ser de Córdoba y torero!

Desgajado del cosmos del tendido,
vuela y cae sobre el centro de la Plaza
un planeta sin órbita: un sombrero.

ALFREDO MARQUERIE



biera podido elegir entre ellos un buen plantel de sus más dilectos corifeos.

El espejo de "Lhardy", metamorfoseando las escenas que reflejaba en su fantasmagórica profundidad, parecía entonces la pantalla cinemática de una proyección de películas de paso estrecho y, a veces, simulaba el ascensor ómnibus de un rascacielos neoyorquino que transportase los socios de un club nocturno al piso 54, mientras que, en la más irreal de las apariencias, parecía elevar a la categoría de personajes plásticos los reunidos en aquella asamblea de amigos severamente vestidos de negro—el traje de etiqueta fué rigurosamente exigido en la convocatoria del banquete—, o bien a la simbología de unos personajes del Greco agrupados en cóncave, a los que adentraba en su propio campo visual, extraviándolos entre las mentidas nubes del humo de los cigarrillos, que fingían cúmulos y cirros toledanos, rompimientos de gloria célica y otros fenómenos meteorológicos.

Somera y fugaz antología iconográfica la de aquellos amigos del gran torero cordobés, tan ejemplarmente estoico ante el peligro como ante los halagos de la fama. Cada poeta, pues, intervino aprestando su arpa, cada orador contribuyendo con su elocuente instrumento ditirámico, y todos, al unisono, entonando el orfeón de las alabanzas ocasionales, mientras que "Manolete", prodigando el ritmo parsimonioso de su empaque, regía las pausas, los calderones de silencio y el "crescendo" conversacional con ese gesto sobrio del director de orquesta que se sabe la partitura de memoria, conduciendo infaliblemente la irrupción del primer violín o del solo de flauta, dándole entrada al violoncelo impaciente o al retrasado oboe de aquella orquesta verbal bien disciplinada.

Quizás aquel acto, que resultó memorable en los fastos de la vida intelectual española, sirviera a muchos de sus protagonistas para madurar la idea de un poema en fárfara, la concepción de un futuro busto en mármol o la realización de un posible cuadro taurino al estilo de Vázquez Díaz. Quizás aquel convivio sirviera entonces de vivero o de jardín de aclimatación para que medrase esa flor intelectual que cada poeta, filósofo, pintor o escultor allí congregado habría de cultivar, años después, en la obra unánime de los artistas españoles, cuando honraron la gloria póstuma del gran torero cordobés.

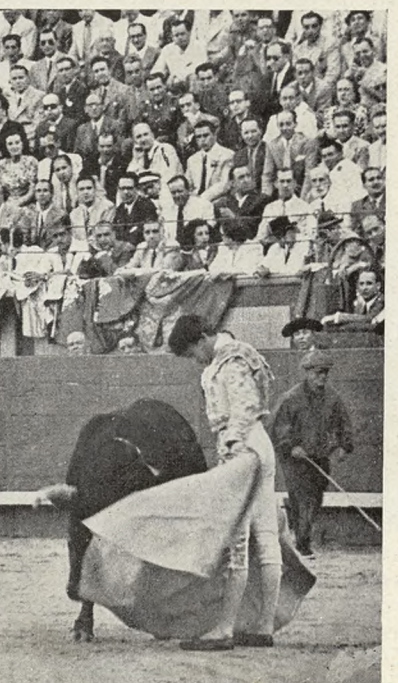
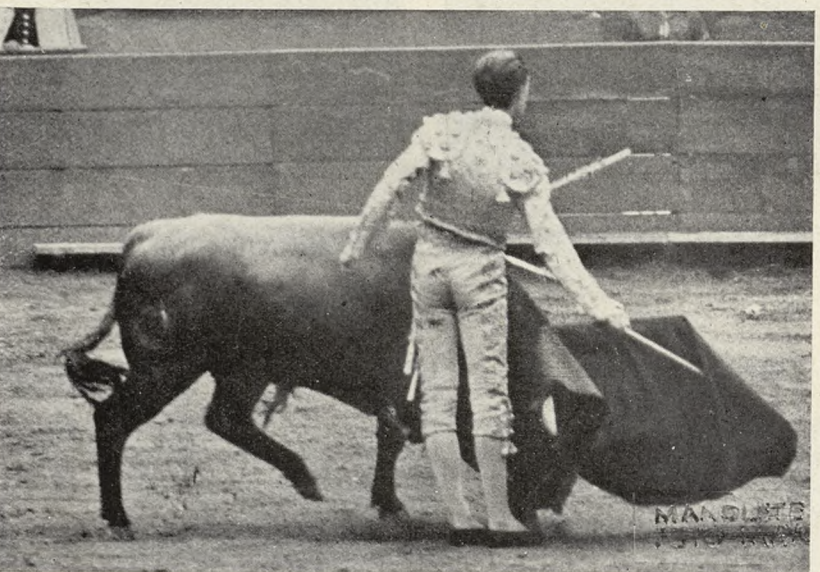
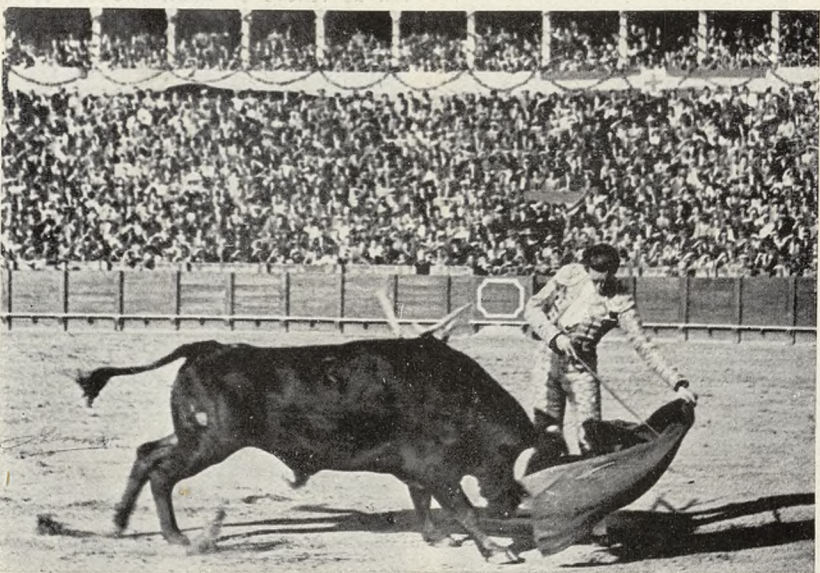
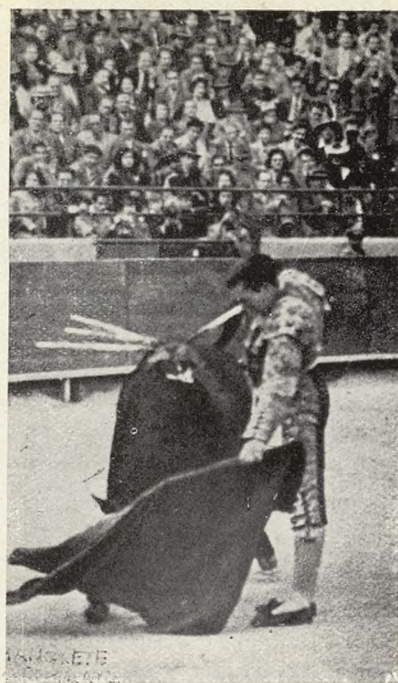
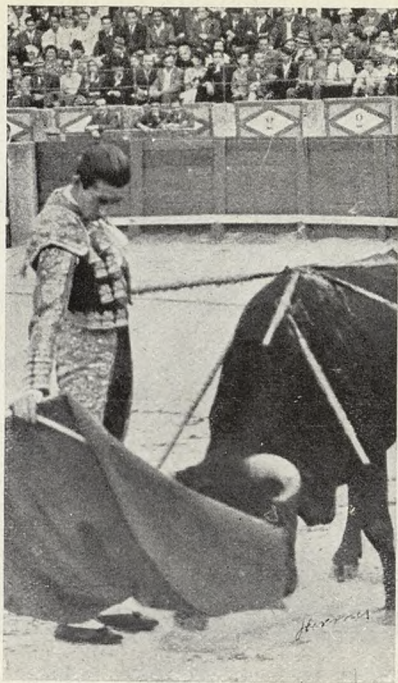
Torero, en fin, de clásico linaje, bestiarío ilustre, esto es, gladiador con fuertes alusiones olímpicas que, al nacer, hubiese sido marcado por los dioses con el sino patético de los elegidos, allí estaba "Manolete", rodeado del júbilo de sus procónsules, gozando los dones de la amistad entre las rosas habitualmente deshojadas en todos los banquetes, exornado con el laurel de sus victorias cumplidas, es decir, de su temporada taurina felizmente concluida, siendo un testimonio invicto de su propia gloria, no apareciendo revestido con el oro, la seda y la sangre de la brega, ni con la clámide romana, sino con la ropilla negra de su atavío andaluz, a la vieja usanza flamenca, según los cánones de un Petronio de la torería cordobesa.

Y como quiera que se festejaba allí a un gran torero español, aquel acto tuvo solemnidad de corrida de Beneficencia, si bien de corrida nocturna. Hubo sus caballeros en plaza, sus cortesías a la portuguesa, su cabalgata histórica, con clamores y charangas unánimes, y un júbilo multitudinario siempre reflejado en el espejo presidencial, que fué el palco regio de aquella noche.

Los fuegos de artificio fueron verbales y poéticos y ardieron en vivas girándulas y metáforas que iban apagándose en las aguas frías del espejo, con algunos tropos graciosamente corporeizados, así el Ninot de las "fallas" valencianas.

Y todo esto pudo ser posible en la era del technicolor, cuando Walt Disney, nuevo funámbulo del celuloide, cruza sobre los abismos de la fantasía tendiendo un puente de largo metraje y pasando sobre él, llevando al Pato Donald cogido de la mano...

ADRIANO DEL VALLE



2

BRINDIS A "MANOLETE"

Está la muerte en pie. Con sus caireles, desgarrada la luz, yace en la arena; en los palcos del cielo tiembla el brío y hay un ardor que sube de la tierra. Del olivar de Córdoba ha llegado un viento antiguo que la tarde estrena. Como un rumor campero de caballos, como el río hecho sangre de tormenta, así respira el pecho de la plaza. Está Manolo en pie, frente a la fiera, clavado por las mismas zapatillas, que no han de ver el aire con la suela. Con el capote abierto hay que inventar la vida y la belleza, jugando en el albur de la cornada, la estatua y la destreza; quedas fijo en el viento; ágil, en la pelea, para vencer con la emoción, inmóvil, la lunada cabeza.

¡Mariposa de sangre, desplegada con sus alas de gracia, al riesgo abierta! Y así ganar, tarde tras tarde, al toro, a la luz, a la arena, al clavel reventón que se deshoja, muerto por la ansiedad en la barrera, al relámpago rojo de la espada y al aplauso que ardiente se despeña.

Porque trajiste—cuando así ganabas— en tu capa de sol la primavera, yo levanto mi copa entre los tuyos, Manolo, por tu estoque y tu muleta.

José María ALFARO

Córdoba al pie de la sierra —la que corona su río con un altar berroqueño y un retablo de lentiscos—, tiene, en lo alto, cipreses, y abajo, toros y olivos; ermitas casi en las nubes y, arrodillados, los trigos; y en el mármol de sus patios —mirando, un miramelindo—, el surtidor rejonea, con luz, el aire retinto.

Allí naciste torero porque lo quiso tu sino, con tu tristeza de sauce y tu empaque de obelisco. Facistol, centras el ruedo como quien sostiene un libro, si del Guerra la sentencia, la estampa de Lagartijo.

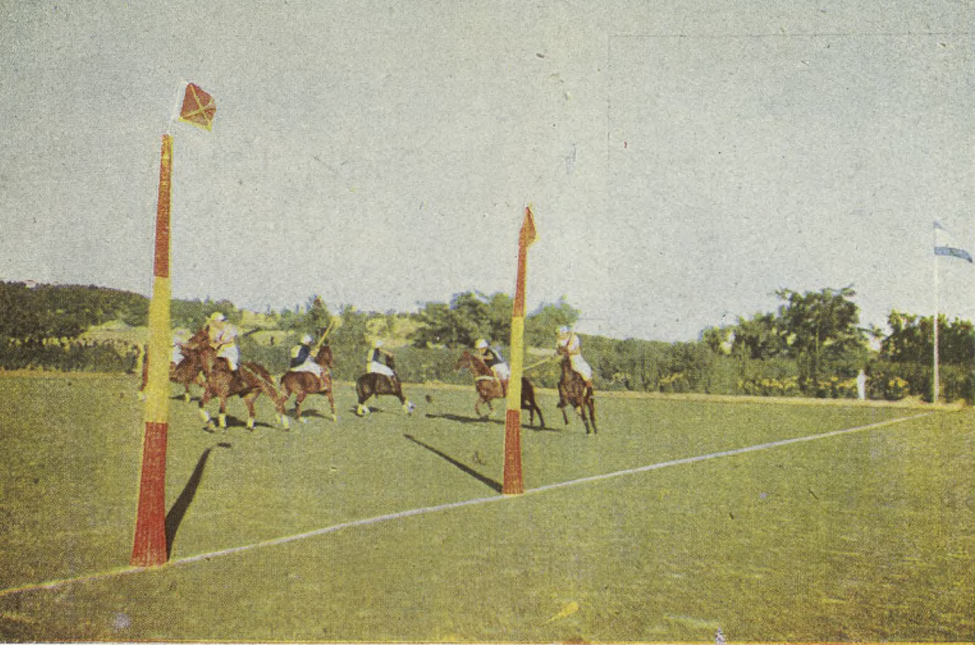
Si el sol gira en tu muleta, tú, girasol amarillo, en tu jardín de alamares, que no burlan el peligro sino con el leve vuelo de la abeja junto al lirio, susurrando, esquivas, áureo, el más berrendo mugido,

Cuando la sangre patricia oye su pulso contigo, si evangelizas los toros con tu evangelio taurino, Séneca y San Rafael te aplauden desde el tendido y el Arcángel te hace un quite casi a farolazo limpio.

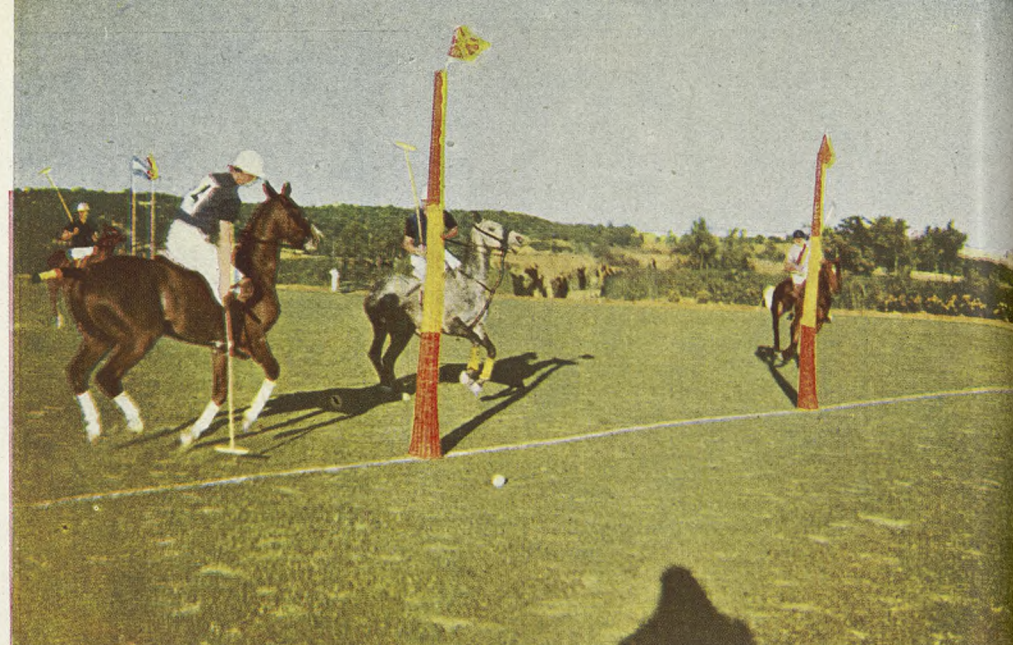
De la sangre de mil toros otros mil renacen vivos, sepulturas de tu estoque al descabellar sus mitos. Tu Medina Azahra tiene baluartes numantinos, califatos de jazmines, campamentos de estoicismos...

Y cuando Lucena apaga sus velones encendidos y el Guadalquivir cornea contra puentes y molinos, Córdoba, al velar tu sueño, vela al mejor de sus hijos...

Adriano del VALLE



Argentinos y españoles se disputan una pelota durante el magnífico encuentro jugado en Puerta de Hierro, ante la tensa expectación de la mejor sociedad madrileña.



Uno de los tantos del equipo hispano, conseguido en una de sus briosas reacciones, que pusieron de relieve el entusiasmo del conjunto perseguido por la desgracia en distintas ocasiones.



S. E. el Jefe del Estado español y Doña Carmen Polo de Franco, en el encuentro.



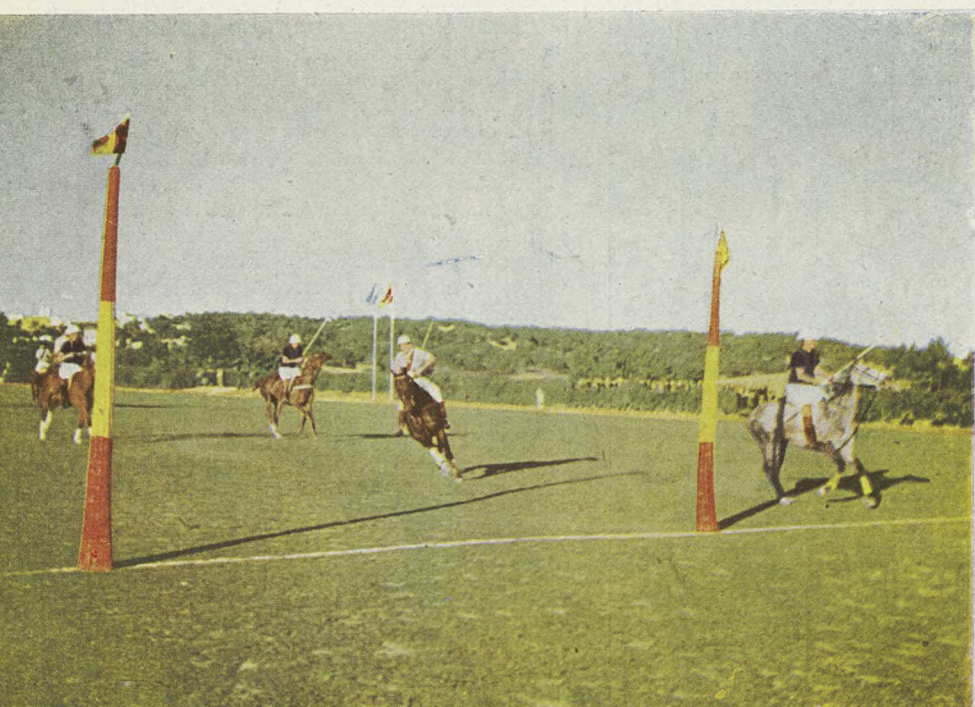
Aspecto de la tribuna presidencial durante el emocionante partido de polo Argentina-España.



Uno de los típicos gauchos llegados expresamente para cuidar las espléndidas jacas argentinas.



Los caballistas se dirigen al terreno de juego con sus jacas de reserva.



El equipo platense ataca la meta española y las jacas pamperas hacen gala de su velocidad, dibujando sobre el césped la filigrana equina de sus fintas y galopes.



El equipo argentino, que mostró una clase excepcional, marca brillantemente uno de sus tantos, en fulgurante y espectacular jugada, resuelta con arreglo a la más depurada técnica del polo.



El Jefe del Estado español comenta las incidencias del disputado encuentro.



La tribuna presidencial y los magníficos trofeos, entre ellos la copa donada por el general Perón.

LOS EQUIPOS

ARGENTINA ESPAÑA



Los vencedores Horacio Castilla, Carlos Menditeguy, Julio Menditeguy y Eduardo Bulrich.



López de Carrizosa, Juan Antonio y Rafael Echevarrieta, y José I. Domecq.

POLO EN PUERTA DE HIERRO



El meridiano aristocrático de España pasa sin discusión por Puerta de Hierro. Es un pequeño punto sin sitio apenas en el mapa, pero que ocupa un lugar de privilegio en la geografía de la elegancia. Allí se practican los deportes más señoriales: el polo y el golf. El polo, viril, espectacular y recio, de noble y rancio abolengo español. El golf, reposado y tranquilo, y que en su aparente frivolidad encierra todo un hondo y fino tratado de urbanidad de gran mundo.

Y además, alrededor de las canchas de juego y del césped agujereado por las pequeñas trampas para recibir las bolas más afortunadas, se congrega la mejor selección de la sociedad madrileña y los más distinguidos miembros de la diplomacia extranjera. Todos los nombres que van unidos a los palacios, los árboles genealógicos, las denominaciones ilustres, los altos puestos del Estado y las cancillerías, se barajan y se cruzan en las mesas de té, en los compases de las mejores orquestas y en los momentos de emoción de las pruebas deportivas.

El campo del Real Golf Club de Puerta de Hierro es, en resumen, una brillante y escogida página social, que se abre a la salida de Madrid, entre las definitivas prolongaciones urbanas de la ciudad y los verdes jardines de El Pardo, extrarradio y centro, al mismo tiempo, del orbe político y jerárquico de esta feliz hora hispana. Ahí, en ese campo, se lucen bellezas femeninas y hallazgos de atrevidos modistas, telas y sombreros que evocan esplendores resucitados hoy con mayor fuerza, modelos automovilísticos de fantasía, sonrisas de mujeres y faldas que marcan con anticipación la moda, con el último secreto de la gentileza de sus vuelos extraídos del fondo de los siglos más galantes de la historia. Y todo ello prestigiado por ese patrimonio español de cielo azul con tintes velazqueños, que si pudiera venderse en parcelas obtendría las más elevadas cotizaciones en los mercados mundiales de paisajes con sol.

MUNDO HISPANICO

En este marco incomparable tuvo lugar recientemente un encuentro de polo de especiales y emotivas características. Las tribunas del magnífico campo no habían presentado nunca un aspecto tan impresionante y admirable como en esta coyuntura social y deportiva, en que jinetes argentinos y españoles se disputaron una copa donada por el general Perón.

Más de tres mil personas—en cuya lista se agrupaban los nombres más destacados de las guías nobiliarias—presenciaron este partido, que se vio honrado con la asistencia de S. E. el Jefe del Estado español, a quien acompañaba su esposa, Doña Carmen Polo. Junto al Generalísimo tomó asiento el embajador argentino, señor Radio, con varios miembros de su Embajada. Y en el resto de los lugares preferentes, los ministros españoles de Asuntos Exteriores, Ejército, Aire y Justicia, varios tenientes generales y generales, séquitos respectivos y gran número de autoridades, rodeados de una elegante y gentil representación femenina.

Los polistas argentinos, consumados jinetes y en posesión de todos los secretos de tan distinguido y emocionante deporte—colocación en el campo, penetración y ensamblaje de jugadores, e insuperable destreza para el dominio del mazo—, ofrecieron una maravillosa y aleccionadora exhibición, a la que los españoles respondieron con todo su entusiasmo. Pero la superioridad platense se impuso al fin y ante ella se rindieron noblemente sus contrarios.

Los argentinos tuvieron períodos fulgurantes que causaron sorpresa y entusiasmo entre los espectadores, contrapesados por vibrantes reacciones españolas que no alcanzaron a nivelar la balanza del juego. Con trece tantos a dos, a favor de la Argentina, terminó el espectacular encuentro, cuya diferencia, en opinión de los técnicos, no señaló la distancia real y efectiva entre los dos equipos. Porque si bien la superioridad platense le dio legítimo derecho al triunfo, los españoles se vieron perseguidos por la desgracia en varios tantos hechos y que no subieron al marcador por veleidades de la fortuna.

Gran parte de la superioridad argentina y que contribuyó no poco a su espléndida victoria, vino a residir en sus jacas, más ágiles, potentes y veloces que las españolas. Jacas pamperas de ilustre estirpe, herederas quizá de la sangre ardiente e indomable del gran «Babieca», y que conservan en sus venas, también, el fuego equino de las que recorrieron de punta a punta el continente americano, con preciosa carga de conquistadores y damas castellanas.

Su Excelencia el Generalísimo Franco entregó a los vencedores el trofeo del Presidente argentino, que lo recibieron en medio de incansables aplausos. El equipo platense estuvo integrado por Eduardo Bulrich, Julio y Carlos Menditeguy y Horacio Castilla. Y el cuadro español, por López de Carrizosa, Juan Antonio y Rafael Echevarrieta y José Ignacio Domecq. El arbitraje estuvo a cargo de Harrington y el marqués de Murrieta.

Los polistas de la Argentina se retiraron del campo rodeados por la admiración y el entusiasmo de la mejor sociedad española y extranjera. Y por tierras hidalgas de España han continuado paseando el señorío y la pureza de sus jacas y la técnica inigualable de su juego. Ultimamente renovaron sus triunfos frente al Club Español de Bilbao, aunque ya por más escasa distancia en el tanteo. Los bilbaínos ofrecieron una denodada resistencia, y el marcador señaló un cinco a dos favorable a la Argentina. — V.



En el marco aristocrático de Puerta de Hierro, un grupo de espectadores presencia el partido de polo entre argentinos y españoles, que en todos sus momentos llevó hasta las rebosantes tribunas el aire de la emoción y provocó encendidas ovaciones en honor de los dos equipos contendientes.

LA REVISTA DE 23 PAISES

Madrid

con falda larga

LA verdad es que las cosas no podían seguir así.

Y han cambiado.

No quisimos decir nada de este asunto de la moda de la falda corta, por tratarse de una cosa trascendental, y nosotros sentimos predilección por los temas triviales.

Cuando veíamos las calles de Madrid llenas de niñas, decíamos a los impacientes: "No tengáis cuidado. Estas chiquillas de hoy, con sus falditas cortas, son las mujeres del porvenir. Ya crecerán."

Pero pasaba el tiempo y no crecían. Y hubo quien afirmó que la paralización del desarrollo de la naturaleza femenina iba a traer un funesto desequilibrio en nuestra legislación. De seguir así las cosas, había que hacer leyes para niñas de cuarenta, cincuenta y sesenta años.

Y a todo esto, ¡qué lucha, Dios mío!, porque subía la falda y bajaba el escote. Para justificar la moda, se afirmó que la falda corta respondía a los nuevos tiempos, en los que predomina la síntesis, el esquema, lo

abreviado, lo escueto. En el trato social, en vez de la larga parrafada, bastaba con una insinuación; en la prosa, en vez del lingote de plomo de varias columnas, se empleaba el párrafo sintético; en las cifras, si eran largas, se las acortaba con un descuento. España—dijimos—está en un período de crecimiento y todo se le va quedando corto. A esto, como es natural, obedece el predominio de esa "falda de sello" que convierte las rúas madrileñas en el patio de un colegio de niñas en las horas de recreo.

Para combatir la falda corta aparecieron en los locales de espectáculos los carteles "No apta para menores"; pero hubo que transigir, porque ya no había señoritas mayores de edad.

Se trató de combatir la falda corta haciendo en los periódicos el elogio de la falda de "cola de pato", que vestían antaño las hembras de tronío, y cuya cola alborotada seguía a la dama "como la espuma a la nave"; se habló de que el escueto atavio femenino producía enfermedades a la vista, y que el hombre, que es un ser normal, dejaba de serlo cuando daba un paseo por Madrid de siete a nueve de la noche.

Todo fué inútil.

.....

Pero nada hay estable, ni siquiera el plan Marshall.

Las niñas han dado el estirón. De la noche a la mañana, Madrid se ha vestido de largo. Las faldas han crecido doce centímetros y los talles femeninos han ganado en elegancia y hechizo.

Mujeres hermosas, radiantes y espléndidas, visten ahora la falda larga, de mucho vuelo, que da a la figura femenina señorío y prestancia; otras visten chaquetillas cortas y faldas largas ajustadas, de "talle de ánfora", abiertas pecaminosamente por abajo, para poder andar, aunque a veces, con la prisa, tengan que remangárselas como si fueran a atravesar un charco; otras llevan faldas con volantes, que convierten las aceras madrileñas en tablados escénicos, y algunas pasean sus talles de avispa recordando la época romántica...

El encanto de la moda de la falda larga coincide con la invasión de los tonos claros en los escaparates. Las florecillas de los valles, la orgía de luz y de color del verano, las grandes rosas, los jazmines y alelúes, todo el paisaje abigarrado y luminoso de un jardín de España, está en las telas que se ofrecen a los ojos de las damas. Y todo es aligero, alado... Cuando una señorita se acerca al mostrador y le dice al dependiente: "¿Quiere usted sacarme los colores?", el empleado saca las piezas de tela como trazados de flores, convirtiendo el mostrador en florida canéfora.

Todo lo nuevo excita. El atractivo y encanto de la moda es su inestabilidad. La monotonía y la rutina son sus enemigos. Nosotros, al hablar de la falda larga, hemos hecho un pacto con el elogio. Las calles de Madrid se han enriquecido con estas "siluetas femeninas" tan elegantes, ingravidas y vaporosas, donde el pelo cae a brazadas sobre la nuca, como áurea gavilla, y donde la figura esbelta de la dama transeúnte, con su falda larga, de amplio vuelo, convierte transitoriamente la acera en un salón palaciego donde todo nos invita a la reverencia.



de nuevo miel de oracion en la colmena de Poble



Poble



monasterio de penitencia
 granja de trujales y molinos
 taller de ricas artesanias

EN el siglo XII Europa entra en España por los caminos del fervor jacobeo. Los peregrinantes cruzan Cataluña, Navarra y Castilla. Caminan por las calzadas de Augusto y se orientan por las constelaciones. Van hacia Compostela por un doble camino de piedras romanas y estrellas del cielo. La leyenda carlovingia dirá que fué Carlomagno el ingeniero de caminos celestes que trazó el itinerario de estrellas que conduce a Compostela el turismo devoto de la Edad Media. Pero no, el «camino de Santiago» es el antiguo «camino de las vacas» de las leyendas astrológicas de Oriente. Sin duda que, en memoria de estas lecheras vacas mitológicas, los astrónomos de hoy lo siguen llamando «la vía láctea».

Con el gran acontecimiento medieval, la resurrección románica de Santiago en las tierras occidentales de Iria Flavia, alcanza su plenitud en España un nuevo estilo arquitectónico —el románico— que llegará a nuestros días. Con piedras de rotas aras paganas y con ideas estéticas que han venido de Roma y de Bizancio a través de la Galia carlovingia, se tallan los ángeles románicos, los ángeles ingravidos —piedra menos pesada que el aire— del Pórtico de la Gloria.



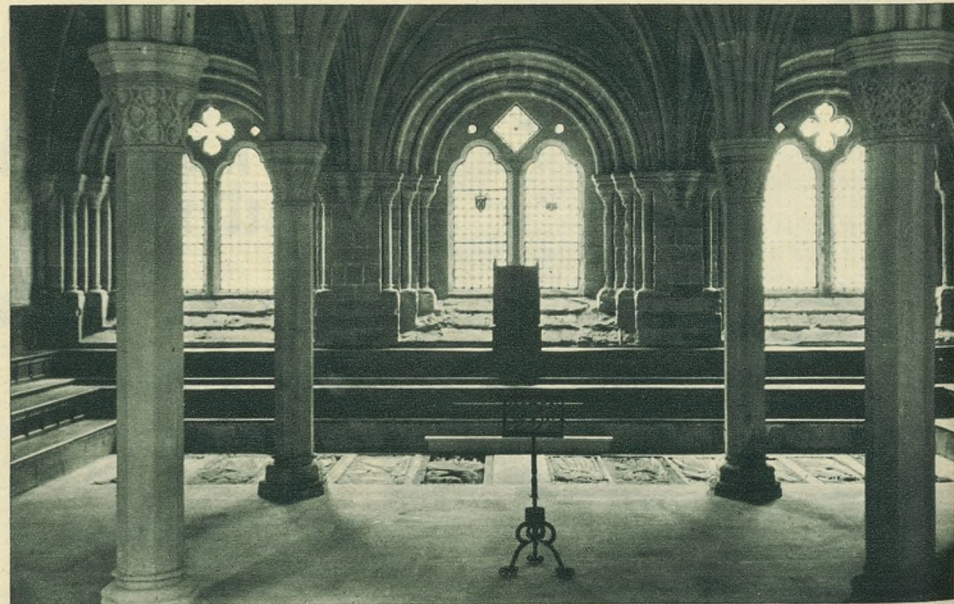


España intuye entonces la importancia de este turismo espiritual y procura fomentarlo. Monjes y caballeros se organizan para guardar sus caminos. A lo largo de las rutas se alzan albergues y hospitales para dar alivio a los creyentes europeos que hacían del sepulcro, recién descubierto, del Apóstol, la meta de su fe.

En el valle tarraconense del Francolí, cerca de la Via Aurelia, Ramón Berenguer IV, el santo, fundó en 1151 el monasterio de Poblet, sobre las ruinas de una primitiva ermita que ya llevaba este nombre. Sus primeros ocupantes fueron doce monjes cistercienses. También éstos procedían de la Galia, donde hacía poco más de cincuenta años naciera esta nueva rama del recio tronco benedictino, por obra de Roberto de Molesmes, con el apoyo del Papa Urbano II. Era una nueva enjambrazón de la colmena del Cister, que encontraría en España buena tierra y buen cielo para sus actividades de acción y de oración.

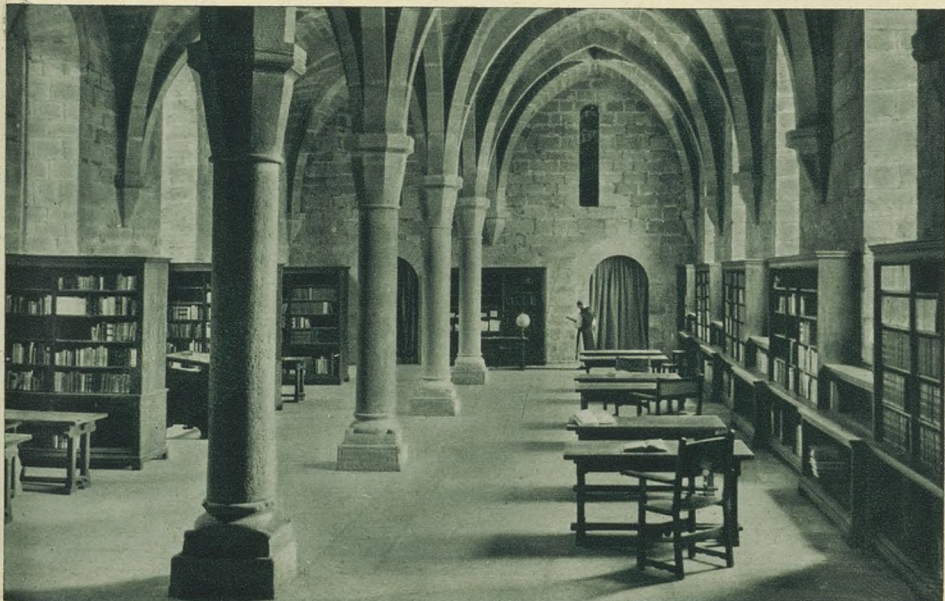
Con gracia de prodigio empieza a crecer la abadía medieval de los cistercienses en la Espluga de Francolí. Pronto será Santa María de Poblet una verdadera obra del arte románico. Es románico el viejo claustro de San Esteban y toda la parte primitiva del monasterio. Poblet tiene ya arquitectura y paisaje, surco y verso, para laborar por esa doble verdad humana de la tierra y el espíritu. El cenobio progresa. Monjes agricultores plantan viñas y frutales, injertan albaricoqueros y melocotoneros. Siembran hortalizas, trigales y linares. Hacen experiencias agrícolas, que luego enseñan a los campesinos de la región. Pronto los linos fermentados en los remansos del río Francolí tendrán fama por su blancura. Monjes teólogos y eruditos purifican la ortodoxia cristiana, limpiándola de errores heréticos que con frecuencia sufría el pueblo en su larga convivencia con los infieles. Monjes poetas escriben en verso latino y en prosa romance, leyendas y biografías. Vidas de santos y milagros de Nuestra Señora, miniados en primorosas vitelas. Monjes arquitectos dibujan las tallas de la madera y la piedra que realizan los artífices para seguir la evolución de los estilos arquitectónicos, que en Poblet van, desde el románico al ojival, del gótico florido al barroco y renacentista, logrados todos con máxima perfección y gracia estética.

El cenobio de Poblet tiene pronto el fruto de su laborio-



En la página anterior, arriba: Vista aérea del monasterio de Poblet. Abajo: Puerta dorada del Real Monasterio (siglo XV) y monjes trabajando en la era.—En esta página, arriba: Claustro mayor del antiguo cenobio (siglo XIII). Aspecto del refectorio restaurado por la Hermandad. Abajo: Sala capitular (siglo XIII), también restaurada.

sidad. Además de colmena mística de oración es granja agrícola y laboratorio de artesanías. Poblet tiene tierras fecundas, lagares y molinos. Tiene hornos de pan y trujales de aceite. Hospital para peregrinos de Santiago, capillas y claustros, en los que va floreciendo toda la gracia espiritual de los más puros estilos arquitectónicos. Y tienen cerrajerías y talleres y silos para los cereales y viviendas y templos. Tales eran las múltiples funciones de trabajo y ejemplaridad que habían de cumplir los cenobios medievales. Verdaderos silos de la cultura y el cristianismo occidental, perfectas organizaciones en que se llegaba al equi-



En esta página, arriba: El cimborrio (siglo XIV) visto al través de un ventanal del palacio del rey Martín el Humano. Aspecto del mismo palacio del rey Martín el Humano, desde un ventanal del claustro mayor. Abajo: Saqueada la anterior, valiosísima biblioteca del Real Monasterio, la Hermandad se ha encargado de restaurarla.

libro entre lo terrenal y lo divino. Los monjes medievales no sólo enseñaban las verdades de la fe con su palabra sino con el vivo ejemplo de sus vidas. Ya no hay duda histórica sobre el hecho de que al florecimiento de estas colmenas místicas de trabajo y oración se debió el gran renacimiento espiritual del siglo XIII, siglo de los santos, verdadero siglo de oro de la baja Edad Media.

Pronto siente la colmena de Poblet íntimos impulsos de enjambrazón. Sucesivos enjambres van saliendo del Valle de Francolí para instalarse en Castilla y Aragón, en Cata-

luña y en Navarra, en Galicia y en las Asturias. Cada cenobio, un faro orientador de la cultura y la cristiandad en el oscuro piélago de sombras medievales.

* * *

Siete siglos sin interrupción vivió en Poblet el cenobio de los místicos agricultores del Cister. Siete siglos de obra constructiva, constructora y ejemplarizadora. Así, hasta que en 1835 se alzaron en España las voces de la «Desamortización». La luna de una noche de julio del citado año alumbró las siluetas de unos monjes que huyen de Poblet por los senderos del valle tarraconense. Toda la inmensa fábrica del monasterio se convierte en una gran mole de grandes claustros sombríos y estancias silentes deshabitadas. Bajo la luna compasiva, las sombras tristes de las numerosas torres, se tienden sobre las tranquilas y rumorosas masías. Allí quedaba el esfuerzo heroico de siete siglos. Los monjes huyen por la orilla del río, por los senderos más ocultos hacia las sombras de la montaña. La luna descubre sus fardos con reflejos metálicos en los que llevan con gran esfuerzo los objetos del culto que han querido sustraer a la profanación. Cuando ya están a salvo de un ataque de las turbas, descansan sobre un breve alicor. Todo parece en paz bajo la alta noche. Y el río Francolí sigue cantando como hace siete siglos. Cantando indiferente y repartiendo por el valle la fecundidad de sus aguas recién ordeñadas a la montaña.

Un mal instinto, un furor elemental se alzaba del fondo de las masías contra los monjes acusados de extrañas cosas por sus calumniadores. Un aire hostil bajaba también de las montañas sobre Poblet. De la Espluga de Francolí, del pueblo de Vimbodí, de la propia villa de Reus, salieron turbas hacia el monasterio con oscuras intenciones. Era como una fuerza fatal alentada por un secular resentimiento. Una especie de toro negro que embestía obstinadamente contra los muros y las piedras venerables. Algunos monjes que aún quedaban en Poblet después de la desbandada del 25 de julio de 1835, vieron tan mal las cosas que acordaron dejar definitivamente el monasterio, unas semanas después. Así abandonaba la Orden del Cister una de las más grandes obras, logradas con el esfuerzo material y espiritual de siete siglos.

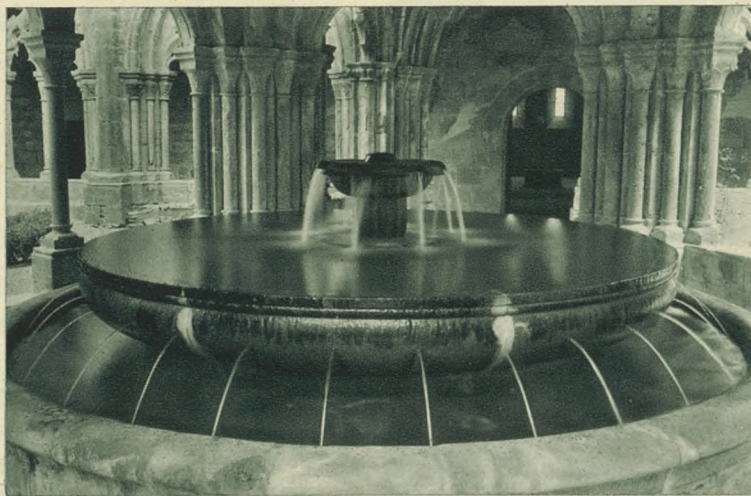


Entonces empezó no sólo la expoliación oficial de las tierras y propiedades de los monjes, sino el saqueo de los inmensos tesoros artísticos y arqueológicos que guardaba el monasterio. Entonces ocurrió, en opinión del historiógrafo Vals y Taberner, un triple sacrilegio: religioso, patriótico y artístico. Se talaron los bosques, se vendió en pedazos el bronce de las campanas y para chatarra las historiadas rejas de gran valor artístico. Los códices de la maravillosa biblioteca y los documentos del incalculable archivo, fueron vendidos en pública subasta a gentes que no tenían la menor idea sobre su valor. Se abrieron las tumbas reales en busca de tesoros. Como detalle curioso puede citarse el ocurrido en 1846, cuando después de saqueado el mo-

facilitó el personal para restablecer la vida de la abadía, y la Orden del Cister tomó posesión de Poblet el 24 de noviembre de 1940.

La primera obra que se llevó a cabo fué la restauración de los panteones reales cuyas estatuas fueron devueltas a sus antiguos puestos en el monasterio. Los recursos para esta obra y para las restauraciones que se están llevando a cabo en el monasterio fueron facilitados en parte por el Estado y en parte por el antiguo Patronato y por la Junta de Bienhechores.

A partir de esa fecha, de nuevo han vuelto a oírse las voces de los Maitines en la soledad de los hondos claustros a las cuatro de la madrugada. Y se han llenado las huertas de actividad y las capillas y refectorios de ru-



nasterio, la Diputación de Tarragona nombró un guardián que lo vigilase de sol a sol, cuyo sueldo no pasaba de un real diario. El tal guardián vivía de la venta de cabezas de estatuas y de otros detalles artísticos que eran vendidos a los visitantes. Terminado el saqueo ignorante de los campesinos, vino el más inteligente de los turistas y chamarileros de toda Europa. Estos venían a Poblet para obtener verdaderas joyas artísticas e históricas a precios irrisorios. Y así los ciento cinco años que duró el abandono y la incuria oficial.

En 1940 vino a España el Abad General del Cister que, previa visita al ministro de Educación Nacional, estableció las condiciones necesarias para la llegada de los monjes, ya autorizados por el Estado español para regresar al monasterio de Poblet. La congregación de San Bernardo de Italia

Arriba: Estatuas yacentes de D. Jaime I el Conquistador, D. Pedro el Ceremonioso, don Alfonso el Casto y D.º Matha de Armagnac. Debajo, de izquierda a derecha: Procesión de los monjes a través del claustro. Fuente de 31 caños en la que se lavaban los monjes antes de pasar al refectorio. El Cardenal de Tarragona preside la fiesta anual de la Hermandad.

mores de rezos. Y bajo los arcos de piedras románicas o góticas pasa todas las tardes la procesión silenciosa de los monjes que cada noche trasladan el Sacramento de la iglesia a un pequeño oratorio. Sobre las piedras en ruinas y los huertos abandonados de Poblet vuelve a florecer la colmena cisterciense. Vuelven a tener calor de trabajo y rumor de oración los muros conventuales de la inmensa abadía. Y otra vez tienen los otoños de Poblet canciones de actividad, olores de lagares, trujales y molinos de cereal. Y los árboles frutales de la huerta claustral dan sus aromas y sus dulzuras para esa miel elaborada en el interior del cenobio, trabajos, penitencias y oraciones. Miel de sacrificio, que cada día sube al cielo en ofrenda compensadora de tantas maldades humanas...



LAS FERIAS MUESTRARIO EN ESPAÑA

Una Feria de Muestras es siempre, y por encima de todo, un suceso alegre. Tiene la alegría externa de las banderas que estallan en el aire en una fiesta de colores, y del bullicio popular que salta como un inquieto río de 'stand' en "stand" para llenarse la retina de sensaciones curiosas, amables e importantes. Y tiene también otra alegría más seria, honda y trascendente: el júbilo que nace de contemplar, como en una maqueta accesible a la más simple mirada, el progreso de la patria y los lazos que la unen al progreso del mundo.



LAS PRINCIPALES NACIONES ACUDEN ANUALMENTE CON SUS PRODUCTOS INDUSTRIALES A LAS DE BARCELONA Y VALENCIA



para ofrecer un año cada una el marco de su población para asiento de una Feria Nacional, salta después hacia Zaragoza y se eleva, por fin, hasta los hitos de Valencia y Barcelona, que acogen y abarcan toda la cultura económica y el auge

industrial del globo que se exhibe en lujosos palacios de exposiciones de estas podulosas ciudades españolas.

Una Feria de Muestras, también, es como un mapa económico e industrial en relieve. Máquinas en vez de ríos, instalaciones siderúrgicas en lugar de montañas, dínamos y tractores sustituyendo mares y costas. Asturias no es un cuadro verde con vacas y manzanos, sino un pozo minero y una nave de laminado. Bilbao no es el puente del Arenal ni el chipirón con chacolí, sino un alto horno y una marca naviera. Barcelona, un gran telar donde el algodón y la seda entretujan su destino de servir de vestido y adorno a muchedumbres inmensas. Valencia es el mueble de buen gusto y el brillo de sus naranjas. Galicia, una gran lata de conservas con atunes de litografía que saltan en todas las tiendas del mundo.

Zurich es un cronómetro que ha batido todas las marcas de precisión. Detroit un 30 HP. de líneas audaces. Amsterdam, una botella de ginebra. Manchester, un tractor. Florencia, una cerámica. Milán, un aparato de radiología. Estocolmo, una bomba centrífuga. Nueva York, máquinas de lavar, refrigeradoras, aparatos de televisión...

Una Feria de Muestras, en resumen, es un gran espectáculo para todas las curiosidades y una lonja gigantesca a la que acuden los valores de mayor cotización en el mercado universal.

Resulta el más alto exponente de la potencia económica de un país y el acto de mayor dimensión que se puede organizar en beneficio de la paz. Una loa al trabajo, un canto a la inventiva humana y al ingenio de los hombres, un album vivo y en movimiento de todo cuanto nos puede proporcionar prosperidad, bienestar y esperanza en el futuro.

España, todos los años, despliega sobre su vieja piel de toro, el abanico de las Ferias Muestrario.

La gran película documental de estas manifestaciones económicas, comienza en las Ferias regionales de tipo limitado a lo provincial, continúa por el noroeste de la península donde Gijón y Vigo se alternan en el calendario

BARCELONA, EN SU XVI FERIA

La capital de Cataluña cumple ahora sus dieciséis años de Ferias. El certamen ha ido de año en año ganando en densidad, en concurrencia, en brillantez y en perfección organizadora. El recinto de la Feria tué creciendo hasta alcanzar, en esta fecha, los 150.000 metros cuadrados de superficie, que aumentarán para próximos certámenes. Acudieron 9.042 expositores y pudieron montarse 2.972 "stands". El valor de las mercancías expuestas alcanzó un valor, en números redondos, de 135.751.000 pesetas y las transacciones realizadas llegaron a cerca de los 588 millones de pesetas.

El coste de las instalaciones fué de 25.443.000 pesetas y visitaron la Feria 1.250.000 personas. Los expositores nacionales ocuparon el 60,868 por ciento del recinto y los extranjeros el 39,132.

La industria española estuvo representada del siguiente modo: Agricultura y ganadería, 60 stands; alimentación, 126; industrias de la madera, 70; textiles, 298; confección y vestido, 52; químicas, 56; papel y artes gráficas, 45; industrias del cuero, 29; metalurgia, 630; industrias de la construcción, 40; del vidrio y similares, 10; eléctricas, 205; vehículos de transporte, 58; cinematografía y fotografía, 10; juguetes y deportes, 92, e industrias varias, 28. Si las estadísticas —en este caso— sirven para tomar el pulso económico a un país, cualquiera que lea estas cifras puede colegir sin esfuerzo que la vitalidad industrial de España es altamente optimista, consoladora y llena de promesas, y que el sólido edificio de su economía se asienta sobre estos tres pilares fundamentales: sector metalúrgico, eléctrico y textil.

Las naciones extranjeras que izaron sus pabellones en el aire barcelonés, fueron Austria, Bélgica, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Holanda, Italia, Luxemburgo, Gran Bretaña, Portugal, Suecia y Suiza, además de los gallardetes de Marruecos y Colonias.



nes de pesetas, correspondieron a los vehículos de transporte, y las más bajas, por seis millones largos de pesetas, a la relojería. En cuanto a las divisas concedidas para la importación definitiva de las mercancías expuestas, fueron de cerca de 10 millones de francos belgas, otro tanto de liras, dos millones de francos suizos, 260.000 dólares y otras importantes cantidades de coronas danesas, libras, coronas suecas, etc.

Los jornales pagados a los 2.696 empleados eventuales de los stands alcanzaron la cifra de 1.303.180 pesetas y el valor de las muestras gratuitas repartidas durante el pasado certamen fué de 800.000 pesetas.

Se recibieron 13.000 cartas y fueron remitidas 26.000, y el número de permisos de entrada concedidos para obreros, fotógrafos, coches y camiones, se redondeó en la cifra 11.340.

En el recinto de la Feria

En la página anterior: Un inmenso gentío se aglomera ante la fachada del Palacio de Exposiciones de Barcelona.—En esta página: Tres aspectos de la Feria Muestrario de la misma ciudad. Diariamente cientos de miles de personas visitan sus modernas y atraentes instalaciones comerciales.



Tres banderas que tienen para España una emoción especial, las de Chile, Argentina y Filipinas, se sumaron por primera vez las dos últimas este año, al gran certamen de Barcelona.

Chile, con sus abonos químicos; la República del Plata, con su progresivo índice agrícola e industrial, y las queridas islas de los mares del sur, con las muestras más lozanas de su bella artesanía, sus fábricas y su campiña.

El mundo oficial aportó también su colaboración y formaron parte de la Feria los pabellones del Instituto Nacional de Industria, el Torres Quevedo, el Laboratorio y Taller de Investigaciones del Estado Mayor de la Armada, el Ministerio de Obras Públicas, el de la Gobernación, la Obra Sindical de Artesanía, la de Ganadería y la Dirección General de Marruecos y Colonias.

CIFRAS Y PINTORESQUISMO

En el capítulo de transacciones, los datos recogidos y minuciosamente compulsados nos dan estos dos detalles curiosos: las ventas más altas, por valor de más de 129 millo-

y para facilitar sus actividades a expositores y visitantes, han funcionado con entera perfección servicios de aduanas, telégrafos, teléfonos, correos, banca, turismo y alojamientos.

El pabellón agro-pecuario, una de las instalaciones más admiradas de la Feria, contó este año, por primera vez, con la aportación francesa, que presentó magníficos ejemplares de ganado vacuno y caballar.

Los fabricantes de juguetes trajeron a la Feria la ilusión y la magia de sus ingeniosas y bellas invenciones y reunieron en torno a sus stands el público más grato y delicado: los niños, verdaderas nubes de ojos infantiles con el asombro y la alegría retratados en sus pupilas.

Otra instalación interesante fué la filatélica y la numismática, y en el pabellón de Marruecos y Colonias se detienen los espectadores para contemplar la piel tostada de



Ofrecemos en esta página tres aspectos de la Feria de Muestras de Valencia. Arriba: Fachada del Palacio de la Feria Muestrario. Al centro: El Generalísimo Franco acompañado de su esposa e hija y demás autoridades, recorre la Exposición. Abajo: Una instalación industrial automovilista.



los nativos y las piruetas de los chimpancés, todo ello enmarcado en el más brillante pinto-resquismo sahumado por el perfume del café y el cacao.

Y como en nuestro exiguo espacio —en relación con la importancia de la Feria Muestrario de Barcelona—, no cabe ni una somera relación de las mercancías expuestas, queremos cerrar estas rápidas y superficiales impresiones del gran certamen, dedicando las últimas líneas a la artesanía española, que presentó una incomparable muestra del grado de madurez y perfección a que ha llegado, merced al impulso oficial y al aliento recibido del Estado que quiso elevar al sitio que merece esta tradicional y artística fuente de trabajo y riqueza.

VALENCIA, DECANA DE LAS FERIAS

En el mes de mayo, como todos los años, Valencia tuvo sus flores y su Feria Muestrario. La espléndida ciudad mediterránea va a la cabeza de la nación en dos cosas por lo



También ocupó un lugar de relieve la sugestiva y nutrida exposición de obras de artesanía.

Las industrias artísticas colaboraron ampliamente y presentaron acabadas aportaciones de obras en hierro forjado, pieles y sus confecciones, vidrios, cerámica y finísimas porcelanas.

Fueron asimismo notas destacadas del Certamen el Pabellón de industrias de Castellón y el del Mueble, donde los industriales valencianos de este ramo hicieron gala, una vez más, del buen gusto tradicional y acabado trabajo de sus manufacturas, tanto en lo que se refiere a mobiliario como a decoración.

Captó el interés del público, como un maravilloso juguete para los ojos y los sentidos, un montaje completo que comprendía todo el ciclo de obtención de petróleos y sus derivados.

Y para las personas imaginativas y aficionadas a la aventura geográfica, el Pabellón de Marruecos y el de la Guinea española constituyeron el regalo de un espectáculo incomparable.

En los primeros se abrieron los típicos "bakalitos", mitad bazar y mitad taller, donde los artesanos moros iban creando sus bellas labores textiles, de marroquinería, plata, etc.

Y en el colonial se exhibieron las muestras peculiares de aquellos territorios, como el café, los aceites, los jabones y las ricas y variadas maderas de aplicaciones múltiples.

Por último, y como en años anteriores, el Patronato Científico de Exposición Industrial organizó y llevó a cabo una labor de divulgación y propaganda con sus ciclos de conferencias y jornadas industriales desarrolladas en el recinto del Certamen.

Valencia, cuyo nombre se paseó por el mundo saltando de los acordeones marineros a las salas de fiestas de Broadway, es, efectivamente, la tierra de las flores y la alegría, del folklore huertano y de los paisajes salpicados de azahar.

Pero es también un exponente de primer orden de esa otra cara de España, que al dorso de las panderetas, los palillos y los alamares taurinos, trabaja y construye, exporta y crea riqueza nacional y, al mismo tiempo, abre sus brazos perfumados por la corriente del Turia y las copas de los naranjos, a los países del mundo que nos traen la muestra de su progreso industrial y las últimas realizaciones de la inventiva humana, en un deseo de paz fructífera y colaboración apasionada con todos los pueblos de buena voluntad.

menos: en paisajes huertanos y en certámenes de la índole expresada. Es la decana de las Ferias de Muestras y en 1947 cumplió sus bodas de oro.

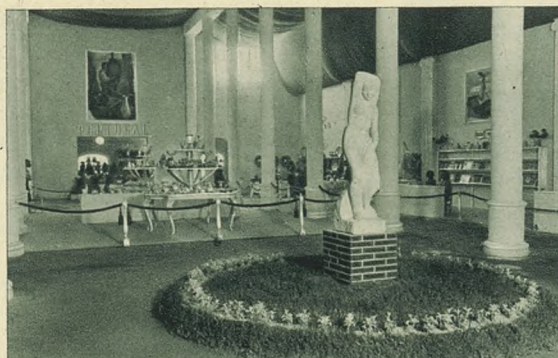
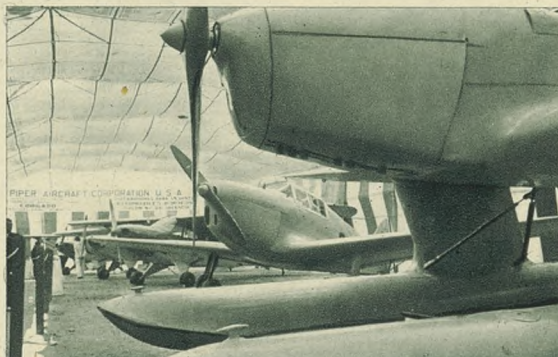
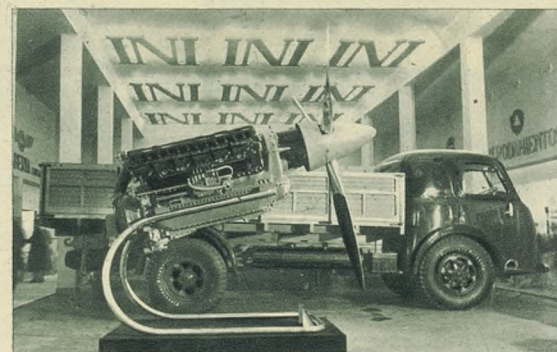
Ahora, ha celebrado su XXVI Exposición de productos industriales y agrícolas.

Y, como siempre, Valencia lució una vez más sus mejores galas para albergar en el recinto de su Feria envíos seleccionados de fabricación española, norteamericana, británica, chilena, portorriqueña, italiana, belga, suiza, sueca, danesa, holandesa, francesa y luxemburguesa, repartidos en 1.800 stands.

En una visión panorámica del Certamen, donde la síntesis y la limitación nos resultan obligadas, destacan los camiones de todas clases, los automóviles y los "jeeps". El material agrícola, con tractores, trilladoras, arados y molinería. La maquinaria textil para lana y algodón. El material médico, con rayos X, aparatos de óptica, espectrofotómetros, tomógrafos, potenciómetros y aparatos de audición para sordos. Material de oficina, con dictáfonos, máquinas de escribir y calcular, ficheros, cajas fuertes, archivadores, etc. Aparatos de uso doméstico, como calentadores de agua de diversos tipos, cocinas económicas y máquinas de coser. Maquinaria de todas clases: tornos, rectificadoras, laminadoras, utillaje para obras públicas y motores marinos. Radioelectricidad: receptores, aparatos de impresión magnetofónica, radar.

OTRAS NOTAS INTERESANTES

La aportación sindical resultó muy numerosa y de calidad, destacando los pabellones del arroz, olivo, industrias químicas y frutos y productos agrícolas.



Arriba, a la izquierda: El pabellón marroquí, flanqueado de esbelta torre. Debajo, a la derecha: Recogemos seis aspectos de la Feria de Muestras de Valencia: Una fiesta de la moda donde se exhibieron bellísimos modelos. El pabellón central del Instituto Nacional de Industria. Últimos modelos de aviones. Tejedoras moras confeccionan una alfombra. Aspecto del pabellón portugués. El pabellón de artesanía que constituyó, como todos los años, una muestra de buen gusto y selección.



Diborsion de España

1746

GOYA

1828

EXHAUSTA, al parecer, la pintura española tras el esplendor que alcanzara en la Edad de Oro, y como agotado el aliento creador de nuestra raza con las postreras creaciones de Claudio Coello y Carreño de Miranda, en quienes parecía extinguirse la fecunda y gloriosa tradición hispana, tras el desenfrenado barroquismo de Lucca Giordano y el extranjerizante academicismo de los primeros monarcas de la Casa de Borbón, a los que siguieron el auge arrollador que en toda Europa, por entonces, lograran las doctrinas neoclásicas preconizadas singularmente por Winkelmann y Antonio Rafael Mengs, se originó, pese al decidido favor que les dispensara la protección oficial, la lánguida existencia de la pintura española. Hasta que, por ocultos designios de la Providencia, del letárgico marasmo en que se hallaba sumida vino a sacarla el genio de Francisco de Goya, quien, como certeramente expresó Menéndez y Pelayo, con su manera desgarrada y brutal, con sus ferocidades de color, con su intensa y tremenda ironía, con su incorrección sistemática, con su sátira cínica y salvaje, con aquella mezcla sólo a él concedida de realismo vulgar y fantasía calenturienta, sin discípulos ni secuaces, rebelde a todo yugo e imposición doctrinal, insurrecto contumaz contra todo clasicismo y aun contra toda saludable disciplina de forma; manchando la tabla aprisa, ya con la brocha, ya con la esponja, ya con los mismos dedos, o llevando a sus aguafuertes todos los terrores y pesadillas de la noche, fué a un tiempo el último retoño del genio español y la encarnación arrogante del espíritu revolucionario.

Artista que en sí mismo resume toda la pintura antigua y de quien en su esencia arranca, también, la



La fiesta de toros en uno de los aguafuertes de Goya y uno de sus autorretratos, en el que aparece el característico perfil del gran pintor nacido en Fuendetodos (Zaragoza).

pintura actual, en él coexiste una doble y vigorosa personalidad. Educado en las tendencias artísticas de su siglo, a las que permaneció fiel gran parte de su dilatada existencia con la nota pintoresca, agradable y sugestiva de sus cartones para tapices, hasta que la intensa crisis espiritual que experimentara al sobrevenirle, de súbito, la terrible y cruel enfermedad que le privó del oído y le aisló, por ello, del mundo exterior. Esto determinó el cambio radical y profundo de su vida y de su arte al vigorizarse su espíritu por el pesimismo, el sufrimiento y la tristeza, por lo que pudo, con razón, señalarse la existencia de un Goya del siglo XVIII y un Goya del siglo XIX, en los que fué fundamentalmente distinta su concepción artística debido no tan sólo a un cambio de técnica, de desarrollo artístico, lo que sería perfectamente explicable, sino más bien a un cambio radical en la idea creadora de su producción, que se transforma de manera brusca y violenta.

Exiguas son, en verdad, las fidedignas noticias que de sus juveniles años llegaron hasta nosotros, pues escaso crédito merecen las legendarias anécdotas que integran la llamada leyenda goyesca, en la que más que la exacta valoración de su obra artística, persigue la romántica exaltación de una vida, que la fecunda y exuberante fantasía de sus primeros biógrafos logró difundir.

Nacido de modesta, aunque hidalga familia en el recóndito y, hasta entonces, olvidado lugar de Fuendetodos el 30 de marzo de 1746, recibió las aguas bautismales al día siguiente en su iglesia parroquial de la Asunción. Se trasladó luego con los suyos a Zaragoza, donde el padre ejerciera el humilde oficio de maestro dorador y en la que, al parecer, ingresó, tras de asistir



a la escuela de primeras letras que dirigía el escolapio P. Joaquín, en el estudio del pintor Luzán, cuyas enseñanzas apenas dejaron huellas en el arte de Goya, limitándose a inculcar en el ánimo de su rebelde e indisciplinado discípulo los principios fundamentales del dibujo y la pintura.

La leyenda refiere que, a consecuencia de sangrienta aventura, cuando apenas contaba diecisiete años, y para eludir la inevitable acción de la Justicia, vióse precisado a abandonar Zaragoza y trasladarse a la Villa y Corte, donde se hallaba instalado desde la anterior primavera su condiscípulo y futuro cuñado Francisco Bayeu, aunque más verosímil parece que el ansia de gloria y fortuna encaminaran sus pasos, confiado en la ayuda de los componentes del entonces influyente partido aragonés.

En dos escuelas rivales de antagónicas tendencias y opuesto credo estético dividíase el ambiente artístico de la Villa y Corte cuando a ella llegara Francisco de Goya, personificadas en dos artistas de singular destreza y extraordinario talento: Giambattista Tiepólo y Antonio Rafael Mengs. Último destello, el primero, de la exuberante exaltación barroca, del pasado esplendoroso de la escuela veneciana; presto en concebir y ejecutar, en la grandiosidad de su composición buscaba Tiepólo la expresión y vida de sus animadas figuras de violentos y atrevidos escorzos, en las que la fascinadora armonía, siempre viva y siempre nueva del color, constituían poéticas visiones de agradable y bello colorido, mientras que Antonio Rafael Mengs, pintor cultísimo aunque falto de inspi-

ración genial, representante genuino de la reacción antibarroca y neoclásica, propúsose desterrar de la pintura las viciosas prácticas, las exageraciones y extravíos de Lucca Giordano y Corrado Giaquinto, por un pseudoclasicismo en el que la corrección del dibujo recordara la pureza de líneas del arte antiguo. Con sujeción a estos principios y doctrinas, y bajo la vigilante mirada de Francisco Bayeu, proseguiría Goya su formación artística, siendo su influencia puramente formativa, mientras que la de Tiepólo fue más bien sugeridora.

Finalizada la etapa madrileña de su aprendizaje artístico en el taller o estudio de Francisco Bayeu, emprendió su viaje a Italia a consecuencia, pretende la leyenda, de galante aventura, de la que salió de sangrienta puñalada, abandonando la Corte unido, por la escasez de su exigua bolsa, a unos toreros. Hasta que, debilitado por las privaciones, enfermo, desfallecido y sin más equipaje que su zurrón sobradamente enjuto, llegó a Roma, reanudando luego, con inauditas proezas y amoríos, seguidos casi siempre de las inevitables reyertas y desafíos, la borrascosa vida que, hasta entonces, llevara en Zaragoza y Madrid, aunque su viaje, verosímelmente, se debiera al lógico y natural deseo de perfeccionarse en su arte, como reiteradamente manifestó años después, y de cuya estancia en Roma sólo pudo comprobarse su concurrencia al concurso de pintura convocado por la Real Academia de Bellas Artes de Parma, concurso en el que se clasificó en segundo lugar.

Al retornar a España, emprendió en Zaragoza la pintura de los frescos de la bóveda del Coreto del templo de Nuestra Señora del Pilar, que si mucho tienen de las vulgares y anodinas decoraciones de los fecundos cuanto amanerados pintores de la décimooctava centuria, la cálida tonalidad de su brillante colorido, el esfuerzo, que se adivina, por lograr la por él tan ansiada luminosidad de la composición —sin duda, inspirada en el arte de Giambattista Tiepólo—, denotan la presencia de un artista dotado de positivo talento, aunque de no clara y definida personalidad. Al igual que las enormes pinturas murales con escenas de la Vida de la Virgen, con figuras de nobles y clásicas actitudes y espontánea ejecución que por entonces realizó en la Cartuja de Aula Dei, así como en las de humildes iglesias de circunvecinos pueblos, cual Remolinos y Muel, y en las que de su mano se conservan procedentes de la capilla del palacio que fue de los condes de Sobradriel. Ellos constituyen la casi totalidad de la producción artística de Goya en el tiempo que permaneció en Zaragoza a su regreso de Italia, emprendiendo luego su retorno, ya definitivo, a la Villa y Corte, donde reanudó sus viejas relaciones de amistad con la

familia del que antaño fue su condiscípulo y maestro. Familia de la que llegó a formar parte en 25 de julio de 1773 por su matrimonio con Josefa, una de las dos hermanas de Francisco Bayeu, a cuya decidida protección, sin duda, debiera Goya los primeros encargos de cartones para tapices, que tanto contribuyeron al desarrollo de su recia personalidad. Porque de cuantas obras realizó en la primera etapa de su dilatada existencia, ninguna presenta, como los lienzos que integran las series de cartones que, en el transcurso casi de dos decenios, ejecutara para la Real Fábrica de Tapices, el primordial interés de que paso a paso puedan seguirse, cual eslabones que fueran de la misma cadena, los ininterrumpidos y sorprendentes progresos de su arte, pues sin sospecharlo siquiera, y aunque protestara en ocasiones de su trabajo, por ellos desarrolló sus portentosas facultades y por ellos también, al adiestrarse necesariamente en lo que, con certera frase, Beruete llamó "velocidad pictórica", dominó su arte en el sentido material de la palabra, y su acierto después estuvo no en dejarse llevar de la facilidad adquirida, lo que irremisiblemente le hubiera llevado al amañamiento, sino en trabajar siempre con igual esfuerzo, estudiando ante el natural y corrigiendo sus maravillosas creaciones, en las que la facilidad no es sino un medio para la realización de un fin.

En sus primeros cartones, como La caza del jabalí y El cazador y los perros, se manifiesta clara la influencia que en Goya ejerciera Francisco Bayeu, si bien ya en ellos se acusan las características del estilo del genial pintor aragonés, que paulatina-



mente se fué independizando en La caza de la codorniz y El pescador de caña, tan contrario como era a supeditar a ajenos influjos los irrefrenables impulsos de su indómito carácter. Y si en un principio aceptara las sugerencias de Francisco Bayeu, su innata rebeldía hizole prescindir de las falsas normas y preceptos que imponía a sus seguidores el correcto aunque amanerado academicismo de Antonio Rafael Mengs, para buscar en la Naturaleza, primero, y en Velázquez, después, los principios básicos de su peculiar estilo y de su arte, así como en los aplaudidos sainetes de D. Ramón de la Cruz los temas o asuntos de los cartones para tapices, con escenas costumbristas del pueblo de Madrid. La merienda, El baile a orillas del río Manzanares, La riña en la Venta Nueva, El paseo de Andalucía o La maja y los embozados, El ciego de la guitarra y El cacharrero, uno de los más bellos lienzos que entregara Goya en la Fábrica de Tapices, constituyen, sin duda, juntamente con El juego de pelota a pala y El resguardo de tabacos, lo más característico de su producción artística en la octava decena del siglo XVIII. En ellos abandona paulatinamente los cálidos tonos de sus primeros cartones por aquellos en que predomina la gama fría, tal vez debido al influjo que en su arte ejerciera el estudio de las obras de Velázquez, al que, en gran parte, debe la maravillosa técnica de su pintura, de extraordinaria fluidez, acuarelada casi, en agudo contraste con la excesiva masa de color que utilizara en sus primeros cartones, de alegres tonalidades, perspectivas de arboleda en otoño, celajes delicadamente matizados en blanco rosado sobre el lejano horizonte, lienzos de rutilante brillantez de colorido y uniforme luminosidad, que a partir de El ciego de la guitarra, fué abandonando, al destacar claridades mientras que en oscura penumbra dejaba el resto de la composición, en la que la unidad acentuaba tanto en grupos como en el fondo, graduando términos y equilibrando masas. Mientras que en Las floreras, La vendimia y El albañil herido, ejecutados ya nombrado pintor del Rey, se advierte, como certeramente indica Camón Aznar, que vuelve a ser clara la imprimación, claras también las composiciones, a plena luz, sin contrastes, sencillo el aparato escénico, revelándose una mayor concentración en los asuntos y avance de técnica, cada vez más fluida y efectista, simplificando los fondos con algún árbol desmembrado en montes y llanuras de apacible tonalidad, en las que se advierte la influencia colorista de Giambattista Tiepòlo y también la que en ellos ejercieran los lienzos de Velázquez.

Idéntica evolución se advierte en las restantes composiciones de la primera etapa de la vida de Francisco de Goya y Lucientes. Pues si los retratos de Carlos IV y María Luisa de Parma, siendo príncipes, y los de los Condes de Miranda, entre otros, están totalmente inspirados en el arte de Antonio Rafael Mengs, lo mismo que las pinturas religiosas que, por entonces, realizó, como la Sagrada Familia y el Cristo crucificado —que le sirvió como discurso de recepción al ser elegido Académico de mérito de la Real de Bellas Artes de San Fernando—, lienzo totalmente desprovisto de espíritu y unción religiosa, aunque como estudio del natural sorprenda por la justeza de su dibujo y el acierto de su modelado, en la pintura de la media naranja y sus cuatro pechinas de una de las bóvedas del templo de Nuestra Señora del Pilar, desarrollando el tema Regina Martirum, que tantos sinsabores y amarguras le acarreo, manifiéstase patente el barroquismo dieciochesco. Por el contrario, tanto en los ciertamente poco afortunados retratos del Conde de Floridablanca y de La familia del Infante D. Luis, como en el San Bernardino de Sena predicando ante Alfonso V de Aragón, que en competición con los más afamados pintores de la Corte ejecutó para la iglesia conventual de San Francisco el Grande, con el que lograra su primer y señalado triunfo, por afán de originalidad, propúsose, aunque sin lograrlo entonces, independizarse del falso convencionalismo estético imperante, buscando en el tradicional realismo de la pintura española la esencia misma de su arte, consiguiéndolo, en parte, en los deliciosos retratos

de la Duquesa de Osuna, de la Marquesa de Pontejos y de Doña María Rita de Barrenechea Condesa del Carpio, así como también en su admirable Autorretrato ante el caballete y en la sugestiva Familia de los Duques de Osuna, hoy conservado en el Museo del Prado. Si bien el proceso evolutivo de su formación artística culmina —si se prescinde de los cartones para tapices— en los sorprendentes aunque siempre "mal citados, mal comprendidos y mal apreciados" lienzos que por real mandato ejecutara Goya para la iglesia del convento de Santa Ana, de Valladolid, representando El tránsito de San José, San Bernardo administrando el bautismo a un caballero y Santa Lutgarda arrodillada ante un crucifijo, lienzos que, juntamente con La despedida de San Francisco de Borja de su familia y San Francisco de Borja y el moribundo impenitente que los Duques de Osuna le encomendaran para decorar la capilla de que eran patronos en la catedral de Valencia, marcan la madurez equilibrada de Goya como pintor religioso, como indicara Sánchez Cantón.

Nombrado a poco pintor de Cámara, y cuando, al parecer, la vida en todo le sonreía, sobrevinole súbitamente la terrible y cruel enfermedad, de la que sólo se conocían las consecuencias: la sordera, que, al privarle del oído y aislarle, por ello, del mundo exterior, determinó el cambio trascendental de su vida y de su arte, al sumirle en sus ideas e imaginaciones, proporcionándole el forzado reposo, reflexión, sufrimiento, tristeza y pesimismo, merced a los que su fantasía se exaltó, agigantándose su personalidad artística como si la perturbación que le arrebató un sentido le hubiese reanimado, en compensación, sus potencias operatorias, con las que en sus grabados juzgará, condenándolos, los vicios y pasiones, las miserias y vanidades de la naturaleza humana, despertándose en él el genio que hasta entonces yaciera adormecido.

Convaleciente aún de tan cruel enfermedad, y superada apenas la intensa crisis espiritual que experimentara su ánimo, "para ocupar la imaginación, mortificada —decía Goya— en la consideración de mis males", reanudó su labor con "la serie de cuadros de gabinete", en la actualidad conservados en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Cuadros en los que pudo "hacer observaciones a que

En la página anterior reproducimos uno de los más formidables y madrileñísimos cuadros de Goya: *El entierro de la sardina*. — En esta plana, *La maja vestida* y uno de sus famosos *Caprichos*.



regularmente no dan lugar las obras encargadas y en que el capricho y la imaginación no tiene ensanches". A esta serie pertenecen El entierro de la sardina, La procesión de flagelantes, Copea en un pueblo y la enigmática Escena de Inquisición, emprendiendo simultáneamente a la ejecución de los retratos griseos, que denominara Beruete—de entre los que sobresalen los de La Tirana, La Duquesa de Alba, Doña Tadea Arias de Enríquez y el póstumo de su cuñado Francisco Bayeu—, la pintura de los casi ignorados lienzos de la Santa Cueva de Cádiz y la admirable serie de los Caprichos, en que tan acertadamente justigaba las supersticiones, vicios y pasiones de aquella sociedad frívola y banal, y que tanto contribuyeron a enaltecer la figura del genial pintor aragonés, que, en agudo y singular contraste con la triste amargura que emana de sus Caprichos, ejecutó una de sus más famosas y personales creaciones, por entonces, al decorar al fresco la popular ermita de San Antonio de la Florida, en cuya cúpula, abigarrada de multitud de majos, manolas y chisperos, de andrajosos y harapientos mendigos y chicuelos, contemplan atónitos los milagros del santo, mientras que en enjutas, muros e intradosos surgen las bellísimas figuras de femeniles angelas, que la exuberante fantasía creadora del artista logró immortalizar. De igual manera que sus mágicos pinceles immortalizaron también a la Maja vestida y a la Maja desnuda, símbolo perenne de la gracia picaresca y del gentil donaire de la mujer madrileña, al par que del arte mismo del pintor, pues si la desnuda encarna el espíritu del rococó, la vestida refleja plenamente ya el impresionismo de la pintura actual.

Maravillosos retratos como los del General Urrutia, el embajador francés Guillemardet y el vulgarmente conocido por el Hombre de gris, que identifican algunos con su hijo Xavier, así como los de Moratín, Meléndez Valdés, Ceán Bermúdez, Saavedra y Jovellanos, y los de la Marquesa de Santiago y la de Lazán, juntamente con el de la célebre cantante Lorenza Correa, precursores de los que ejecutaría años después, señalan su apogeo como retratista. Apogeo que culmina en el portentoso retrato de la Condesa de Chinchón y en los de Carlos IV y María Luisa de Parma, que galardonándole le nombran su primer pintor de Cámara, el cual, inspirándose, sin duda, en Las Meninas, de Velázquez, y previos bocetos o estudios del natural, ejecuta la maravillosa Familia de Carlos IV, sorprendente tanto por su innegable valor psicológico como por el virtuosismo de su técnica y la rutilante brillantez del colorido.

La justa nombradía que como retratista alcanzara, por entonces, Francisco de Goya, pregónanla los lienzos en que influido, sin duda, por la pintura inglesa, representó al Conde de Fernán-Núñez ante un paisaje totalmente velazqueño, y al Marqués de San Adrián con displicente y elegante apostura de señoril distinción. Así como a la gentil Condesa de Haro, a Doña Antonia Zárate y a la fascinadora Doña Isabel Cobos de Porcel. Retratos éstos, como tantos otros, en los que se sumergió Goya en las más recónditas profundidades del alma humana, en su afanosa búsqueda de lo psicológico y espiritual que genialmente capta en príncipes y reyes, en aristócratas, toreros y actrices, en políticos, literatos e intelectuales; que tan notorio como decisivo influjo ejercieran, como en la evolución de las ideas políticas de la sociedad española y singularmente en las de Francisco de Goya. Quien vió su triunfante y gloriosa carrera oficial truncada súbitamente con la invasión de las huestes napoleónicas y la guerra de la Independencia, que con certera frase el Conde de Toreno llamó "Levantamiento, guerra y revolución de España", pues con ella desaparecía para siempre el mundo frívolo del antiguo régimen de la vieja España, en el que, hasta entonces, viviera Francisco de Goya.

Su ferviente y sincero patriotismo, tantas veces discutido y aun negado, fué exacerbado ante los repetidos e incansables ultrajes, ante las crueldades inútiles de los invasores, no afrancesándose por ello, como lo hicieron Moratín y Meléndez Valdés, sino que, por el contrario, identificado ideológicamente con los patriotas de las Cortes de Cádiz, renunció al codiciado título de primer pintor de Cámara y a sus pingües emolumentos, al no reconocer la supuesta legitimidad del Gobierno intruso, a algunos de cuyos ministros y corifeos, como Miguel Romero y el canónigo Juan Antonio Llorente retrató magistralmente, así como a sus consuegros D. Martín de Goicoechea y Doña Juana Galarza, a los pequeñuelos Víctor Guye, Pepito Costa y a su nieto Marianito Goya. Si bien, lógicamente obsesionado por los trágicos sucesos que percibía en derredor, su casi total actividad artística en el transcurso de los expresados años estuvo dedicada, alternando con la ejecución de pequeños lienzos con episodios de luchas, violaciones, fusilamientos y saqueos, a la realización de los dibujos preparatorios de Los desastres de la guerra, de algunas de cuyas escenas fué testigo presencial, y en las que con genial acierto interpretó no supuestas condenaciones de la "guerra" y de la feroz bestialidad de los adormecidos instintos del "hombre", sino las sangrientas vicisitudes de la heroica lucha que el pueblo hispano sostuviera con viril tesón frente a las aguerridas tropas del ejército invasor, cuyos excesos y crueldades reflejó en sus dibujos y grabados.

Finalizada la guerra, y en su deseo de perpetuar "las acciones más heroicas de nuestra gloriosa insurrección contra el tirano de Europa", ejecutó por orden de la Regencia La carga de los Mamelucos el 2 de Mayo en la Puerta del Sol y Los fusilamientos del 3 de Mayo en la Montaña del Príncipe Pío, trágico nocturno en que el pueblo de Madrid —simbolizado en la

figura del indomable y descamisado chispero que, en alto los brazos, desafía a la muerte—, sucumbe ametrallado por el pelotón de innominados soldados de las huestes napoleónicas, y ya en su trono el Monarca "deseado", tras su prolongado cautiverio en Valençay, confirmale su nombramiento de primer pintor de Cámara, realizando entonces los retratos de Fernando VII y del Duque de San Carlos, del Duque de Osuna y la Duquesa de Abrantes, con los que finaliza la extraordinaria y maravillosa serie de retratos de "Corte", que con el del Conde de Floridablanca iniciara en su ya lejana juventud, dando comienzo seguidamente, con sus admirables Autorretratos del Museo del Prado y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, con el de Don José Luis Munárriz, inspirado en los del Greco, los del grabador Rafael Esteve y el pintor Asensio Juliá, la portentosa serie en la que predomina el carácter íntimo, familiar y burgués, genuina representación de la sociedad española de las primeras décadas del pasado siglo, tan influida por los democráticos principios de la Revolución francesa.

La repetida lectura de la famosa "Carta histórica sobre el origen y progreso de las corridas de toros en España", que publicara D. Nicolás Fernández de Moratín, sin duda sugeriría a Goya, ferviente y entusiasta admirador de la fiesta nacional, el ilustrarla gráficamente con los grabados de La Tauromaquia, en los que, conscientemente, sacrificó proporciones y exactitudes al dinamismo del movimiento, y que puso a la venta antes de iniciar la ejecución del lienzo representando a Santas Justa y Rufina, que le encomendara el Cabildo de la catedral sevillana por mediación de Ceán Bermúdez. Lienzo de cálido y vibrante colorido, al que, sin embargo, el precedente del de Murillo perjudicó notoriamente y que al par con el San Pedro arrepentido y el San Pablo, con La oración del huerto y La última comunión de San José de Calasanz que realizara para las Escuelas Pías de San Antón, de Madrid, con sobria paleta de grises y tierras, lienzos en los que "su sinceridad pictórica muestra —como dijera Lain Entralgo— un sentimiento religioso, violento, brusco, casi feroz..., con la terrible y sincera vehemencia de un disciplinante", evidenciaron la profunda crisis religiosa y espiritual que, por entonces, experimentara Goya a consecuencia, sin duda, de los convulsivos acontecimientos de que fué testigo, reavivándose en él las dormidas aunque nunca olvidadas creencias que los suyos le inculcaron en su ya remota juventud; paleta de blancos y negros, de grises y tierras con la que decoró las varias estancias de la recién adquirida "Quinta del Sordo". Alucinantes "pinturas negras" de expresionismo desenfundado y obsesionante visión, que, sin líneas, sin masas, sin colores apenas, producen indeleble impresión al contemplarlas, logrando con ellas, indudablemente, su burlesco y deliberado propósito de "épater les bourgeois", espíritu que asimismo anima la serie de grabados que titulara Los Disparates, también conocida por Los Proverbios, de tan dudosa y enigmática interpretación.

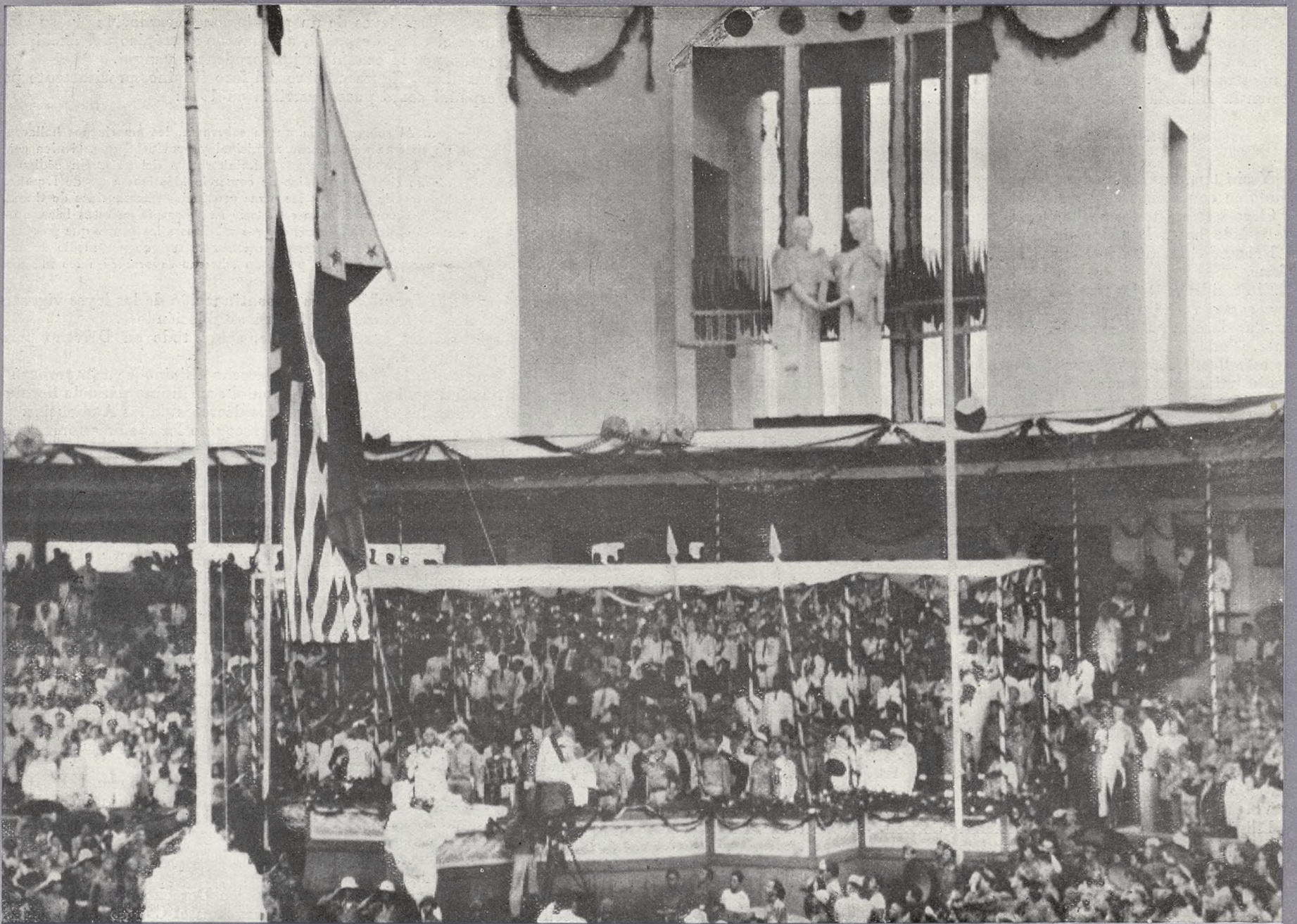
Al declinar de su vida, agravadas sus dolencias y, tal vez, a consecuencia de la lógica reacción absolutista que, merced a la decisiva intervención de los "Cien mil hijos de San Luis", pusiera fin a los "tres mal llamados años", en los que, triunfante el liberalismo, se implantó la Monarquía constitucional, impulsaría a Goya, ferviente y exaltado liberal, como algunos de sus dibujos demuestran, a solicitar del Monarca su licencia para trasladarse a Francia y tomar las aguas de los baños de Bagnères y Plombiers, emprendiendo, al concedérsela, su viaje a París y Burdeos, donde se hallaban emigrados sus viejos amigos Moratín, Silvela, Muguero y el Marqués de San Adrián. Ciudad a la que regresa definitivamente tras breve estancia en la Villa y Corte, y en la que el "joven octogenario", sin descanso, ejecuta las litografías de los llamados Toros de Burdeos, las casi cuarenta miniaturas sobre marfil, "miniatura original que yo jamás he visto —decíale Goya a D. Joaquín María Ferrer—, porque no está hecha a puntos y cosas que más se parecen a los pinceles de Velázquez que a los de Mengs", así como los admirables retratos de Moratín, Jacques Galos, Juan Bautista Muguero y La lechera de Burdeos, lienzos que por su impresionismo diríanse ejecutados por Cézanne o Van Gogh. Dejó sin acabar la expresiva cabeza de D. José Pío de Molina, al sorprenderle la muerte, el 16 de abril de 1828, rodeado de su nieto Mariano y de fieles y leales amigos, desapareciendo con él una de las más preclaras figuras del arte de todos los tiempos, de quien proféticamente pudo, con razón, decir el poeta D. Manuel José Quintana:

... Sí, vendrá un día;
vendrá también, oh Goya, en que a tu nombre
el extranjero extático se incline...

Y ese día hace tiempo que vino ya. Los ocultos designios de la Providencia hicieron posible que el genio del gran artista sacase a la pintura española del marasmo en que estaba sumergida.



La duquesa de Chinchón, por Goya.



EL LEÓN ESPAÑOL A LA IZQUIERDA

Las olas se sintieron inquietas, preocupadas:

—¿Qué sal distinta de la nuestra ha caído en estas playas que saben a Dios?
—¿Qué árboles han crecido en forma de cruz sobre las cabañas y por qué, al crepúsculo, la brisa suena a campana y a plegaria nunca oída?

—¿Qué grito gozoso de luz ha roto la virginidad de estas selvas y ha engendrado la Verdad?

Por respuesta, unas naos extrañas, cargadas de hombres vestidos de hierro, ondearon un pendón morado con un escudo imperial. ¡Y todo el mar se llenó de Castilla!...

El yanqui, este rubio hombre, GI cargado de cansancio y de guerra, abrió los ojos, atónito, ante la maravillosa sorpresa de Filipinas. Sí, le habían dicho de ellas. Eran colonia americana. De buen oro, de mejor azúcar. Pero Nueva Zelanda, Islas Salomón, Nueva Guinea, todo el Pacífico, no le habían ofrecido más que bosques de malaria, pueblos oscuros, sin ser, incivilizados, o, a lo más, colonias y factorías europeas con hombres como acémilas y horizontes como libras esterlinas.

¡Ahora se le abría de pronto, sola, en medio del Oriente, una veta, indígena sí, pero occidental: el alma, la cultura filipinas!

—¿Cómo, por qué?—se preguntaba.

—¡Ah, es que América está aquí! Y hay hombres blancos. ¡Pero también en otras costas, en otras islas de alrededor, hay ingleses, holandeses, franceses, americanos!...

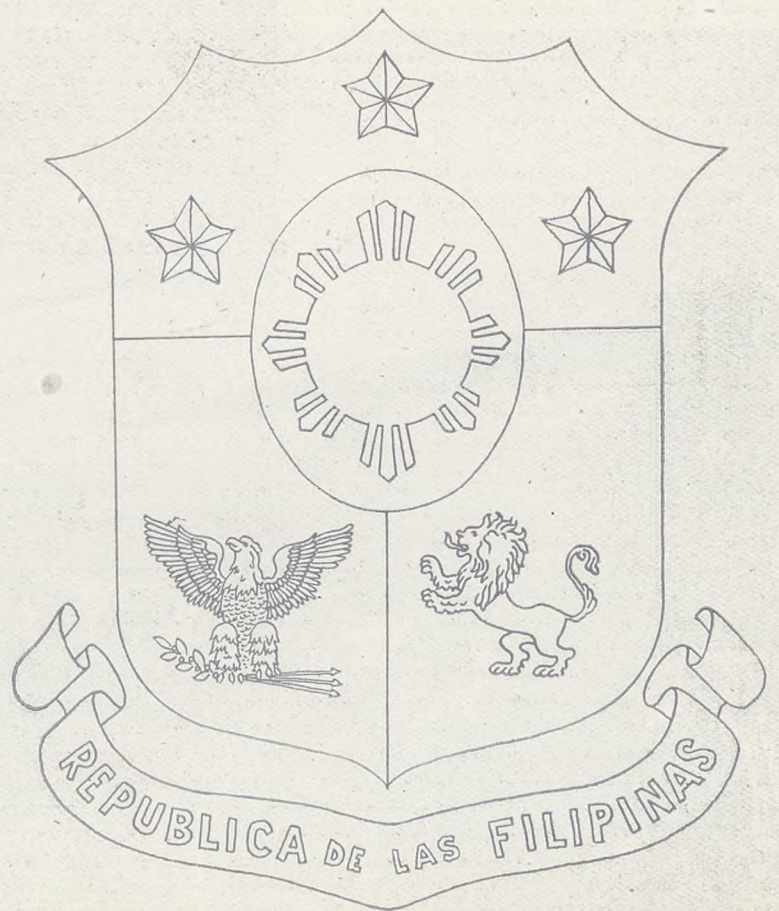
Y el GI, con su llegar de ola soplada por la guerra; el ingenuo GI, que tantas cosas aprendió fuera de su América, oyó la respuesta.

La dulzura de la sampaguita, la flexible dureza del bambú le contaron la historia.

—Este renacer nuestro empezó hace siglos. Unas navecillas, unos marinos de hierro y una Cruz nos despertaron. Las naves eran de España; los marinos se dijeron hermanos nuestros; la Cruz nos traía a Dios.

—Nuestros hombres aprendieron humanidad, y con el gozo de sentirse el alma, se hermanaron y se miraron unos a otros como hijos del mismo cielo, labradores del mismo surco y compañeros hacia el mismo destino: nos había nacido la Patria.

—Luego, otros marinos, tus padres, cow-boys a la grupa de cuarenta y siete años, nos señalaron perspectivas libres, logros cercanos, y nos ofrecieron saber, haber y gobierno.



"Hoy, con el corazón bautizado de entonces, con el bagaje nuestro de ahora, nos hemos sacado Fe y empeño noble de la vena española, lumbre y guía de los días americanos, y nos hemos lanzado a caminar por rutas duras hacia la Historia.

"Si en medio de tantas razas sin norte me encuentras única, el secreto va en nuestra alma crismada por Castilla. Entre tantas orientales, adora a Dios, cree en la Historia y sabe por qué los hombres son hermanos."

* * *

Y ahí tenemos a esta Filipinas, joven entre las naciones jóvenes, hasta formando en comisiones de la O.N.U. para arreglar problemas de otros pueblos.

Claro que no todos se han dado cuenta cabal de la raíz del fenómeno, ni han calado hasta la pulpa del alma filipina.

Recuerdo la anécdota acaecida con motivo del nuevo escudo de Filipinas.

El Presidente Rojas tomó el diseño y sonrió complacido. Escudo en tres cuarteles, cortado medio partido. En el primer cuartel, un sol de ocho rayos y tres estrellas de oro; en el segundo, un águila azorante; en el tercero, un león rampante. ¡Toda la historia y todo el nervio filipinos! El sol, la república naciente. Las estrellas, Luzón, Visayas y Mindanao, las doradas hermanas tranquilas formando unida constelación. El águila, América con su técnica, progreso, administración: ansia material. El león, Hispania, o sea Fe, hidalguía, generosidad, honor: vuelo espiritual. Los campos del escudo, blanco, azur y gules: la bandera filipina. Nobleza de ideales, el blanco; cielo de Filipinas, el azur; el rojo, la sangre vertida por la Independencia.

El escudo podía aprobarse. En él iba Filipinas.

Mister Mac Nut, Alto Comisionado, quien contemplaba el proyecto junto al Presidente, asintió con un lacónico "That's good" muy americano. Pero a los pocos segundos exclamó:

—"Why the spanish lion is on the right?" (¿Por qué el león español está a la derecha?)

El artista de la comisión encargada de diseñar el escudo contestó, semi-zumbón:

—"Sir, first come, first served." (Señor, el primer llegado es el primer servido.)

—"It should be on the left" (Debería estar a la izquierda)—agregó el comisionado.

Todavía quien me contaba la anécdota, testigo presencial y calificado, añadía:

—¡Izquierda, derecha! ¡Como si no lo llevásemos dentro!

Yo, por todo comentario, aventuré:

—La verdad es que Mr. Mac Nut no andaba errado: el corazón suele llevarse a la izquierda...

Valga o no el lance, inédito hasta hoy, es todo un símbolo.

Filipinas está amasada espiritualmente de España. Y será grande mientras no desespitalice su alma y sus rumbos.

Balmori, fina emisora poética del sentir filipino, clamaba:

Si Filipinas hoy, rotas ya sus cadenas,
quisiera aparecer ante su historia, sola,
olvidada del pacto de su viejo Virrey,
se tendría que abrir nuevamente las venas
y arrancar de sus pulsos esta sangre española
que en su vida y su alma es Dios, Idioma y Ley.

Ningún filipino sincero le desmentiría sin exponerse a renegar de su propia sangre. El Capitán y el Rajah se abrieron las venas una buena tarde, se bebie-

ron el mutuo juramento y España fué en Filipinas Ley, Idioma y Dios.

Las leyes de un pueblo son encarnación de su alma. Y el código filipino es el código español, aclimatado al trópico del Archipiélago; tamizado, coloreado por la ecuaníme jurisprudencia yanqui.

Cayetano Arellano, figura cumbre del foro filipino, precisamente por saber de Derecho español como pocos, escribía en 1910:

... Al sobrevenir la nueva soberanía, los americanos hallaron vigentes un sistema de gobierno municipal y provincial que, si bien centralizado, se adaptaba al progreso administrativo del país. Un código penal, un código civil y un código de comercio idénticos a los de España. Una ley hipotecaria común a las otras provincias ultramarinas de Cuba y Puerto Rico. Cuando España estableció su soberanía en estas Islas, no sólo reconoció el derecho de sus nuevos súbditos a los bienes que poseían, sino que aún les donó mayores extensiones de terreno por medio de consecutivas y progresivas leyes, por todo extremo favorables a los indígenas.

En 1916, el "Bill Jones" decreta la continuación de las leyes vigentes, salvo las modificaciones posteriores que fueran estableciéndose.

Hoy Filipinas tiene sustancialmente, sobre todo en Derecho privado, la misma Ley que España.

Cuando se escriba la historia del Derecho filipino se comprobará que los mejores juriconsultos, los que moldearon el ser filipino dándole norma, fueron las Leyes de Indias, las cédulas reales, los decretos de las Audiencias.

Disciplina y vuelo jurídicos que han recogido los mejores forenses insulares cuando han querido servir a su Patria.

Ahí están Claro Ma. Recto, José P. Laurel, dando la suprema lección a los legistas nipones.

Cuando se proyectaba la nueva constitución para una Filipinas libre, bajo la alta y magnánima (!) protección de Hirohito, se pretendió con ínfulas germanoniponas dogmatizar leyes y urdir estatutos. Pero Japón hubo de convencerse de que se las había con gente distinta de la indonesica, gente que no se había improvisado una cultura. Muy superiores en Derecho constitucional, internacional político y privado, los abogados filipinos supieron defender a su pueblo. No en vano la primera cátedra civil universitaria en Filipinas fué la de Derecho.

Todavía hoy se piden autores de Derecho español, y es rarísimo encontrarse un bufete o una mesa de trabajo catedrático sin el indispensable Medina y Marañón. ¡Y están a diez mil millas de España, rodeados de pueblos que ni saben, algunos de ellos, dónde cae la geografía española!

Es la actitud de aquel profesor de Derecho privado explicando en castellano.

—Señor profesor—le disparó un alumno—, según la ley tal y tal del Departamento de Educación, usted debe explicar en inglés. Y además, en español no le comprendemos.

El catedrático, rápido, enérgicamente tranquilo, repuso:
—La suprema ordenanza del Departamento de Educación es dar una idea cabal de la asignatura. Y los artículos de hoy son incomprensibles cabalmente, si no se entiende la Legislación española. Y la Legislación española acontece que está escrita en castellano.

Luego agregó dulcemente, prometedor:
—¿Y ustedes pretenden ser aprobados en Derecho privado sin comprender castellano, cuando el fondo de nuestras leyes es el Código de España?...

¡Ah, qué bien se encarga luego la vida de enseñar a estos estudiantes que oficialmente tienen que cursar Derecho en inglés, que sin penetrar por la sana, robusta Legislación de España, no llegarán en su propia Patria a ser más que medianías!

Porque España es también idioma en Filipinas. A pesar de las dificultades para difundir el español. A pesar de los lustros americanos.

Precisamente a raíz de la entrada de América floreció el español más que nunca. Los últimos años del XIX y los primeros del XX son los más ricos de literatura y periodismo, en extensión y en perfección.

Al llegar los americanos, fieles a su programa político, sembraron



En la página anterior, arriba: Momento en que es izada por vez primera, la nueva bandera de Filipinas, durante una de las ceremonias celebradas el 4 de julio de 1946 con motivo de la Independencia del Archipiélago. Abajo, a la derecha: Escudo de la República Filipina. En esta página: Momento de la llegada al aeropuerto español de Barajas del avión que inauguró la línea aérea Filipinas-Madrid. La tripulación y pasajeros posan ante nuestro repórter.

de escuelas todo el país. No hubo barrio, hacienda o barangay donde no existiera un *teacher* llenando de inglés las lenguas de los párvulos.

Pero también dieron libertad de prensa y dejaron que los filipinos hablaran, sobre todo contra el régimen anterior. Y entonces se encontraron con que no lo sabían hacer si no era en español. Se quejaron del pasado, gritaron por el porvenir; pero lo hicieron en castellano, con bríos y rebeldías nobles aprendidas de España.

Todavía está por escribirse —¡tantas cosas hay por estudiar sobre Filipinas!— la historia de esta literatura insular. Quien a ello se lanzare, encontrará sorpresas inéditas y casi inexplicables.

FRAY JUAN DE ZUMARRAGA PRIMER OBISPO - ARZOBISPO DE MEJICO

POR ANTONIO GONZALEZ Y M. DE OLAGUIBEL



ORQUE la simpatía, la inicial al menos, suele ser irrazonada aunque luego, por el conocimiento y la amistad, llegue a alcanzar las cumbres del amor verdadero, me interesa comenzar diciendo aquí que esta figura egregia del primer Obispo-Arzbispo de Méjico, del franciscano fray Juan de Zumárraga, cuyo cuarto centenario celebramos, me inspiró, desde el principio, especial simpatía. La he sentido siempre por todos los claros varones de nuestro Siglo de Oro, y a ella se unió, en este caso, una doble circunstancia personal: la de haber nacido fray Juan en la villa de Durango en Vizcaya, la tierra de mis mayores, y la de haber visto yo la primera luz en Du-

rango, de Méjico. Por lo que, dejando a un lado el relato puntual de aquella fecunda vida —no hago de historiador, sino de enamorado—, prefiero reflejar brevemente mis emociones ante la figura de aquel primer Obispo, que moría en la ciudad de Méjico el día 3 de junio de 1548, uniéndolas al recuerdo de los dos Durango: el de España, el de fray Juan, y aquel de Méjico, por cuyas tierras, quebradas como las de Vizcaya, entró y anduvo con sus soldados otro conquistador, también cristiano y vascongado, Francisco de Ibarra, que puso el nombre de Durango, en Nueva Vizcaya, al poblado que su lugarteniente Alonso Pacheco había llamado Guadiana, en 1563.

Del Durango de Méjico sé bien poco, pues de muy niño cambié su altura por la de estas tierras de mis padres. Pero del Durango de fray Juan sé más. Cuando él nacía, faltaban dieciséis años para la empresa magnífica de los Católicos Reyes y de Colón. Y era Durango una pequeña villa de Vizcaya. De ella podrían hablarnos con exactitud los montes que cercan el anchuroso

valle de la vieja Tavira, el más bello de Vizcaya. Fray Juan los vió, como hoy los vemos nosotros: el Oiz, el Amboto, el Udala... Desde su altura contempló muchas veces con amor a su pueblo; aquella villa, con sus palacios señoriales y de recias "torres", entre las cuales se erguía, enfática, la paterna, a un lado del caserío, todo él de madera, que un vasto incendio arrasó nuevamente en 1554, cuando él, en la Méjico lejana, había entregado ya su grande alma a Dios... Aquel Durango que quizá volvió a ver, de paso, en 1527, cuando de tierras de Castilla, las que le hicieron religioso franciscano y sabio, volvió al País Vasco como inquisidor de sectas, de brujas y aquellos...

—Este Durango, "tristitia rerum!" —exclamaría el fraile, si hoy viviera—, ya no es aquél...

Si Fray Juan volviera hoy a la vida, me gustaría servirle de "cicerone" en su propio pueblo. Yo, que admiro toda su vida de apóstol, de civilizador, de prelado, de gobernante; vasco fornido, forjado en Castilla, Valladolid, Avila, El Abrojo...; hombre providencialmente puesto por el Emperador y Rey Carlos de Gante al servicio de la gran empresa católica y universal de España en el Nuevo Mundo, acompañándole por las calles, las plazas, las cercanías del Durango de hoy, le diría con la mayor reverencia:

—No os apenéis en demasía, Padre mío y señor. Verdaderamente, de vuestros años aquellos poco queda. No; no queda huella de vuestro solar, ni de vuestras casas de Goyencalle; de ellas salisteis —y cómo sonriendo lo recordáis!— una atardecida, hacia la torre de Láziz... Sí; en ella descansaba la reina Isabel por unos días. Teníais aún pocos años. ¿Qué os impulsó a la cándida ocurrencia?... Real o fingida, un cronista de nuestros días la refiere así: en el amplio balcón de piedra la Reina, con la señora de la casa, gozaba del terral que bajaba de Urquiola y, al pie del muro, vos fuisteis a cantar en la dulce lengua vernácula, como un joven príncipe enamorado a la dama de sus pensamientos. Ya había anochecido. Doña Isabel, prendada de vuestra voz juvenil, que tan bien cantaba en lengua para ella desconocida, os llamó y mandó subir al aposento. Ibais gozoso y temblando. Y ella os preguntó qué decíais y quién erais. Contestasteis con aplomo. Os acarició el pelo sedoso, rubio entonces y abundante; y mientras os daba a besar la mano, con la otra os entregaba un real de plata reluciente. ¿Qué hicisteis de él?...

Poco hallaría hoy fray Juan de lo que dejó en Durango en 1533, cuando, regresado de Méjico y antes de ser consagrado Obispo, se despidió para siempre de su villa natal... Aún alargó su paseo hasta el antiquísimo templo de Tavira. Todavía oró devotamente ante la imagen de Nuestra Señora de Uribarri, la Patrona de la villa. Y miró, todo empapado en los recuerdos de muchacho, la cruz de piedra gris y maravillosas alegorías que hoy da nombre a su barrio. Buscó, sin hallarlo, el mal llamado "ídolo de Miqueldi", y todo lleno de nostalgia, volvió los ojos a la ruta de Mañaria, la de las cerezas garrafales, acurrucada al pie de los vericuetos por donde tantas veces, por junio, trepó alegremente hasta la ermita de Urquiola, donde el taumaturgo paduano predicó una vez... "Tristitia rerum"... No; aquel Durango ya no es éste. Le queda el poso inalterablemente pacífico de entonces; pero fray Juan extrañaría hoy el ambiente manufacturero que ciñe con ruidos y edificaciones y actividades utilitarias a la villa, "Noble y Leal"...

Obra larga, y no de este lugar, sería seguir al eminente franciscano por los caminos que le condujeron de Durango a Castilla y de Castilla a Méjico. Caminos de estudiante, de novicio en la villa del Pisuegra; de su ordenación sacerdotal, en Valladolid, el año 1500, cuando todavía ni ha pensado siquiera en que un mundo nuevo incorporado a España hacía ocho años, iba a ser para él, veintisiete más tarde, campo de su apostolado, intenso, fatigoso y fecundo.

La Orden Franciscana, que ha descubierto en él un talento preclaro, un religioso observante y una voluntad de hierro, le confía cargos alto: Definidor, provincial y guardián de sus monasterios... Precisamente lo es del convento de El Abrojo, cuando recibe el aviso de que el César Carlos V viene a hacer un retiro espiritual a la casa de los hijos del Poverello. Y la noticia llega acompañada de un convoy de víveres para la Comunidad. Todo se preparó y ordenó para recibir dignamente al recio y poderoso

monarca, que así tardó dos días en llegar. Fray Juan se hizo personalmente cargo del presente regio, y cuando el César llegó, ya el guardián lo había generosamente distribuido, hasta el último bocado, entre los pobres de la comarca.

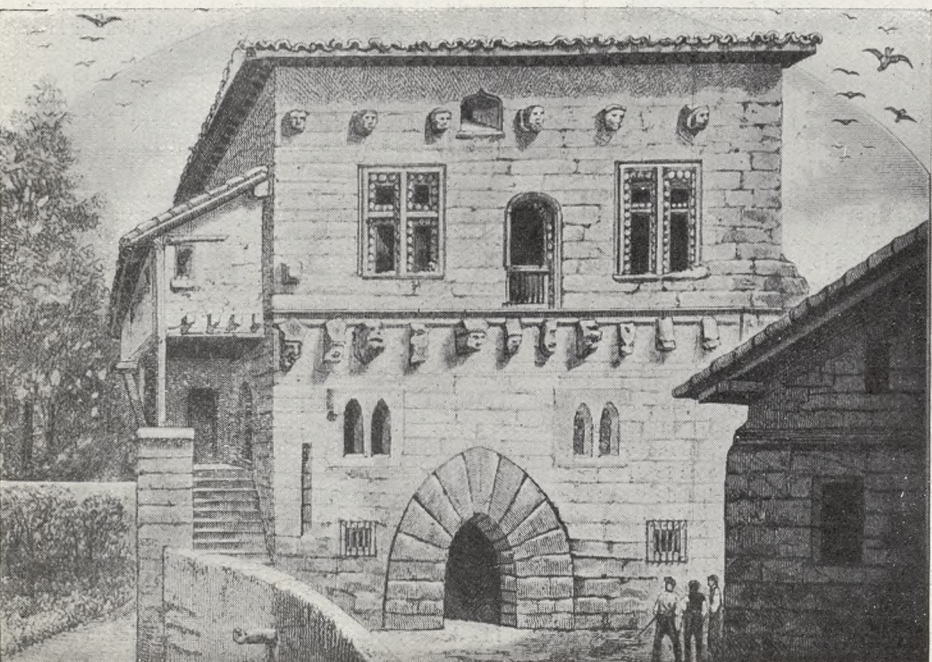
Sorprendido y edificado el Emperador reclamó, no bien lo supo, la presencia de fray Juan; quizá por medio de aquel D. Luis Quijada, su secretario íntimo, el Quijada que tan bien y con tal heroica lealtad a su Rey supo guardar, hasta que Dios quisiera, el secreto del que había de ser, andando el tiempo, el vencedor de Lepanto.

—¿Y cómo, vos —preguntaría, entre adusto y sonriente—, nos habéis dejado a conventual ración?... Yo os hice mandar lo que entendí ser justo, puesto que conozco y admiro vuestra frugalidad, para atenuarla siquiera unos días...

—Pensé, señor —respondería el fraile—, que pues los pobres no suelen serlo por vocación como nosotros lo somos, bien sería quedarnos nosotros honrados con sola vuestra presencia y compañía y hacer participantes de ella, por el camino alegre de un abundante y excelente yantar, a cuantos más mal comen que bien. Cuanto más...

—Cuanto más, y perdone vuestra Paternidad que le interrumpa —concluiría el Emperador—, que vos, pues yo os lo di y vuestro era, hacéis de ello lo que mejor cuadre al servicio de prójimo, según el espíritu de vuestro santo modelo y fundador. Bien me parece, Padre, lo que ordenasteis... Y ahora, oídme: necesito hablaros en vuestro aposento de algunos negocios que mucho me importa resolver. Me daréis consejo. Ninguno, a mi parecer, mejor que el de quien como vuestra Paternidad, tiene tanto corazón dispuesto a servir a Dios, sin importarle mundanas ni cortesanas preocupaciones.

Y de esta que hoy podríamos llamar "política de abastos" resultó primero el Inquisidor, aunque por breve tiempo, y poco después, la ida de fray Juan de Zumárraga a la Nueva España, tras los diálogos entre el más poderoso monarca de la historia y el humilde fraile franciscano vizcaí-



no. ¿Por qué no habrán podido averiguarse las sabrosas pláticas que en la celda prelaclal del convento de El Abrojo, y después en la Corte de Valladolid, tuvieron el fraile y el monarca?

No debió ser el fraile avaro de preguntas, ni el Rey parco de informaciones... Por aquellos días iban a Méjico, y de Méjico volvían gentes de toda condición y ejercicio, soldados de carrera y de fortuna — "routiers et capitaines, ivres d'un seve héroïque et brutal", que dijo el poeta de "Los trofeos"—, aún exaltados por la fiebre de la conquista de Granada, encandilados por la promesa nunca cumplida, pero incansablemente buscada, de las riquezas infinitas de la incierta Cipango y del misterioso Eldorado, del que algún recién llegado exhibía muestras en la escarcela arrogante. Gentes de toga, oidores de encomienda y de negocios. Y también, influados por la conquista de las alma. para el Reino de Dios, religiosos fundadores, adelantados y misioneros de Cristo... El César sabía de la ambición de los unos, de la vocación de los otros, de la bravura de todos. Y el testamento de la gran reina Isabel era en sus oídos más una orden imperativa e imperial que un legado de grandezas y dominios... Ante el Nuevo Mundo, el César se sentía a un tiempo contento y afligido. América era para él no sólo una corona que añadir a las dos que ya pesaban sobre su cabeza aguileña, sino también un dédalo de dificultades que resolver y de pleitos que zanjar y fallar:

—Necesito, Padre mío, hombres

que con sus luces alumbren la oscuridad de mi vida de soldado y templen con proceder frateros la rudeza codiciosa de los hombres de guerra. La Nueva España es una tentación y quiero trocarla en Cruzada. A todos, empezando por mí mismo, acucia la necesidad de medios con que atender, en lo material, a mis Estados y desbaratar a los enemigos de nuestra fe y de mis dominios.

Calló un momento, y aprovechando el profundo silencio de fray Juan, añadió:

—Espero que me habréis entendido. Necesito de vos. Lo he meditado bien. Lo haré, y vos conmigo. He resuelto conferiros el Obispado de Nueva España. Lo que en Roma haga falta para ello, de Roma vendrá. Y nada más os digo: lo que aceptéis será en servicio de Dios y de mi reino.

Fray Juan se resistió. Fué necesario imponerle la obediencia para la aceptación de aquel cargo que él consideró como pesada cruz y duro martillo. Y no vió, al aceptarlo así, la elevada jerarquía de la mitra que se le ofrecía, sino el servicio de Dios y de España en las tierras recién conquistadas por Hernán Cortés. Al final de 1528 llegaba al puerto de Veracruz, y ascendía a la altura de la ciudad azteca, el primer prelado de la capital de Nueva España.

Tenía el César sobrada razón. Y lo que fray Juan, por sí mismo, sabía al salir hacia su alto destino, confirmáballo de todo en todo aquel maremágnum de urgente quehacer. No le sorprendió que, pues todo aquello era inicialmente obra de guerra, el desorden que sigue a los combates reinara allí en la incipiente pero ya adelantada vida civil. Abundaba lo heroico y escaseaba, tal vez, lo apostólico. Cuando lo primero fuera cediendo, lo segundo, lo pacífico, resultaría indispensable. Cristianas, sin duda, seguían siendo la victoria y la conquista; pero corría prisa establecer la paz cristiana para todos, y para los indios primeramente. Y esta paz, obra de la justicia, había de descender, venir, prácticamente, desde arriba. Algún fondo de razón había en las diatribas arbitrarias de fray Bartolomé de las Casas, y desde su cátedra de Salamanca no enseñaba, no había de enseñar en vano el "derecho de gentes" fray Francisco de Vitoria.

Al vitoreador recibimiento que Méjico dedicó a su primer prelado, sucedieron la inercia, cuando no la recia oposición y el solapado "sabotaje" de la gente de mando y de toga. Fray Juan no se arredró y comenzó su tarea. Cuando a sus órdenes se opuso el abogadesco argumento de que sus reales cédulas se referían a la plenitud episcopal y él era sólo obispo preconizado y no consagrado, luchó con próspera y adversa fortuna en medio de los enredos chancillerescos, sin que por ello cediera un punto en su marcha adelante.

Era ella un doble apostolado: el de llevar la fe a los indígenas con hábil dulzura y el de reducir con la palabra, el ejemplo y la acción de sus subordinados eclesiásticos las demasías de los españoles. Y era, con esto y a un tiempo, atraer por la fe a la cultura y a la civilización a aquellas gentes. Si la guerra se hacía con la cruz en alto como primera bandera y la espada como herramienta de victoria, en los senderos de la conquista la cruz seguía siendo el guión, pero la espada había de envainarse.

Pasan cuatro años; fray Juan es el padre de los pobres, el maestro de los que ignoran, el médico de las almas y el tutor de cuerpos. Sus cartas y comunicaciones a la Corte lejana dicen la verdad y reclaman ayuda. La cosecha puede ser mucha y la siembra es generosa; pero la cizaña, por su parte, no descansa. Al fin, fray Juan es llamado a España, y en 1533 es consagrado Obispo en Valladolid. Ya no tendrán el "gran argumento" los leguleyos ambiciosos. Permanece en la patria un año más. Carlos V le recibe varias veces y le provee de nuevos poderes. Visita brevemente su pueblo natal, las numerosas Casas franciscanas; alista religiosos de la Orden, doctos en ciencia, seguros en celo, duchos en la enseñanza; contrata operarios y agricultores; gestiona en Sevilla el embarque de artesanos, peritos en el arte de imprimir. Reembarca él hacia Méjico y ocupa de nuevo su Sede a fines de 1534.

Instala en Méjico la primera imprenta que tiró en América. De ella salen libros religiosos escritos de su pluma; catecismos en lenguas española e indígenas; cartillas de artes manuales. Funda escuelas de primero y segundo grado, echa los cimientos de la primera Universidad, levanta y dota hospitales, asilos de huérfanos. Extiende personalmente la acción misionera y la dilata. Abre al culto templos y establece conventos y comienza a instalar centros de estudios eclesiásticos. La vida civil, caminos y cultivos, reciben su impulso. Predica y confirma. Su vida es santa, apostólica y culta. Fray Juan es un hombre de gobierno.

Son catorce años de actividad los de esta segunda etapa. Méjico le quiere entrañablemente. A España llegan los ecos de sus virtudes, de sus obras y de su talento. Paulo III le eleva a la jerarquía arzobispal cuando, lentamente, su fecunda vida va llegando al ocaso. Y al año siguiente, el 3 de junio de 1548, muere en el Señor, y Méjico y España le lloran.

No es tiempo para nosotros de llorarle, sino de conmemorar su glorioso centenario. Cuando los claros varones se van, el vacío que dejan lo llena su obra, la propia y personal y la que dejaron preparada en la vía por ellos replanteada. De entonces acá, esa vía es una vía triunfal. Nueva España está ahí... Con ella, los otros veintidós países de nuestro Nuevo Mundo.



A Jerónimo Martínez Castillo,
último conquistador del Paraguay.

ENTRE todas las capitales de América del Sur, es la más antigua. La fundadora, con su catedral de casi cuatrocientos años. Asunción del Paraguay, se la llama La Asunción. En el espacio—ya, y con hermosa palabra, alguien lo ha dicho—es una encrucijada: cruz, Asunción, donde el Pilcomayo y el Paraguay se encuentran. Descendieron, los expedicionarios, el río Paraguay hasta un paso más arriba de la confluencia con el brazo septentrional del Pilcomayo, y habiendo encontrado, a los 25° y minutos de latitud, una punta que avanzaba hacia el sur y abría magnífica ensenada, agradóles aquel sitio y levantaron en él una fortaleza que, con el tiempo, fué la ciudad de Asunción, equidistante del Perú y del Brasil, a trescientas leguas del cabo de Santa María por la corriente del río.

Eso en el espacio y el año de 1536. En el tiempo es, entre todas las ciudades sudamericanas, la más siglo XVI: la capital del misionero siglo XVI. Pequeñita, al cobijo de una de las colinas, muchas, que hoy la recortan, asentábase frente a la anchura de las aguas. lejos del mar, como temerosa de internarse en el océano, con pavor de Atlántico. Asunción del XVI, la de españolas casas coloniales, bajo cuyos porches han discurrido fundadores y abadesas, capitanes, clérigos, caciques de la primera hora. Con iglesias como su catedral, la más vieja de las catedrales en el nuevo hemisferio, doblada la línea del Ecuador. Asunción, la pequeña, capital de misiones, sueño del occidente mundo. La que Juan de Ayolas ve nacer; la que contempla a Irala, agonizante, entre convulsiones, de los ataques de un paludismo mortal, y era mismo el siglo en que Cervantes caería, enfebrecido también, roto, con el escalofrío de unas tenaces cuartanas, en aguas de Lepanto.

Es, luego, la decaída Asunción del XVIII, pobre y triste, viuda de los jesuitas; vacíos sus edificios esplendorosos: el Oratorio, la Casa de Gobierno, la Casa de Justicia, el Cabildo, el Palacio Nacional.

Asunción, después, que Rodríguez de Francia arrasa y reconstruye, capitana de las gestas heroicas de su guerra de los cinco años; de corazón forjado para alimentar las hazañas de Corrientes, de Cerro Corá, de Bahía Negra, donde las estrellas copian, en el recato de la madrugada, todo el sebastianismo alucinado, la trágica gloria fulgurante de Solano López, el Mariscal La Asunción desolada del 69, naufraga y como capita! de un Paraíso Perdido.

La de hoy, Asunción de ancha plaza, con su monumento, uno entre sus monumentos, sobre los túmulos de Francisco Solano López, de los Estigarribia, consortes amadores y desventurados.

Pero, señor... "eu nunca vi e tenho pena", como de Lisboa el amargo canto de Tomás Ribeiro. También la Asunción ha sido bien cantada:

Asunción, la muy noble y muy ilustre,
la ciudad comunera de las Indias,

en versos del poeta nacional Eloy Fariña:

Madre de la segunda Buenos Aires
y cuna de la libertad...

La Asunción, pobladora. De ella saldrían los fundadores de Ciudad Real, de Jerez, de Santa Cruz de la Sierra, Corrientes, Concepción, San Juan, Santafé de la Veracruz, Buenos Aires...

Entre la diversidad de ciudades, uno se queda con la vista desde el ensueño, ahora. ¿La Asunción de los jesuitas? ¿La del siglo XVIII, desierta y silenciosa, de soledades de luto? ¿La de los comuneros, en el Romanticismo? ¿La de Rodríguez de Francia? ¿La del edén inventado del Mariscal López? ¿La reciente Asunción de hace treinta años, si es que treinta años, en nuestro siglo, son ya fecha reciente? A ésta la tengo a mano, en una guía de tapas verdes, aquí, sobre la mesa. Pero no. No es eso.

Podría también hojear un álbum de iluminadas estampas. Son numerosas las vistas que de la ciudad trae: vista desde las colinas, desde la ensenada, desde el aire. Postales tomadas desde dentro, desde uno y otro rincón, boca arriba, de frente, abajo: la ciudad, sorprendida al amanecer, en el plenilunio; imaginada a través del relato de los viajeros. Acaareada por el recuerdo de quien la visitó... Centenares de perfíles que se suceden, se interpolan, que componen y destruyen la imagen de la ciudad. ¿Nos decidirá lo completo? ¿Nos quedaremos con lo parcial y más perfecto? Permítaseme... Ya el haber nacido en tierra extremeña, sintiéndome feliz de mi sangre y mi tierra, es un hecho que determina en mí y acentúa la vocación de hispanidad. Más, cuando a la esencia nativa han venido a agregarse eslabones decisivos: el que a partir del 98 mi padre hubiera tornado de América para perpetuarse a través de los años en mí, y el que hallase yo una mujer sudamericana—paraguaya, nacida en Asunción, calle del 25 de diciembre, 420—para hacerla madre de mis hijos. En las venas de estos hijos míos palpitan por mitad las raíces conquistadoras cacereñas y los ardientes fermentos del guaraní. Intima razón de amor que, metiéndose en lo hondo de mis cárcavas, me trae aquí, con nuestra América de las entrañas, y para siempre, entre mis labios.

Preferible, sí, entre la variedad de instantáneas de La Asunción, trasuntar la sola imagen del ensueño.

Soñada Asunción, deseada y mía, què, ahora, si cierro los ojos, veo así:

Una silueta lejana, recortada sobre fondo de colinas. Lo rojo de los tejados, lo blanco de las fachadas nítidas, el azul de este río de mar, por donde, viajero imaginario, me aproximo. Encarnado, blanco, azul, tres colores esenciales, las tres bandas de la enseña nacional. Enmarcada en anchas márgenes verdes: las suaves montañas cercanas, las quintas, los jardines que ciñen al caserío; y la selva: la próxima, presentida selva de verde olor, húmedo y embriagante. ¡Qué prodigio de creación! Lo pasajero en lo eterno, la duplicidad encantadora de la sierra y el agua, de la piedra y el hombre. Flor, la ciudad, suprema flor de la naturaleza circundante.

Y sobre esta maravilla, la otra: la de un mundo astral, remontado el Ecuador, más allá de la Imago Mundi, bajo constelaciones de estrellas inmensas en el azul oscuro de sus noches.

Porque se llega de noche, al anochecer, en verano. Los pájaros trasnochan. Hace nada, Román Escotado los ha visto y ha hecho de esa noticia una de sus deliciosas "Cartas del Paraguay". Los pájaros trasnochan: juegan en torno de la torre de la catedral, saltan en los tejados y balcones, cruzan las esquinas, cantan en las ramas floridas del parque, vuelan por la orilla del río, arriba y abajo; del río que viene de Bolivia y Brasil, que va al Uruguay y a la Argentina; del río en cuya inmensa cuerda de lira canta Asunción, mi Asunción, la más bella, la soñada.

De arriba abajo: La Catedral de Asunción, la más antigua de Sudamérica. El Palacio Nacional de Gobierno del Paraguay. El Panteón Nacional de los héroes y Oratorio de la Virgen de la Asunción y cuatro aspectos de populosas calles y célebres edificios de la capital.

MUNDO HISPANICO

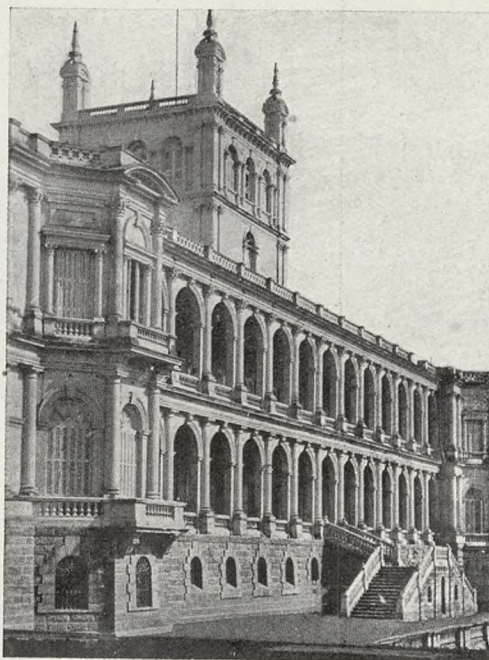
LA REVISTA DE 23 PAISES

PEDRO DE LORENZO

ASUNCIÓN

LA ACTUAL CAPITAL DEL PARAGUAY

FUE FUNDADA EL 15 DE AGOSTO DE 1537
POR EL CAPITAN ESPAÑOL, JUAN DE AYOLAS





Romería



de las actuales. La escoria de estas forjas se almacenaba en grandes montones junto a las cabañas de los mineros y de los piconeros y de los vizcaínos rudos y grandes, castos e hidalgos, que atizaban la fragua. Ellos modelaban a martillazo limpio, sobre los yunques cantores como campanas, rejas de arado, clavazón para las carabelas y tal cual fierro de lanza para acabar la Reconquista y para comenzar la sublime aventura de América.

La escoria de las herrerías era tanta, que el poblado se llamó El Escorial. Así nació, de la encina y del hierro, el corazón del Imperio espiritual y terreno más grande y noble del orbe. El signo ferrado pesaba ya sobre este nacimiento. Y un día, a un hombre que se llamaba Herrera y había sido herrero e hijo de herrero y había batido de cha-

de la gracia

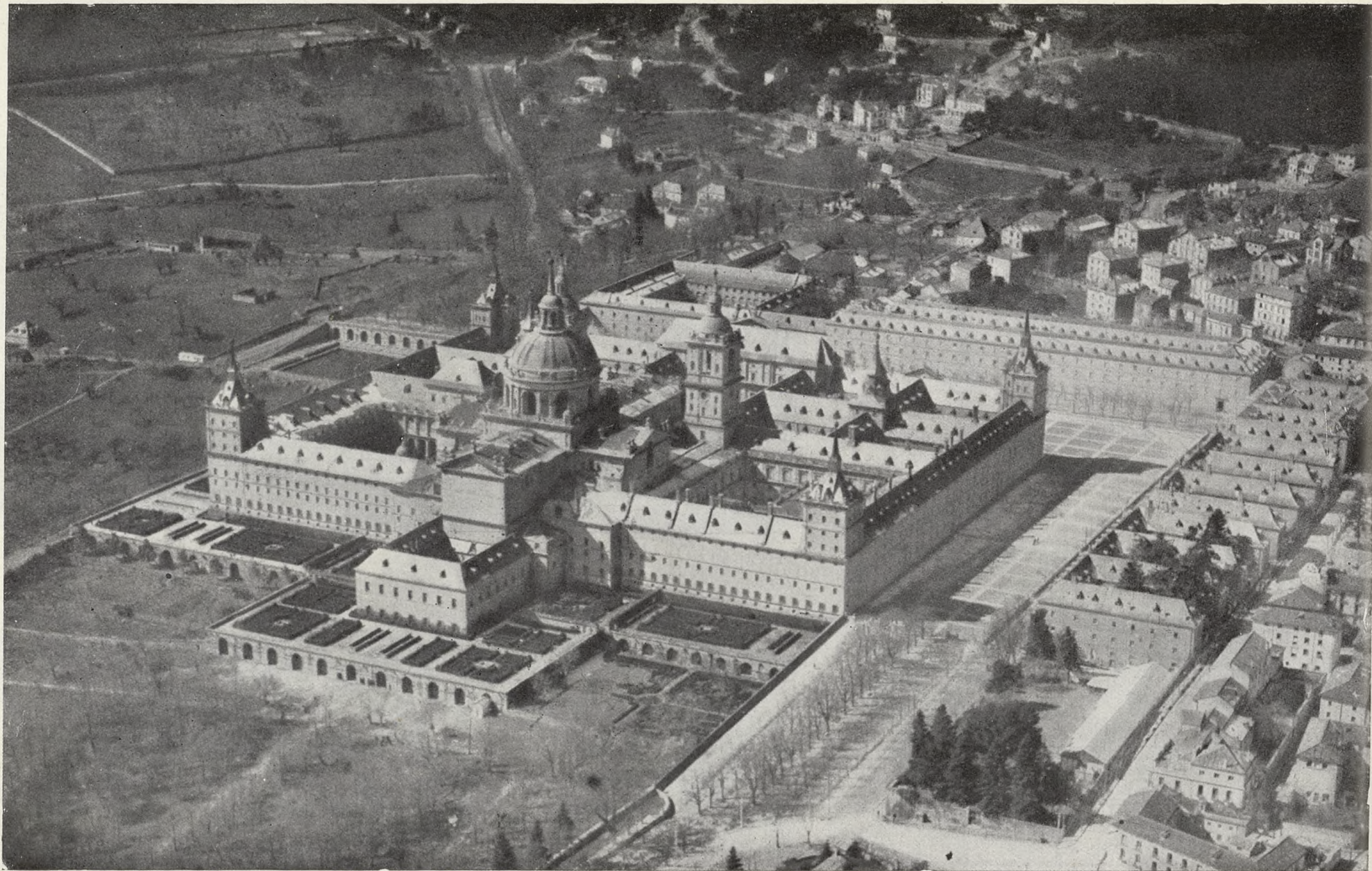


maco el yunque en las Asturias de Santillana, le salió de entre las manos la obra arquitectónica más total, hermosa y entera del mundo moderno: el Monasterio de San Lorenzo el Real del Escorial, arca de la alianza entre Dios y el universo hispánico. En la Herrería y en su Escorial se alza "aferrado" a la noble carpeta geográfica un conjunto de arte y naturaleza de una personalidad tremenda.

Todavía en los inviernos los mastines de Robledo, con sus carlancas ferradas y su ladrido sordo, tienen que ahuyentar a los lobos que bajan del puerto de Malagón para robar recenales de rizadas merinas o tiernos añojos de casta brava, que no han tenido tiempo de soñar medias verónicas para la plaza de Lima o de Caracas o de Méjico.

Pero llega mayo, y bajo las encinas de la Herrería empiezan a romper margaritas y nomeolvides. Y en las fuentes en que el "vulnerado ciervo" se retrata, se bañan los ruiseñores jóvenes que hacen su aprendizaje entre las hojas tiernas de las pobedas y los fresnedos.

Se pone entonces el aire transparente, azulado, y la tremenda mole del Monasterio sonrte a la Primavera. Dentro de la inmensa finca de la Herrería hay, además de la octava maravilla del mundo, otras pequeñas maravillas, verdaderos estuches de sorpresa para uso de príncipes: son las Casita de Arriba y el pabellón de caza. En torno a estas



dos joyas.—una de ellas debida a la escuadra y al compás, de Juan de Villanueva— hay jardines geométricos de perfumado mirto, con enormes araucarias traídas de Chile y con robustos cedros traídos de California.

Cuenta el P. Sigüenza que el rey don Felipe, que gustaba pasear sobre la proyección de un rayo de sol en su sala de los cien pasos, tenía, en lo que es hoy Jardín de los Frailes, un jardín botánico con todas las flores del Imperio: orquídeas del valle del Amazonas e "ilang-ilang" de Luzón, para lo cual había hecho construir estufas perfectas. El rey sombrío que nos han pintado juntos la masonería europea y el judaísmo mundial, era un alegre muchacho, deportista en su juventud y afable y tierno en su grave madurez. Y acaso entristecido en su ancianidad gloriosa, porque media Europa se le había hecho hereje.

Por la Herrería paseó mucho el rey en las tardes felices de su matrimonio con Isabel de Valois, que amaba la áspera belleza del paisaje escorialense.

Muchas siluetas gentiles de damas y caballeros de las cortes de Viena, de París y de Lisboa cabalgaron por entre las nobles encinas, en briosos potros cartujanos o en seguras hacaneas serranas, persiguiendo el jabalí. Paisaje de Velázquez, verso de Lope... Mirador de la Reina.

Nadie podría describir en prosa cómo es la Herrería en el otoño, cuando empiezan a ponerse de color de cobre los castaños de la dehesa y a madurar los nísperos. Desde lo alto del monte de los Abantos tiene la Herrería entonces una solemnidad de ara. Columnillas de un humo de color de ópalo suben rectas por la lente del cielo, y brillan con el sol bermejo, que se va de Castilla para ser alba en América, las cúpulas de Herrera, sobre los mejores papeles y los mejores huecos de la Cristiandad hispánica.

Es entonces cuando la mocedad serrana celebra una de las más hermosas romerías de España. Disputa a la del Rocío la belleza y la simbología del nombre. Se llama la romería de la Gracia. Casi estremece escribir un nombre tan hermoso y discurrir sobre él, junto a la Norma imponente de la obra herreriana. Norma y Gracia. Sobre estos dos polos puede girar la vida perfecta de un pueblo o de una criatura. O puede girar también un mundo de pueblos. De veintidós, por ejemplo.

La Virgen de la Gracia es una dulce imagen que reproduce exactamente la que destruyeron a hachazos los "leales" (los leales a Moscú) en 1936. Los ferroneros del siglo XVI ya le cantaban los sábados una salve a la Virgen de la Gracia y

ya le hacían romería en su ermita, entre las encinas, los fresnos y los sauces. Las buenas mocitas serranas que suscitaron el bronco verso del Arcipreste y el itálico verso del Marqués (no hay en la poética castellana más que un solo Arcipreste y un solo Marqués), bailaban entonces las mismas "gallardas", los mismos "rondones", las mismas seguidillas, zarabandas, polvillos y menudicos que bailan hoy (juntas las labradoras con las burguesas y las aristócratas) todas las guapas muchachas que invaden el ancho ámbito de la Herrería todos los 15 de septiembre. Sale la Virgen a hombros de los mozos hasta su ermita, desde la parroquia de San Lorenzo, de madrugada. Y allí está en su bosque, tres días, festejada, piropeada, cantada y bailada por la juventud. Las muchachas se atavían con los trajes de las bisabuelas, en los que no es difícil, aun para ojos demasiado hechos al "Harper's Bazar", encontrar los antecedentes del traje de la cholita peruana, de la "china" de Puebla.

La romería de la Gracia en El Escorial, es como todas las romerías españolas, un profundo espectáculo de fe auténtica. El hombre, bajo todos los cielos por los que suben oraciones en la lengua de Castilla, gusta ponerle a su fe, a su Virgen María sobre todo, un arco de colores, un tapiz de rosas, un chal bordado. Algo que esmalte y alegre el rostro angélico de la del Dulce Nombre y la haga olvidar entre sus hijos la espada feroz que atravesó su corazón por nuestros pecados.

Es linda y alegre la romería de la Virgen de la Gracia, y hasta el férreo paisaje militar y teológico se alegra igual que se alegraba antaño con la rosaleda del Rey.

Y a la vuelta de la Herrería, paisaje para infantas y meninas, regresan a la villa y a los pueblos del Pardillo y de la Solana pastores y burgueses, nobles y villanos, mozas elegantes como duquesas y duquesas sanas y alegres como labradoras. Todas y todos unidos, bajo la Norma y la Gracia de un mundo verdaderamente cristiano y señor, ungido por los dones que envidian las gentes descoloridas, sin pigmento ni en la piel ni en los ojos ni en el alma ni en el traje. Un mundo morenucho y elástico, ágil y alegre, que cree en Dios y no cree en brujerías políticas.

Y entre la Norma y la Gracia, amigos, al regreso de la romería viene cantando el Amor.

MADRID
1948



CERTAMEN CINEMATOGRAFICO HISPANO AMERICANO

J. Caballero Lopez-Vazquez



No existe, hoy, mejor instrumento de propaganda que el «cine». No nos referimos, naturalmente, a la propaganda política directa y fulgurante, cuyo desarrollo corresponde, sin competencia, a la prensa y a la radio, por la rapidez de su comunicación, en tanto que una película necesita de varios meses para concebirse, varios meses para realizarse totalmente y varios años, para llegar al público. Hacemos alusión, por el contrario, a esa otra propaganda, en el fondo más decisiva, que nos va alterando el espíritu y hasta el sistema de vida, nuestra forma cultural, nuestra concepción del mundo... El caso es que las muchachas todas de este planeta, cuando han de responder afirmativamente a una pregunta, ya no dicen «sí», «oui» o «yes», como Cristo y cada idioma nos enseñan, sino que replican con un leve gruñido de dos notas, como en la película aquella de Ginger Rogers o de Joan Crawford.

En tanto que el «cine» norteamericano, aplicado celosamente a una función comercial, circula por todo el mundo, sobre el que supo extender un impecable e implacable sistema arterial, las cinematografías de los demás países encuentran numerosas dificultades para propagarse fuera de sus respectivos territorios. Las gentes del «Commonwealth», a pesar de algún que otro Marlan, aún responden mejor al «cine» inglés que a la política metropolitana, pero Francia no encuentra ya salida para sus «films», a pesar de los extraordinarios René Clair o Julian Duvivier y de sus perfectos intérpretes. Le falla el área del idioma; un área que nunca tuvo, geográficamente.

En cambio, el embotellamiento del «cine» hispanoamericano sólo puede justificarse por la ausencia de un eficaz instrumento de distribución frente a la tupida tela de araña de la industria cinematográfica de Norteamérica. Quien mejor salva, de momento, la impenetrabilidad del mercado mundial es el «cine» mejicano, en gracia a su pintoresquismo, a su clara peculiaridad folklórica, en tanto que los esfuerzos que realizan España y la Argentina en la producción cinematográfica no encuentran la oportuna compensación en los mercados del mundo.

Lo más lamentable para el «cine» hispanoamericano es que el amplio mercado de sus territorios naturales sea como un bloque hermético en poder de un «cine» con idioma y pensamiento ajenos. Quiérase o no el «cine» tiene un instrumento en la palabra. En buena teoría cinematográfica no es el verbo el encargado de narrar las peripecias argumentales, pero en la realidad del «cine» sonoro la palabra es fundamental. Si las películas argentinas, españolas, mexicanas o cubanas estuvieran habladas en un idioma eslavo, por ejemplo, se justificaría su escasa difusión en este formidable mercado del área hispanoamericana. Veinte pueblos que hablan el español, ciento veinte millones de seres en el cabal dominio de la misma lengua mágica, ofrecen un campo fantástico para la industria cinematográfica de México, de España, de la Argentina, de cualesquiera de las naciones del mismo idioma que quieren lanzarse a la aventura de transmitir su mensaje a través del «cine».

* * *

Quizás estas razones fueron, con otras ya de acentuado signo mercantil, y también estimables, las que jugaron en la idea de convocar el Certamen Cinematográfico.



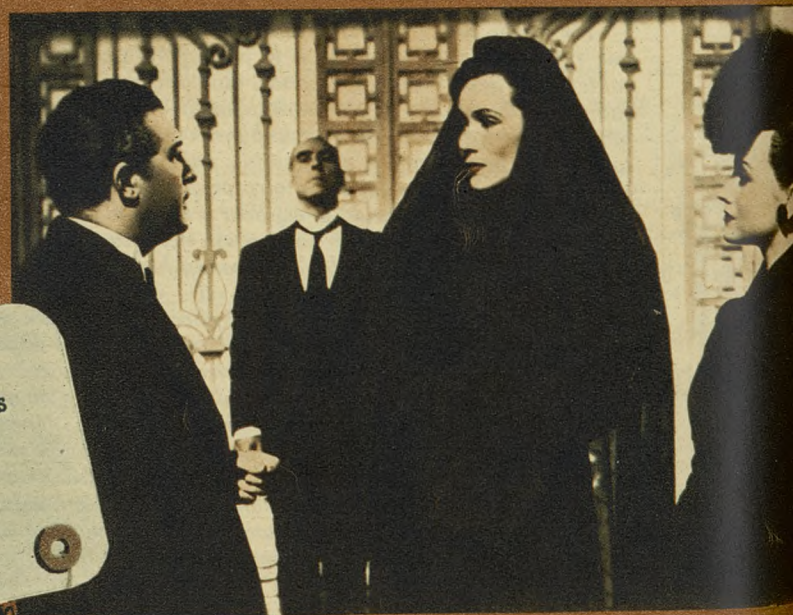
1. Apertura del certamen, en la «foto»; señores Galailena, Sanz Orrio, García Espina y Marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación de Madrid.—2. Un grupo de figuras mejicanas. De derecha a izquierda: Sr. Patiño; señora de Bustamante; el director de «cine» D. Fernando Fuentes; el productor Sr. Grovas; el secretario de los actores mejicanos, señor Soler, y el Sr. Mezquiriz.—3. Parte de la representación mexicana en el certamen; señores León, Grovas, Patiño y Riquelme.—4. El delegado de la representación mexicana, D. Adolfo Fernández Bustamante, en una de sus intervenciones.—5. El Sr. Machinandiarena, delegado de la representación argentina, pronunciando un discurso. A su derecha, la señora de Mentasti y los Sres. Mentasti y Lowe, todos de la delegación argentina.—6. Un aspecto de la entrega de premios: D. Adolfo Fernández Bustamante, tras recoger el premio concedido a «Rio escondido», recibe la felicitación del delegado nacional de Sindicatos de España, D. Fermín Sanz Orrio.—7. El representante argentino, Sr. Machinandiarena —a la izquierda de la «foto»— conversa con el jefe nacional del Sindicato del Espectáculo, de España, don David Jato —en el centro—, promotor de este certamen.—8. Acto de clausura del primer Congreso Cinematográfico Hispanoamericano. En la presidencia, con los delegados de las representaciones argentina y mexicana, el ministro español de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín (a la derecha), y el Sr. Sanz Orrio. A la izquierda, ante el micrófono, el Sr. Jato, pronunciando un discurso.



PRIMER PREMIO
DE PELICULAS ARGENTINAS
A LA PRODUCCION
«DIOS SE LO PAGUE»



ACCESIT
DE PELICULAS ARGENTINAS
A LA PRODUCCION
«LA OTRA»



fico Hispanoamericano que se celebró en Madrid a principios del verano. La época fué buena y bueno el escenario, porque el estío trajo cierto retraso, como para sumarse al Certamen con la prolongación de la primavera. Los delegados de la América hispana llegaron a lo largo de unos días. Primero, parte de los mexicanos, con abundancia de trajes blancos, porque por las orillas del lago Texcoco también era verano. Los argentinos con trajes grises, porque en el Plata comenzaban los fríos y el invierno. Los cubanos... En Cuba siempre es verano.

El Certamen duró quince días. Quince días de visión de películas, de discusiones en mesa redonda —de igual a igual—, de vinos españoles, excursiones, fiestas, comidas y cenas de gala. A veces —casi siempre— las jornadas resultaron cargadas de trabajo. Pero el ánimo de la raza pudo otra vez exhibirse a destajo como cuando los hombres de Extremadura resollaban sobre los Andes. Normalmente, el programa de cada día consistió en la visión de dos películas, de once de la mañana a las primeras horas de la tarde y en las salas de proyección de la Gran Vía madrileña, en la que se encuentran los mejores y más lujosos «cines» de Europa. Tras el almuerzo, sesión: cónclave vespertino en el antiguo Palacio del Senado, con discursos y discusiones —a veces auténticas discusiones, minuciosas, interminables discusiones— de las ponencias, con propuestas y con-

trapropuestas... La noche ofrecía cierta compensación. Por esa época en Madrid se vive deliciosamente de noche. Si no la Embajada Argentina, los actores españoles o cualquier productora ofrecían su fiesta en los parques-restaurantes de los alrededores, con la umbria cuidada y la noche más cuidada aún, como preparada aposta: jardines de «Villa Rosa» o de «Villa Romana», taconeos y palmadas de los bailes y cantes flamencos, sones de Cádiz, sambas en la cintura brasileira de Lili Moreno...

CONGRESISTAS Y TEMAS

En representación del «cine» argentino arribaron a Madrid los señores siguientes, entre otros: don Miguel Machinandiarena, presidente de la delegación; D. Oscar Cacici y señora, D. Emilio Daneri y señora, D. Federico Lowe, D. Jaime Prades, D. Angel Luis Mentasti y D. Roberto Fernández.

El equipo mejicano estaba compuesto por D. Adolfo Fernández de Bustamante como presidente, y D. Jesús Grovas, D. Antonio Riquelme, D. Julián Soler, D. Rafael Baledón, D. Fernando de Fuentes, D. Alfonso Patiño y el Sr. Morales Ortiz.

El cubano por los hermanos D. Benito y D. Antonio Suárez.

Y aun Colombia tuvo su oyente con el distribuidor Sr. Domao, dueño de la más potente «cadena» de cinematógrafos de su país.

Los temas que se estudiaron y discutieron fueron los siguientes: creación de una asociación entre los Sindicatos Cinematográficos Hispanoamericanos; intercambio de películas y supresión de barreras entre los países congresistas; doblaje de películas habladas originalmente en idioma no español; libertad de contratación de técnicos y artistas y creación de cinematecas.

Del estudio de estos temas salieron los acuerdos siguientes:



LA U. C. H. A.

La creación de la Unión Cinematográfica Hispano-Americana encierra el propósito de realizar las conclusiones de este Certamen y de los que se celebren en lo sucesivo y se encargará de establecer una eficaz coordinación como organismo de enlace entre los productores, artistas y trabajadores del cinema de los países adheridos. En principio formarán parte de la U. C. H. A. el Sindicato Nacional del Espectáculo de España; la Asociación de Productores de Películas Argentinas; la Asociación de Productores y Distribuidores de Películas Mexicanas; el Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica de la República Mexicana; la Asociación Nacional de Actores, de México; la Asociación Civil de Periodistas Cinematográficos Mexicanos; el Círculo de Escritores Cinematográficos, de España, y la Asociación de Cronistas Cinematográficos, de la Argentina, y, en su día, cuantos sindicatos, entidades o asociaciones deseen ingresar en la U. C. H. A.

Como lema de la U. C. H. A. se utilizará el del Sindicato de Trabajadores de la Producción Cinematográfica, Similares y Conexos de México: «Igualdad, Derecho, Justicia». Su emblema será el ya utilizado en este certamen: un pegaso blanco sobre fondo azul.

Entre otros trabajos, la U. C. H. A. habrá de estimular la producción de película virgen en los países adheridos y fomentar el intercambio comercial libre de publicaciones especializadas en cinematografía que se editen en los países de habla española.

INTERCAMBIO DE PELICULAS

Se consideró la necesidad imprescindible de suprimir entre los países congresistas «todas las barreras que detengan el intercambio de películas hispanoamericanas en los distintos países de habla española», y se acordó que deben derogarse los cánones, permisos previos de importación, gravámenes especiales y las trabas que de cualquier manera impidan la libre entrada de las películas rodadas en castellano. Se afirmó también el «derecho inalienable del productor cinematográfico a disponer libremente de los fondos provenientes de la explotación de sus películas en los distintos países de habla española y aconsejar la realización de acuerdos que permitan llegar a ese resultado». La U. C. H. A. se encargará de hacer las gestiones pertinentes cerca de los respectivos Gobiernos. E igualmente se acordó discernir que el capital utilizado en la producción o coproducción de películas habladas en español, siempre que sea hispanoamericano, debe considerarse como nacional a los efectos del país donde la película se realice.

EL DOBLAJE

No sabemos hasta qué punto los públicos de Centro y Suramérica, y sus autoridades rectoras, se sienten afectados por el «doblaje» de las películas procedentes de países con idioma no español. En España, al menos, el «doblaje» ha preocupado y preocupa a las autoridades, y, sobre todo, molesta y hiere gravemente a la industria cinematográfica nacional. Hoy podemos asegurar que también daña, aunque no en la misma medida, al «cine» argentino y al mejicano. Se sostiene en España que desde el punto de vista cultural no puede tolerarse que el idioma propio esté al servicio de una psicología y de una mentalidad distintas a las hispanoamericanas, sin que pueda darse por bueno el ejemplo de las obras —novelas, teatro, poesía, filosofía, etc.— que constantemente se vierten de un idioma a otro, por cuanto no operan sobre una masa prieta y amplia —multitudinaria— como el «cine». Desde el punto de vista técnico se argumenta, a su vez, que el «doblaje» equivale a la



ACCESIT
DE PELICULAS ESPAÑOLAS
A LA PRODUCCION
«DON QUIJOTE
DE LA MANCHA»

Ofrecemos en esta página cuatro fotografías que corresponden a otras tantas películas premiadas en el Certamen Cinematográfico Hispanoamericano. En la plana anterior un fotograma de «Dios se lo pague», primer premio de películas argentinas, y debajo, un plano de «La Otra», accesit de películas mejicanas. En esta página, arriba, un momento de «Locura de Amor», primer premio de películas españolas, y debajo una escena de «Don Quijote de la Mancha», accesit de películas españolas.



De arriba a abajo, en esta columna: la gran actriz Dolores del Río, que por su labor en «La Otra» mereció en el certamen el premio de interpretación de primeros papeles femeninos de películas mejicanas. El actor español Rafael Rivelles, premio de interpretación de primeros papeles masculinos de películas españolas, por su trabajo en «Don Quijote de la Mancha». El premio de decorados de películas mejicanas fué concedido a Jorge Fernández, por los de «La Otra», película de la que reproducimos un escenario. Abajo, con Dolores del Río, Víctor Junco, premio de interpretación de segundos papeles masculinos mejicanos por su labor en «La Otra», a la que corresponde dicho fotograma. (A la hora de cerrar este número de MUNDO HISPANICO no hemos recibido —a pesar de nuestras gestiones— material fotográfico de «Río escondido», primer premio de películas mejicanas.)



destrucción de determinados valores cinematográficos, y concretamente interpretativos, que pueden existir en el «film» original, puesto que, a la hora de las traducciones, más que a la versión literal de las frases —que expresan el «momento» interpretativo del actor— se atiende a buscar aquellas palabras o frases cuyas sílabas se concatenen con los movimientos labiales de los actores. Y desde el punto de vista industrial, en fin, se afirma que el «doblaje» es un gran enemigo del «cine» mejicano en México, del «cine» argentino en la Argentina y del «cine» español en España. Y hagamos la advertencia, para los suspicaces, de que en Inglaterra y otros países, como Italia, está prohibido el «doblaje».

Los acuerdos del Certamen, en este punto, se encarrilaron hacia «la necesidad de tomar medidas proteccionistas que incrementen económicamente las industrias locales», y expresó la necesidad capital de que todos los países de habla española tiendan a la supresión del «doblaje» de las películas rodadas en otro idioma, «por entender que es la mejor forma de fomentar el engrandecimiento de la industria cinematográfica de cada país hispanoamericano». Igualmente encomendó a la U. C. H. A. que realice las gestiones necesarias ante los Gobiernos de los países hispanoamericanos para obtener una reducción progresiva en el número de películas «dobladas».

LIBERTAD DE CONTRATACION DE TECNICOS Y ARTISTAS.—CINEMATECAS

El Certamen acordó que, «sin perjuicio de las consideraciones que a todo trabajador se concede en los respectivos países», actores, autores, músicos y compositores hispanoamericanos gozarán de libertad de trabajo con las mismas garantías y condiciones que los nacionales de cada uno de los respectivos países. En cuanto a los técnicos, la U. C. H. A. habrá de establecer las normas de contratación. Estos acuerdos sólo tendrán validez una vez que hayan sido ratificados por los sindicatos y entidades que agrupan a los distintos actores de la industria cinematográfica hispanoamericana.

Igualmente acordó el Congreso que se solicite de las naciones representadas —Méjico, la Argentina, España y Cuba— la creación y abastecimiento de cinematecas.

Finalmente se acordó crear el premio honorífico «Miguel de Cervantes Saavedra», que se otorgará anualmente a la película hispanoamericana que mejor exalte los valores tradicionalmente espirituales de nuestra raza.

EL FALLO DEL CONCURSO CINEMATOGRAFICO

Los premios a la producción cinematográfica hispanoamericana fueron los siguientes:

Primer premio de películas.—Argentinas: «Dios se lo pague»; españolas: «Locura de amor», y mexicanas: «Río escondido».

Accésit de honor.—Argentinas: «A sangre fría»; españolas: «Don Quijote de la Mancha», y mexicanas: «La otra».

Premios a los mejores directores.—Argentinos: Luis César Amadori, por «Dios se lo pague»; españoles: Juan de Orduña, por «Locura de amor», y mexicanos: Emilio Fernández, por «Río escondido».

Premios a las mejores actrices.—Argentinas: Amelia Bance, por «A sangre fría»; españolas: Aurora Bautista, por «Locura de amor», y mexicanas: Dolores del Río, por «La otra».

Premios a los mejores actores.—Argentinos: Enrique Muñio, por «Su mejor alumno»; españoles: Rafael Rivelles, por «Don Quijote de la Mancha», y mexicanos: Domingo Soler, por «La Barraca».

Premios de actrices en segundos papeles.—Argentinas: Antonia Herreros, por «A sangre fría»; españolas: Sarita Montiel, por «Mariona Rebull», y mexicanas: Lilia Michel, por «Crepúsculo».

Premios de actores en segundos papeles.—Argentinos: Héctor Calcaño, por «El retrato»; españoles: Jesús Tordesillas, por «Locura de amor», y mexicanos: Víctor Junco, por «La otra».

Premios a los mejores fotógrafos.—Argentinos: Alberto Etchebeehe, por «Dios se lo pague»; españoles: Alfredo Fraile, por «Don Quijote de la Mancha», y mexicanos: Gabriel Figueroa, por «Río escondido».

Premios a los mejores decoradores.—Argentinos: Gori Muñoz, por «Dios se lo pague»; españoles: Sigfredo Burmann, por «Locura de amor», y mexicanos: Jorge Fernández, por «La otra».

Premios a los mejores músicos.—Argentinos: Juan Ehlert, por «A sangre fría»; españoles: Juan Quintero, por «Locura de amor», y mexicanos: Raul Lavista, por «La otra».

Premios a los mejores argumentos originales.—Argentinos: A. Verlisky y E. Villalba, por «El retrato»; españoles: Carlos Blanco, por «La princesa de los Ursinos», y mexicanos: Emilio Fernández, por «Río escondido».

Premios a los mejores guiones.—Argentinos: Luis Saslavky, por «A sangre fría»; españoles: Antonio Abad Ojuel, por «Don Quijote de la Mancha», y mexicanos: R. Gabaldón y J. Revueltes, por «La otra».

* * *

Toda esta labor extraordinaria, e inédita en la comunidad espiritual hispanoamericana, ha realizado en unos días el Certamen Cinematográfico Hispanoamericano, certeramente promovido por el jefe nacional del Sindicato del Espectáculo de España, D. David Jato, y con la posterior y eficaz colaboración de las delegaciones mexicana y argentina.—S.



De arriba a abajo: Aurora Bautista, la excelente actriz procedente de la Compañía titular del Teatro Español, de Madrid, a quien se otorgó el premio de interpretación de primeros papeles femeninos en películas españolas, por su trabajo en «Locura de Amor». El de interpretación de primeros papeles masculinos de películas mejicanas se concedió a Domingo Soler, por su trabajo en «La Barraca». A continuación uno de los decorados de «Locura de Amor», con los que Burman mereció el premio de decoración de películas españolas. Y abajo, Sarita Montiel y Jesús Tordesillas, en una escena de la citada «Locura de Amor». Sarita Montiel ganó el premio de segundos papeles femeninos de películas españolas por su labor en «Mariona Rebull», y Tordesillas el de segundos papeles masculinos, también de películas españolas, por su papel en «Locura de Amor», donde le vemos.



LARRETA EN ESPAÑA

CON el relieve de su indiscutible prestigio y el respeto de todos hacia su gloriosa madurez, la figura de Enrique Larreta se destaca hoy con rasgos y perfiles bien definidos en el mapa de la literatura hispanoamericana, en cuya orografía el nombre del escritor argentino ocupa envidiable y admirada altitud.

En esta coyuntura, Larreta ha vuelto a encontrarse con España, la España tan sentida y amada por él en las páginas de su libro más famoso. Y España le ha recibido con emoción y gratitud al llegar ahora de nuevo después de tantos años de ausencia. La caballerosa Península no olvida a los que la quieren y la comprenden. Por eso, sus amigos españoles le rindieron cálidos homenajes, figurando en primer lugar el del Ministro de Asuntos Exteriores, que culminó en la recepción celebrada en su honor en el Palacio de Viana. El Ministro de Educación Nacional le otorgó la Cruz de Alfonso el Sabio. Y, en fin, el nombre de Larreta llenó las páginas de la Prensa española, que le prodigó los máximos elogios y los más emotivos comentarios.

El gran periodista Luis Calvo publicó en "ABC" una entrevista con el eximio escritor platense, en la que éste hizo los mejores y más sagaces juicios sobre España. Por eso queremos traer a las páginas de nuestra Revista los puntos esenciales de aquella conversación que apareció en el citado diario madrileño hace unas semanas.

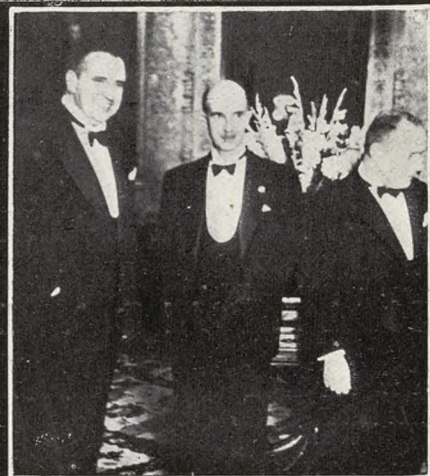
Habló Larreta de la juventud española actual, para decir que la cree más severa, más enérgica y más pura, en comparación con la juventud de su tiempo, la cual le parece hoy un poco romántica y acaso intelectualmente escéptica. "Era también una juventud cínica", afirmó, para agregar que los jóvenes de hoy tienen un sentido moral más acusado, y son más fervorosos y trabajadores. Dijo después que le había admirado la existencia en España de una muchedumbre de jóvenes investigadores de la Historia, a la busca de experiencias humanas para el conocimiento de ella. "Noto más rigor—fueron sus palabras—en las disciplinas intelectuales, y me parece como si la juventud se preparara para afrontar una vida más dura. Es algo así como una defensa orgánica."

Respecto a los escritores jóvenes, dijo que conocía muy pocos y que había venido a España con el propósito de saturarse de literatura joven y llevarse los libros más destacados, afirmando que estaba seguro de que, al leerlos, encontraría confirmadas sus impresiones sobre la España de hoy. Dedicó grandes elogios a la novela de Carmen Laforet, "Nada", que había leído en el barco durante su travesía. Añadió a continuación que acaso las personalidades literarias actuales no fuesen muy vigorosas, pero que se formarían pronto y serían de un tipo nuevo. "También a España, como a Francia—aseguró Larreta—, le hacía falta alejarse de la frivolidad. La guerra civil y la victoria han sido, sin duda, muy eficaces para crear una sensibilidad más fina y sencilla, más vigorosa."

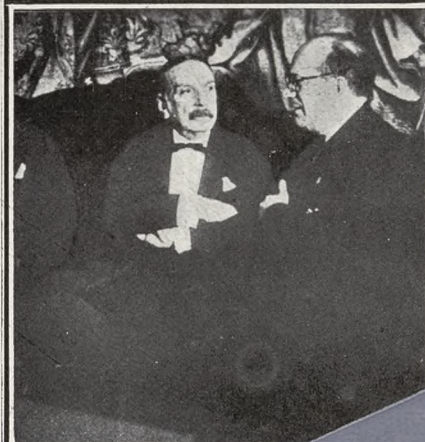
Preguntado sobre la impresión general que le había producido España, el escritor argentino contestó de la siguiente manera: "El amor inalterable que profeso a España no interviene en mis juicios sobre su situación presente, se lo aseguro. Y la situación presente de España me llena de optimismo y júbilo. Aun desde el punto de vista patriótico, y puramente argentino, siempre he pensado que para ser un buen argentino había que ser primero un buen español. Vislumbro hoy un nuevo triunfo de España en el mundo. Por momentos, España se eclipsa. Otras naciones suelen aventajarla en las frágiles grandezas materiales; pero así que lleguen las horas hondas y trágicas del espíritu, España reaparece apasionada y providencial y siempre joven, como el Arcángel. En este último viaje, al pulsar, a mi modo, en las distintas capas sociales lo que pudiera llamarse su latido moral, he llegado a concebir presentimientos grandiosos respecto a España. No sé precisamente lo que habrá de suceder; pero me parece que, si todo viene como yo lo imagino y espero, no será difícil que España, recién salida del caos, sorprenda de nuevo al mundo como si el numen de la gran reina Isabel hubiera vuelto a soplar sobre sus tierras místicas y heroicas. Al verla ahora, después de las recientes vicisitudes, tan enhiesta, tan vibrante, tan lúcida, se me ocurre preguntarme si España no estará destinada a ponerse a la cabeza de las naciones de Occidente como defensora de la Cristiandad en estos tiempos oscuros y harto parecidos a los que precedieron a Lepanto."

Palabras estas, quizá, las más profundas e impresionantes que se han pronunciado en estos últimos tiempos sobre el espíritu y el destino de la nación hispana. Con ellas, haciéndolas cobrar el merecido relieve, se asocia MVNDO HISPANICO a los homenajes dedicados a Enrique Larreta y le da su bienvenida más cordial, al mismo tiempo que le desea una feliz y fecunda estancia en el viejo solar de la raza.

FIESTA EN VIANA



EN HONOR DE LARRETA



El Gobierno español, por medio del Ministerio de Asuntos Exteriores, ofreció una brillante recepción en Viana, en honor del ilustre escritor argentino D. Enrique Larreta. Los salones del histórico palacio estuvieron concurridísimos, y a la fiesta de gala asistieron las figuras más destacadas de la política, la sociedad, la literatura, la ciencia y el periodismo españoles. En las diversas fotos que ofrecemos aparecen, con el autor de "La gloria de Don Ramiro", los ministros de Asuntos Exteriores, Sr. Martín Artajo, y de Educación Nacional, Sr. Ibañez Martín; el embajador de la República Argentina, Sr. Ruiz Jiménez; el director del Instituto de Cultura Hispánica, Sr. Gregorio Marañón y D. Eugenio d'Ors; el director de la Agencia "Efe", D. Pedro Gómez Aparicio, y otras personalidades.

La célebre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe (Cuba) en 1814. Sus primeras poesías las publicó en 1839, en España, con el seudónimo de "La Peregrina". Fue muy elogiada en su tiempo y está considerada como una de las más notables poetisas españolas. Publicó también alguna novela—"Sab" y "Guatimozin"—y estrenó varias tragedias: "Baltasar", "Saúl", "Alfonso Munio", etc. Recientemente, el Gobierno de Cuba ha solicitado del de España el traslado a la hermosa isla de los restos de esta ilustre escritora, fallecida en 1873.

BRENHILDE

UN CAPÍTULO APASIONADO EN LA VIDA DE GERTRUDIS G. DE AVELLANEDA

NO siempre se ha de hablar de personajes relevantes. Bueno es recordar de vez en cuando a los seres oscuros, llamas macilentas que un día ardieron, y de los que no se ha vuelto a hablar. Uno de estos seres fué Brenhilde.

Brenhilde no tuvo ninguna personalidad. Ni siquiera se llamaba Brenhilde, sino María, y vivió sólo siete meses. Pero vivió dramáticamente, siendo nudo y desenlace de la tragedia de una mujer de genio, Gertrudis Gómez de Avellaneda, su madre.

La Avellaneda fué en su tiempo una de las figuras más destacadas de las letras españolas. Los estrenos de sus obras constituyeron siempre acontecimientos de importancia, con todo el aparato de lluvia de flores y suelta de palomas con que se solían celebrar entonces los triunfos de esta clase. Desde muy joven, hasta el día de su muerte, la gran poetisa cubana estuvo rodeada por el halago de sus contemporáneos. En el ambiente agitado del Madrid romántico—cuando se estrenaba "Don Juan Tenorio" y Teodora Lamadrid, o Julián Romea arrancaban ovaciones al público—aquella mujer de belleza singular triunfó plenamente. Pero es dolorosa ley de las mujeres que triunfan ante el exterior que guarden una intimidad fracasada, hecha de sinsabores y desengaños.

El clima del éxito es poco propicio a la felicidad femenina. El varón es más dado a perdonar en la mujer sus flaquezas que a premiar sus excelencias. Su papel masculino se aviene más con una tolerante comprensión de las deficiencias que con una admiración tierna. Hasta diríase que la admiración del hombre nunca puede ser tierna, y que su ternura necesita estar amparada en sentimientos cuya escala va desde la condescendencia al desprecio. No es una ley general, como no lo es ley alguna; pero suele producirse con frecuencia. Y así la historia de las mujeres egregias, dotadas de una inteligencia superior, es la historia de pobres mujeres solas, con el corazón dolorido y árido.

De Gertrudis Gómez de Avellaneda son estas palabras, tan altivas como llenas de amargura: "Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido bien: que no he nacido para ser dichosa y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa."

Cuando en 1840 la Avellaneda llegó a Madrid, era el Liceo el centro literario más importante. Allí se organizaban veladas musicales, se leían obras y se recitaban versos. La primera vez que la poetisa cubana entró en el selecto cenáculo fué de incógnito. Zorrilla recibió de D. Juan Nicasio Gallego el encargo de acom-



pañar a Gertrudis y de leer una poesía suya, sin decir su autor. Zorrilla mismo cuenta lo ocurrido:

"Subí a la tribuna y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito y, presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo y, por consiguiente, en Madrid, como la primera poetisa de España, la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda."

Zorrilla no sólo fué sensible a los endecasílabos, sino que también dejó constancia del efecto que le produjo la bella presencia de "Tula".

"Porque la mujer era hermosa; de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza coronada de abundantes rizos y gallardamente colocada... Su voz era dulce, suave, femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible..."

Tal vez ya entonces, entre el cortejo de sus admiradores, se contara Gabriel García Tassara, el poeta andaluz, y fijarla en ella el ardor de su mirada, que contrastaba con el trazo rígido de su boca, esa boca desdeñosa e indolente de los hombres que han nacido para inspirar amor y no compartirlo.

La Avellaneda ya había sufrido desastres sentimentales, pero habían sido de una índole más soportable que el drama íntimo de sus amores con Tassara. Ignacio Cepeda la había hecho sufrir ya—y aún la haría sufrir todavía—con un desvío torturador; pero padecer por una pasión vigente encierra su encanto, su voluptuosidad espiritual. Lo que se hace insoponible es cuando se abre el abismo ácido de la decepción. No hay tortura que se pueda comparar a la de descubrir que se ha puesto el corazón allí donde no se debió haber puesto. Esta fué la tragedia de los amores de la Avellaneda con Tassara.

El había venido de Sevilla algo antes que Gertrudis y era considerado como un buen poeta lírico. En cuanto conoció a "Tula" se enamoró perdidamente de ella. Debía Tassara considerarse bien insignificante al lado de esta mujer que acababa de triunfar ruidosamente con el estreno de su drama "Alfonso Munio", y cuyo atractivo en todos estilos era unánimemente reconocido. Tal vez por eso dice uno de sus biógrafos que Tassara, al saberse correspondido, "se sorprendió mucho". Pero la sorpresa debió de ser bien transitoria, pues, al poco tiempo de iniciadas las relaciones, era él quien suscitaba escenas de celos y quien amargaba con sus desvíos la existencia de su apasionada amante, obedeciendo al instinto común en los hombres, que rara vez soportan la pesadez de ser intensamente amados.

Cuanto más tempestuosa era su vida sentimental, con más ahinco se entregaba la poetisa a las tareas literarias.

El 7 de octubre de 1844 estrenó en el Teatro de la Cruz el drama trágico en verso "El príncipe de Viana", con gran éxito. En la representación se destacaron Bárbara Lamadrid y Matilde Díez, y el público solicitó la presencia de la autora y le arrojaron al escenario flores y coronas.

Tal vez en esta ocasión la Avellaneda no fuese tan sensible al halago de los aplausos, absorbida por más íntimas preocupaciones. Seis meses más adelante, alejada ya definitivamente de Gabriel García Tassara, vendría al mundo la hija de ambos. Por lo que se desprende de las cartas de la poetisa publicadas por Méndez Bejarano, el promotor de la ruptura fué Tassara, alegando falsas y graves acusaciones contra su amante. Ella trata de defenderse con la impetuosa violencia de su carácter; pero en el tono de sus palabras se ve cómo, más que justificarse, busca desahogarse del desengaño sufrido, quejarse de la injusticia del hombre al que había sacrificado todo.

Copio a continuación algunos párrafos de la carta escrita por ella a raíz de la ruptura:

"Había ofrecido usted venir anoche y yo lo deseaba, no para renovar las escenas del domingo, porque ellas han despedazado mi corazón, y si se repitieran caería muerta a los ojos de usted. Deseaba que usted viniese porque había hallado lo que anteanoche busqué inútilmente; porque usted me dijo palabras que yo puedo probar son injustas y crueles con sólo manifestar a usted algo que usted no ha visto, que yo no debía enseñar, pero que enseñaré, sin embargo. En fin, deseaba ver a usted porque ha herido de muerte mi corazón y mi orgullo, y es fuerza que yo obligue a usted a hacerme justicia antes de separarnos para siempre.

No tema usted reproches, no. He comprendido perfectamente todo el horror de mi suerte; ha pesado sobre mi alma toda la grandeza de mi desventura... Yo no me quejaré ni volveré a usted a ver correr mis lágrimas; se lo juro a usted, Tassara. Pero venga usted esta noche; me precisa hablar con usted; procuraré hacerlo con serenidad. Después de esta última conversación, usted quedará libre para hacer lo que guste y dentro de seis días estaré yo lejos de Madrid.

Espero a usted esta noche; nos veremos por última vez acaso; pero es una necesidad absoluta que nos veamos hoy. Repito que no tema usted nada. Reconvenções mías no las oírás usted, y si usted cree que puede verse comprometido con otro hombre, hace usted una injusticia a mi talento y a mi corazón. Una mujer como yo sabe pasar por ligera, por incomprensible, antes que comprometer por su causa a nadie."

Tassara no fué. Le acobardó seguramente la escena que, pese a las protestas de la carta, le hubiese esperado en su entrevista con "Tula", y no sentía demasiada curiosidad por conocer esas pruebas de la inocencia de su amante, porque probablemente las daba por buenas y tal vez la había acusado de infiel sólo por buscar un pretexto para la ruptura. El debía atravesar en aquellos momentos por el estado de espiñito habitual, después de una gran pasión, que se casacteriza por un ansia de libertad. El que ha estado intensamente enamorado es como el que ha estado preso, y su solo afán es verse libre de las cadenas.

Gertrudis, sin embargo, seguía aún enamorada, seguía aferrada al deleite de la cautividad, que suele tener más atractivo para las mujeres que para los hombres. Su carta airada y violenta a Tassara lo demuestra. No hay mujer que desee una "última entrevista" si no es con la esperanza de que justamente no sea la última. Pero al no recibir contestación, reaccionó como muy pocas enamoradas habrían reaccionado. No insistió más, no volvió a rogar ni a humillarse.

Es admirable cómo esta mujer que se veía próxima a tener un hijo, sola, soltera, expuesta al escándalo en un trance en el que cualquier mujer hubiese pedido amparo, se dispone a afrontarlo sola. Es muy probable que de una manera tan violenta como se había enamorado de Tassara sintiese después la decepción, el horror de haberse entregado a un hombre que no merecía su cariño y que por eso no tratase de ligar su vida a la de él cuando iba a nacer la hija de ambos.

Marchó fuera de Madrid—como lo anuncia en la carta a su amante—, para evitar el escándalo, y, en el mes de abril de 1845, dió a luz una niña débil y enfermiza a la que se le puso el nombre de María, pero a la que ella llamaba Brenhilde.

La Avellaneda, esta mujer insatisfecha, anhelosa de entrega y de amor, que desbordaba vitalidad, concentró todo el ímpetu de su alma en esta criatura enclenque cuya mirada triste le recordaba la mirada de su amante. Pero Brenhilde vivió solamente siete meses, indecisa entre la vida y la muerte. La madre no dejó de consultar constantemente a los mejores médicos, de tratar por todos los medios de retener aquella vida que quería huir y que constituía el eje y el sentido de la suya propia. Pero fué una lucha agotadora y estéril. Llegó un momento en que la madre se dió por vencida.

Ya hacía mucho tiempo que había roto todo trato con Gabriel García Tassara, el cual ni siquiera conocía a su hija; pero en este momento angustioso acudió a él por última vez y le escribió una de las cartas más desgarradoras que se hayan escrito. Copio a continuación algunos fragmentos, índice del más crudo momento de dolor de esta vida de la Avellaneda, tan llena de sinsabores:

"Tassara: aún vuelvo a escribir a usted, y lo

que es más, estoy sesuelta, si usted desatiende a mi carta, a buscarle por todas partes y a decir a gritos, donde quiera que le encuentre, lo que voy a manifestarle por escrito.

Mi Brenhilde, mi hija, se está muriendo... Pero no morirá sin que su padre la bendiga; sin que vea este rostro, en el cual la naturaleza ha estampado en una maravillosa semejanza la más elocuente condenación a su conducta de usted.

Venga usted, Tassara; de rodillas se lo pediré si es preciso; para mí no hay nada fuera de mi niña; ni temo desprecios, ni evito humillaciones: me arrojaré a los pies de usted para suplicarle que dé una primera y última mirada a su pobre hija... En mi desesperación no retrocederé por conseguirlo ante ningún género de escándalo. ¿Y es tanto lo que pido...? ¿Es sacrificio tan grande para usted que no pueda concederle? ¿Qué es lo que teme usted? ¿Quiere usted que no piense nadie que es usted padre de mi hija? Y bien; yo publicaré que no lo es; diré que la tuve del verdugo, si es preciso; diré cuanto usted quiera. Pero véala usted un momento, bendígala en su corazón; yo no soy como usted, ateo; yo creo en Dios y en la vida eterna: no me resigno a que mi hija muera sin su bendición de usted.

Sea esta condescendencia, Tassara, el último adiós que reciba de usted la mujer que tanto le ha amado y le bendecirá al morir.

Por Dios, venga usted; yo espero, y Brenhilde se muere... Serás un monstruo de baja estatura si me rehusas este pequeño y tristísimo favor. Tassara, te espero. Tula."

Y, a pesar de todo, Tassara no acudió.

En este punto es donde la figura de Tassara se desmorona por completo. Su postura de amante desdeñoso, abrumado por un amor que no comparte, es justificable, dado el que pocas veces las pasiones resisten la prueba de ser correspondidas. Pero en lo que Tassara no tiene justificación alguna es en su actitud frente a Brenhilde. Un hombre puede despreciar a la mujer que más le ha amado, puede abandonar y agraviar a la amante más abnegada; pero el hombre que se niega a su propio hijo es como si se negase a sí mismo, como si se menospreciase a sí mismo. Tassara, negándose a contemplar por primera y última vez el rostro de su hija, donde estaba impresa su herencia, se convierte en un ser deforme, inhumano, capaz de desdeñar lo que un hombre no puede nunca desdeñar, que es la propia sangre que alimenta su corazón.

La niña murió el 9 de noviembre de 1845. La partida de defunción dice que la párvula de siete meses María García Gómez de Avellaneda, hija de D. Gabriel y de D.^a Gertrudis, naturales el primero de Sevilla y la segunda de la isla de Cuba, falleció a las tres de la mañana del día 9 de noviembre de 1845, en la calle de la Ballesta, número 4, principal, de una afección cerebral, según certificación del facultativo don José Roviralta, y que fué enterrada el mismo día en el Cementerio de la Puerta de Fuencarral.

Este fué el fin de la historia de la Avellaneda y Tassara. Ya ella no le volverá a escribir nunca más, no lo buscará, ni siquiera pensará en él. Le había quedado de su dramático amor un sentimiento menos agrio que el rencor, pero más desolado: la sensación de que nunca le había conocido, de que no había pasado por su vida. Prueba de ello es que cuando, años más adelante, lo vuelve a encontrar no hace ninguna alusión al pasado, estrecha su mano, cambia palabras triviales con él como si fuese la primera vez que lo encontrara.

Semejante desenlace no es habitual en las relaciones de amor. Siempre queda un poco de pasión o un poco de despecho o, en los más de los casos, porciones equivalentes de ambos sentimientos. Pero esta vez no podía ser así. Y no porque "Tula" fuese una mujer distinta, sino porque él se había salido del mundo aquella noche de noviembre que no fué a ver a Brenhilde moribunda; porque se había convertido en un ser infrahumano, sin calidad vital alguna, y desde ese punto, para su amante, quedó borrado todo sentimiento cordial, favorable o adverso, hacia él. No fué que dejase de amarle, sino algo más grave, más difícil: fué que dejó de haberle amado.

No puede darse ningún otro final de un amor tan desolado y tan árido.

MERCEDES BALLESTEROS
DE LA TORRE

(Dibujos de Carlos S. de Tejada.)



COMO ACOGIÓ ESPAÑA A MÍSTER FLEMING



Sir Alexander Fleming, el ilustre sabio inglés, descubridor de la penicilina, ha sido últimamente huésped de España. Mr. Fleming, acompañado de su esposa, ha vivido durante unas semanas en Barcelona—como huésped del Municipio—, Sevilla y Madrid, invitado por las respectivas Universidades, en todas las cuales fué nombrado doctor *honoris causa*. Mr. Fleming recogió en España no sólo el respeto y la admiración de las autoridades políticas, académicas y universitarias, sino también el aplauso de las masas populares. En esta primera fotografía, Mr. Fleming, incorporado a la vida típica sevillana, viste el clásico sombrero andaluz, en una fiesta dada en su honor.



Mr. Fleming, doctor *honoris causa* de la Universidad Central (Madrid), pronuncia una conferencia en dicho Centro, vestido con la toga y el birrete de la Universidad madrileña. En la foto siguiente, el ministro de Educación Nacional del Gobierno español, D. José Ibáñez Martín, impone a Mr. Fleming la Gran Cruz de Alfonso X, el Sabio, con la que el Estado español distinguió al insigne investigador.



En estas cuatro fotos se recogen diversos aspectos del viaje de sir Alexander Fleming a España. En la primera, Mr. Fleming recibe, en las ramblas de Barcelona, el agradecimiento de diversas personas cuyas vidas fueron salvadas por la penicilina. Las tres siguientes están tomadas en la finca que el ilustre doctor Marañón posee en Toledo: en una, los dos doctores, Fleming y Marañón; en otra, Mr. Fleming, el doctor Marañón, Walter Starkie—director del Instituto Británico de Madrid—, y en la última, el sabio inglés con las hijas y los nietos del doctor Marañón.

Nuestros COLABORADORES



A la hora de la creación periodística, nadie suma tantos éxitos como Juan Aparicio (n. 1906), hoy director de "Pueblo", de Madrid, y antes fundador y director de "El Español", "La Estafeta Literaria", "Así es", "Fantasía" y "Fénix". Si "El Español" o la variopinta "Estafeta", que fué un gozo hasta en América, bastan para dar fe de una potencia fundadora,

Juan Aparicio fué también un eficaz director general de Prensa (1941-1946). Escritor original, macizo y cabalístico, ha publicado "Españoles con clave" e "Historia de un perro hinchado".



Inquieto, nervioso, medido y agudo, sí, como San Hilario, nacido en Poitiers (en 1883), por su taurofilia—que podría asustar a cualquier teniente del "Salvation Army"—parece de la raya de los Pirineos. Este gran escritor francés—Abel Bonnard—ganó en 1906, en su patria, el premio nacional de Poesía, y en 1924, el nacional de Literatura. Desde 1932

pertenece a la Academia Francesa, y publicó, entre otros, "Les familiers", "L'Amitié", "La France et ses morts", "Océan et Brésil" y "Les Modérés", del que se agotaron más de veinte ediciones.

Cuarenta y cuatro años hace que Salvador Dalí nació en Figueras. Y casi cuarenta y cuatro años hace que este pintor español asusta a los burgueses de todo el mundo con sus genialidades, más o menos excéntricas. Dicen que por la madrileña Puerta del Sol andaba ya de mozo vestido con unos pantalones con perneras de distinto color. Inventor del suprarrealismo, en Madrid, en París, en Nueva York armó, y sigue armando, un ruido terrible que bastaría para hacerle famoso si además no fuese famoso como pintor excepcional. Este es su "secret life".



He aquí un gallego que emigró al revés, puesto que habiendo nacido en Cuba, en La Habana, cruzó el Atlántico y arribó a Galicia en un viaje a contrapelo, para hacerse bachiller y maestro en Orense. Con treinta y tres años de edad, Manuel Vázquez Martín es hoy, desde 1938, jefe de la página deportiva del diario "La Voz de España", de San Sebastián, donde firma cotidianamente con el seudónimo un tanto galaico de "Porriño"—con el que rubrica su reportaje sobre las regatas—, y colaborador de diversos periódicos deportivos de España y del extranjero.



La vida de Adriano del Valle habría que contarla en décimas coruscantes y metafóricas, si "Ramón" no le hubiese ya retratado cabalmente. Sevillano, con sangre astur que le va a la zumba y rastro italiano que aflora en su pinta de emperador, Adriano es hoy, en Madrid, director de "Primer Plano". Su primer libro lo publicó en París: "Primavera portátil", con

ilustraciones de D. Eugenio d'Ors. Después: "Lyra sacra", "Los gozos del río" y "Arpa fiel", éste "Premio Nacional de Literatura José Antonio" (1941) y "Premio Fasthenrath" (1942).



Hay varios Alfredo Marquerie: el que es poeta y gana con "Reló" el premio nacional de Literatura (1933); el que escribe cuentos y novelas—"Don Laureano y sus seis aventuras", "El toterero y su sombra", etc.—; el que viaja y nos da libros de viaje—"Inglaterra y los ingleses"—; el que penetra con un micrófono en la jaula de los leones, en el circo; el que realiza crítica de teatro y hace temblar a los autores... Tantos, suman un singular Alfredo Marquerie, español isleño—nació en Mahón, 1907—, gran periodista y autor de veinte libros dispares.



José María Alfaro—poeta, periodista, escritor—formó ya en la redacción de "El Sol", de Madrid, antes de 1936, y en 1935 ganó el premio nacional de Literatura. Su brillante carrera intelectual y política se resume así: 1939, director de "Arriba", de Madrid, al que convierte en diario; 1939, subsecretario de Prensa y Propaganda; 1943, vicepresidente primero de las Cortes españolas y presidente de la Asociación de la Prensa... Todo sin abandonar la pluma ni el periodismo. Hoy, por los cuarenta y dos años, es ministro plenipotenciario de España en Colombia.



Aunque nacido en Madrid, en 1913, el R. P. Florencio Muñoz Hidalgo, dominico, pasó sus mejores años en el Oriente, principalmente en Filipinas. Si estudió Filosofía en Santo Tomás de Avila, la Teología la cursó en Hong-Kong (China) y Manila, y en Manila se hizo doctor en Filosofía y publicó numerosos trabajos periodísticos y literarios, sobre todo en la revista "Hispanidad". Ligado a aquella Universidad de Santo Tomás, fué nombrado después profesor y, a poco, secretario general de la misma y director del Departamento de Bellas Artes.



Si fray Juan de Zumárraga, el primer obispo que tuvo México, nació en Durango de España, Antonio González Martínez de Olaguibel nació en Durango de México. Después, fray Juan fué a México y le hicieron arzobispo, en tanto que Antonio González vino a España para llegar a consejero delegado del diario "La Gaceta del Norte", de Bilbao. A. G., antes que

rector de "La Gaceta", es un excelente periodista que suma una gran capacidad para mover y promover empresas editoriales. Ha publicado "Lo que vi en la Trapa", "Un viaje a Roma", etc.



El—Pedro de Lorenzo—dice que nació en el kilómetro 27 de la carretera de Cáceres a Mérida, un martes 7 de agosto. Con tanto circunloquio quiere decir que nació en Extremadura, y a Extremadura ya le ha dado muchas vueltas—circunloquios—en sus libros. Tiene treinta y un años, cara de niño y algunos hijos, y ha sido director de "El Diario Vasco", de San Sebastián, y "La Voz de Castilla", de Burgos, y cofundador de la poética "Garcilaso". Publicó "La quinta soledad", "... Y al Oeste, Portugal", "La sal perdida", "Tu dulce cuerpo pensado", etc.

Este gran periodista, con "ángel" o chispa en su prosa, que parece nacido en Santander, nació en Valparaíso (1896), hijo de la insigne novelista Concha Espina. Víctor de la Serna, director de "La Tarde" y presidente de la Asociación de la Prensa, de Madrid, fué en 1920-23 director de la editorial "Renacimiento", y en 1939-1947, de "Informaciones", también de Madrid. Hombre que a los cincuenta años ya dió bisnietos a doña Concha Espina, con el "ángel" o la chispa ganó en 1938 el premio Mariano de Cavia y mantiene hoy la vigencia de su pluma.



"No puedo mandarles foto porque no la tengo", dice a "M. H." Mercedes Ballesteros de la Torre, incurso en una familia que tiene escritores por las cuatro esquinas. Esposa de Claudio de la Torre, autor dramático; hija de un matrimonio de ilustres historiadores—D. Antonio Ballesteros y doña Mercedes Gabrois—, y hermana de otro escritor y catedrático—Antonio Ballesteros Gabrois—, ella, nacida en Madrid, ha estrenado dos comedias y publicado una novela: "Todo llega después". "Brenhilde" es una buena muestra de la capacidad literaria de M. B. de la T.

¿

TEMAS ECONÓMICOS

ZONAS MONETARIAS

ZONA del dólar... zona de la esterlina. Ambas expresiones, empleadas corrientemente desde el fin de la guerra, no revisten aún sentido muy preciso para muchos de quienes las oyen o leen. Saben, más o menos aproximadamente, que, gracias a acuerdos entre las potencias poderosas, tal o cual país ha sido enrolado en uno de dichos bloques; tampoco ignoran que si, en el momento en que el mundo se vió repartido así en dos sectores principales de influencia monetaria, alguno de esos países no representaba una fuerza económica plenamente realizada, más que escoger, tuvo que soportar el ir a remolque de una de las divisas líderes.

Pero el ciudadano no especializado de la nación interesada no comprende por completo lo que, prácticamente, ha resultado de ello para él mismo, y todavía menos para la capital financiera a la que se encuentra ligado de hecho. Su semiignorancia en la materia también la comparten los británicos—duchos, sin embargo, en negocios—, a pesar de pertenecer al país que encabeza la zona de la libra esterlina. Sir Stafford Cripps ha dedicado parte de una de sus recientes conferencias de prensa a ilustrarles sobre las ventajas que para ellos supone tal primacía. Lo más acertado será reproducir su pensamiento, que ha concretado en una imagen vulgarizadora:

"Para que el hombre corriente vea la diferencia entre nuestra situación para con la zona del dólar, por una parte, y, por la otra, para con el mundo que no depende de esta última, quizá sea lo más indicado representar a Gran Bretaña como un cliente que dispone de cuenta en dos tiendas. En la tienda del dólar, para saldar nuestro deber, no nos queda más remedio que descontar de nuestros ahorros. Si no conseguimos así la balanza, es imprescindible que dejemos de comprar. Con la otra tienda, la de la libra esterlina y de las divisas flojas, podemos dejar co-

rrer nuestra cuenta, sin tener que pagar o recibir, a intervalos cortos, la cantidad resultante del balance. Ora debemos, ora se nos debe, pero siempre en esterlinas. El aumento de nuestra deuda en esta tienda suscita un problema muy distinto, y cuya solución puede ser postergada durante más largo tiempo, que el de nuestra deuda eventual en la tienda del dólar."

La imagen que ha servido al Ministro de Hacienda inglés, a propósito de la libra esterlina y de la parte del mundo en que ésta sigue constituyendo el patrón de los intercambios comerciales, vale igualmente para el dólar y la zona en que su preponderancia ha sido establecida por los acuerdos a que ya hemos aludido. Hace resaltar suficientemente la situación de las naciones de "moneda floja", como se dice, ante aquellos que dirigen la circulación de la esterlina o del dólar, fuera de la patria de cada una de esas dos "divisas fuertes".

Esa pintura aclara perfectamente la idea que tienen los poseedores de las monedas-patrón respecto a sus prerrogativas de hecho para con los países que basan sus intercambios exteriores sobre dichas monedas fuertes, y cuya economía interior, por consiguiente, siempre en función de aquéllos, también se halla supeditada a dichas monedas. Nos ha parecido, pues, oportuno ponerla a la vista de los miembros de los países hispánicos. Quizá encuentren así motivo de reflexionar sobre las repercusiones, en el desarrollo de sus asuntos propios, de aquella idea y de la aplicación de la misma que se les hace cada día.

Entonces se darían cuenta del "handicap" que su moneda depreciada podría presentar, por mucho tiempo, para el fomento económico de sus respectivas patrias—de abundantísimos recursos, sin embargo—si dejaran siempre, perezosamente, para el día siguiente el esfuerzo de organización común que les aliviaría de tal peso.—Peritus.

EN TORNO AL PLAN "MARS-HALL".

Comienzan a conocerse ciertos corolarios de aplicación del Plan Marshall. El señor Paul Hoffman, administrador para los Estados Unidos de la Cooperación Económica, ha invitado a sus compatriotas poseedores de capitales líquidos a invertirlos, privadamente, en los asuntos europeos, hasta llegar a un tope de 750 millones de dólares. Les ha hecho saber que la autorización gubernamental de los países escogidos sería necesaria para tales inversiones. Las rentas de esas imposiciones serían garantizadas en dólares.

Resulta, por lo demás, de las negociaciones en curso con los países a que alcanzará el beneficio del Plan de Ayuda a Europa, que los fondos de los ciudadanos norteamericanos invertidos en dichos países serán considerados propiedad de los Estados Unidos. Dichos ciudadanos podrán interesarse por los asuntos coloniales europeos en plan de igualdad con los capitalistas de la respectiva metrópoli. Queda igualmente especificado que los Estados Unidos podrán disponer equitativamente de los recursos naturales de las colonias europeas "teniendo en cuenta las necesidades razonables de cada una de las metrópolis".

PRECISIONES.

Los especialistas en finanzas internacionales no prestan atención alguna a los rumores propagados, al parecer, por la malicia, a intervalos regulares, y según los cuales la peseta se halla amenazada. Han observado en efecto:

que la industria española está en pleno auge, y que se están abriendo fábricas en todas las regiones de España;

que nuevas emisiones han aportado al esfuerzo técnico español, más de cinco mil millones en 1946, y cuatro mil millones y medio en 1947; que desde el primero de enero del presente año

el volumen de billetes del Banco de España en circulación ha disminuído en mil doscientos millones de pesetas.

Tales datos les permiten concluir que, si por razones de oportunidad del mercado monetario internacional, España se decidiera algún día a desvalorizar su divisa, lo haría del modo más conforme a sus intereses, y no bajo la presión de una necesidad urgente. Actualmente, el precio elevado de la peseta facilita, en condiciones ventajosas, en el mercado interior, las materias primas del Extranjero.

RESTRICCIONES EN LOS CREDITOS EN GRAN BRETAÑA.

Sir Stafford Cripps, ministro inglés de Hacienda, ha anunciado que en adelante las "demandas excesivas de dinero" troppezarían con restricciones. Los técnicos interpretan esta noticia como una limitación de los créditos, encaminada a conjurar las amenazas de inflación que actualmente pesan sobre la libra esterlina.

RESCATE DE LOS FERROCARRILES URUGUAYOS.

Los accionistas de las Compañías inglesas que dominaban los ferrocarriles del Uruguay han sido convocados para aprobar la cesión de su activo al Gobierno uruguayo, mediante 7.150.000 libras esterlinas.

LA DEUDA EXTERIOR BOLIVIANA.

El Ministro de Hacienda de Bolivia y los delegados de los acreedores de esta República acaban de redactar un proyecto de acuerdo, que será sometido al Congreso.

La deuda boliviana se eleva a 134 millones de dólares, incluidos los 74 millones de intereses, que, debido a las circunstancias, fueron sometidos a moratoria.

EL PETROLEO FILIPINO.

El Secretario del Ministerio de Agricultura del Gobierno de Manila, que preside la Comisión de Prospección Petrolífera, ha declarado que las investigaciones realizadas hasta la fecha demuestran que 17 millones de hectáreas del archipiélago parecen esconder yacimientos de "oro líquido". Con vistas a aprovechar tal riqueza, ha hecho un llamamiento a los investigadores y explotadores del Extranjero.

EL ESFUERZO MINERALOGICO ESPAÑOL.

Mientras la disminución de las reservas conocidas de materias primas inquieta a los especialistas del mundo entero, España, con un fin social y nacional, realiza un esfuerzo considerable de investigaciones. La provincia de Almería ha sido objeto de un estudio geofísico sistemático.

Las relaciones de los expertos han dado como probable, para 1950, una producción anual de 29.000 toneladas de plomo, 43 toneladas de plata y 300 kilos de oro, y han calculado las reservas de mineral de hierro del yacimiento de Almería en 72 millones de toneladas.

Los trabajos que se siguen en otras provincias, patrocinados por el Jefe del Estado, no son menos prometedores, y ofrecen a los capitales privados enormes salidas.

Se puede observar, por ejemplo, que, en la respectiva Jefatura de Minas se acaban de registrar, como recién descubiertos, yacimientos de cobre a poca distancia de Hinojosa del Duque, cerca de Córdoba. En los primeros análisis, el mineral arrojó una proporción de cerca del 40 por 100 de cobre.

EL ESTAÑO.

Las decisiones adoptadas por el Comité Mundial del Estaño serán sometidas a los Gobiernos interesados, cuyas Delegaciones deberán guardar hasta entonces el mayor de los secretos.

Se calcula que su nueva reunión plenaria tendrá lugar en el próximo otoño, en La Haya probablemente.

Compruébase ya que el precio del estaño ha pasado, en Nueva York, de 50 centavos la libra—hace un año—a 94. En Londres, por orden del ministro de Abastecimientos, ha sido aumentado en 50 libras esterlinas por tonelada, con lo cual llega ésta a costar 572 libras con 40 chelines para el estaño de 99,75 por 100, y 569 libras para el estaño de 99 por 100.

LA CUESTION DEL COBRE.

El Comité del Stock Estratégico de los Estados Unidos sigue intensificando sus compras en previsión de un "caso de urgencia", y recientemente ha comprado cantidades considerables de cobre en Chile y otros países de Sudamérica.

Los Estados europeos temen por sus abastecimientos inmediatos. Como los nuevos yacimientos que la Unión Minera quiere explotar en el Congo, y los del Oeste africano y los de Chile no están en situación de aportar su contribución antes de algunos meses, se espera un alza en los precios.

Ciertos países que poseen en su suelo, o en "stock", metal rojo, preparan el estudio de un plan de intensificación de economía y de recuperación.

RESERVAS FORESTALES DEL BRASIL.

En la conferencia de la Producción Silvestre Iberoamericana el director de los Servicios Forestales del Brasil ha facilitado algunas cifras sobre la inmensa riqueza del valle del Amazonas.

Sólo en el Estado de Espíritu Santo existen 2.200 kilómetros cuadrados de selvas vírgenes. Se calculan en 62 millones los árboles que tienen más de 15 metros de altura y más de 40 centímetros de diámetro a un metro del suelo. Cincuenta millones pertenecen a especies no exportadas aún, y 8 millones se distribuyen de la manera siguiente: Garabu, 2.000.000; jequitiba, 1.400.000; bicuiba, 1.400.000; araca, 766.000; brauna, 700.000; sucupira, 211.000; jacarandá, 200.000; oleo vermelho, 197.000; canela, 182.000; garapa, 160.000; cedro, 143.000; roxihno, 162.000; petroba, 137.000.

BIBLIOGRAFIA

En estas páginas serán comentados aquellos libros, recientemente impresos, que ofrezcan una estimable aportación a la cultura hispánica, y también aquellos otros, de cualquier procedencia, que entrañen un claro valor universal, siempre que—en cualquier caso—nos sean remitidos dos ejemplares.

"OTRO ESPAÑOL EN AMERICA", por ANTONIO ORTIZ MUÑOZ. EDITORIAL MAGISTERIO ESPAÑOL. MADRID, 1948.

El periodista español Antonio Ortiz Muñoz nos ofrece en este breve libro recién salido de las prensas un manojo de críticas ligeras de su viaje por algunos países sudamericanos, y en ellas—como dice en el prólogo García Sanchiz—"todavía con la inestabilidad del buque en el cuerpo, se lanza a prodigar noticias y enseñanzas, el tesoro de sus descubrimientos".

Cumple este libro con la exigencia emocional de todo español que al volver de América siente

la necesidad de decir a sus compatriotas peninsulares cómo España tiene una dimensión universal en el Continente Americano, cómo la presencia de España allá es tan honda, tan real y tan vital, que, en medio de la diferenciada madurez cultural y política de las nuevas naciones, lo hispánico es fermento inicial y



esencial y cemento de continuidad histórica y de unidad supranacional.

Por eso mismo no podemos exigir de este libro una comprensión exacta y total de Hispanoamérica. Es inexacta por incompleta, porque su punto de vista, el del españolismo, da sólo una visión unilateral. Y, por lo demás, esto no es una falla del libro, ya que el autor no ha buscado otra cosa; pero aprovechamos la ocasión para decir, con criterio hispanoamericano, que quisiéramos que el español que va a América nos viera con ojos más objetivos y universales y menos subjetivos y patrióticos, porque la actitud de España hacia América no debe ser una mera actitud narcisista de contemplarse a sí misma en América, de buscar y amar a América en lo que ésta tiene de española. Por el contrario, en América y por América España debe trascender de sí misma hacia lo universal.

En este sentido, Ortiz Muñoz trae en su libro una anécdota ejemplar, de cuando, consumada la Independencia, se marchaba de Montevideo el último cabildante español, siendo acompañado hasta las afueras por un sacerdote uruguayo. "Monseñor—dijo el español, nostálgico— en esa cuchilla había un molino, y ahora no está." "Señor—contestó el patriota— el molino no está; pero id tranquilo, que está el viento que lo impulsa."

"Así es España—comenta acertadamente Ortiz Muñoz—. No necesita lo físico para acusar su presencia."

No preocuparse, pues, demasiado, del rostro español de América. El viento, el impulso espiritual está allí, y éste no tiene la uniformidad y la inmutabilidad de la piedra. Es una fuerza viva que actúa con la Historia y en la Historia creando y elaborando nuevas y diversas formas de vida y de cultura que es necesario entender y asimilar entre sí y en la unidad y comunidad de ese espíritu con sentido universal.

"VIAJE A TRAVES DE LA ESPAÑA ECONOMICA", por MANUEL FUENTES IRUROZQUI. EDICIONES M. I. C. (MONOGRAFÍAS INDUSTRIA Y COMERCIO). MADRID, 1948.

Obra de gran interés y utilidad ésta del economista D. Manuel Fuentes Irurozqui, viene a llenar un vacío de información sobre la realidad económica española, la cual quedaba encerrada en las secas y dispersas Memorias de las Cámaras de Comercio, de los Organismos Oficiales y de las empresas particulares, y al alcance únicamente de los técnicos e iniciados en los problemas concretos de la economía nacional y del comercio.

Este amplio y bien presentado manual de la economía española del Sr. Fuentes Irurozqui, autor también de una "Síntesis de la economía española", especie de Geografía económica de España, tiene el valor de poner al alcance del gran público, por su forma objetiva y amena en que está presentado, el panorama completo de la riqueza agrícola e industrial de España.

El libro consta de 28 amplios capítulos, en que

(PASA A LA PAGINA SIGUIENTE)

BIBLIOGRAFIA

VIENE DE LA PAGINA ANTERIOR)

se agrupan por regiones todas las 50 provincias españolas. Cada capítulo va ilustrado con mapas y fotografías características de la región respectiva y precedido de noticias y de datos generales sobre las provincias o territorios que abarca. Contiene además un preliminar de carácter general y de geografía física, así como diversos índices para el fácil manejo de la obra.

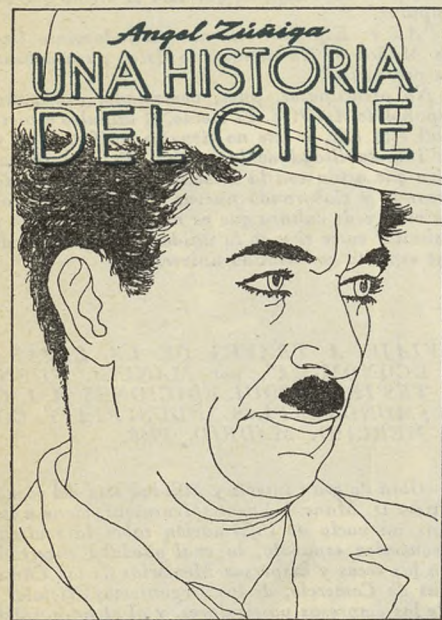


El rigor científico de los datos estadísticos y la información concreta y pormenorizada se unen a la limpieza y claridad tipográfica y al material ilustrativo para hacer de esta obra una guía completa y valiosa, a la par que atrayente, de la geografía económica de España; guía, además, indispensable como base informativa para el desarrollo del comercio exterior con España, pues el retraimiento de ese comercio hacia este país —sobre todo en el mundo hispánico— se debe en gran parte al desconocimiento de su realidad económica y de sus posibilidades de intercambio.

"UNA HISTORIA DEL CINE", por ANGEL ZUÑIGA.—EDITORIAL DESTINO.—BARCELONA, 1948.

Una buena historia del "cine" ha de batirnos íntimamente porque en el fondo es como la historia de nuestra vida, si es que contamos los años del "cine" comercial. Nuestra propia vida, hacia atrás, no es más que una sucesión de recuerdos que tanto pueden ligarse a la llegada del "Plus Ultra" a Buenos Aires como a Eddie Polo, Maciste o el Conde Hugo o al hundimiento del "Titanic". La pequeña peripecia cotidiana de nuestra juventud tuvo su "climax" semanal en la sesión cinematográfica, con "La moneda rota" o "Charlot Bombero", de forma que quien llegó al mundo con el "cine" y creció con el "cine" puede emocionarse con la reconstitución literaria del nuevo arte.

El problema previo del autor ha consistido en discernir, con la idea inicial, los propósitos de su libro. Cincuenta años de "cine", partiendo del núm. 14 del Boulevard de los Capuchinos, de París, un 28 de diciembre y de inocentadas, para llegar a Elia Kazán, o mejor al tecnicolor, ofrecen una exuberancia incalculable de motivos más o menos historiables. La anécdota del "cine"—con matices infinitos, corrientes técnicas y comerciales, etc.—es tan varia y tan múltiple—y tan próxima y por eso asequible—, que la reseña de la mi-



nucia haría interminable cualquier propósito editorial. El acierto inicial de Zuñiga consiste en apartar premeditadamente la idea de toda ramificación y todo lo que cree hojarasca para interpretar, enfrentándose, el espíritu del "cine". Hay aquí una lealtad absoluta a la esencia cinematográfica, al mensaje intelectual del "cine". Y también, naturalmente, una dificultad, desde el momento en que el autor va a prescindir de la anécdota y de la mera narración cronológica de sucesos.

Por este camino difícil transita Zuñiga en son de combatiente. Si a un arte, frente a él, inmersos,

incurso en él, le estamos pulsando el espíritu, resulta imposible la indiferencia memorialista. De aquí, en el caso que comentamos, surge una historia interpretada personalmente—es decir, parcialmente—, magnífica de nervio y de teoría. El autor la califica, domésticamente, de "guía sentimental"; pero si nos da la advertencia de que "esta historia está llena en lo posible de cargamento subjetivo", lo sentimental, pura circunspección del autor a la hora de la autocrítica—o pura nostalgia—, se convierte en pasión. No estamos, pues, ante una historia sentimental, sino ante una historia apasionada, absolutamente apasionada, en que el autor, en aquel son de combatiente, llega en algunos casos a utilizar el epíteto como podría utilizar la bomba de mano. (Véase, v. gr., el capítulo dedicado a Abel Gance.) Pero tal aire de lucha es el que da una estricta calidad literaria a esta historia, cuyo título ya hace referencia al apasionamiento, a lo subjetivo, y no a lo sentimental. A. Z. no ha querido escribir la historia, fría e impersonal, sino una historia: la suya. La que él ve.

Esta obra, quizá sin antecedentes en el mundo, por su empeño, consta de dos grandes tomos, con más de 1.100 páginas, 338 fotografías y unos índices con 3.269 nombres de actores, directores, guionistas, etc., y 5.698 títulos de películas.—S.

"HACIA UNA NUEVA GUERRA", por PEDRO GOMEZ APARICIO. E.P.E.S.A. MADRID, 1948.

Pedro Gómez Aparicio, conocido y brillante periodista madrileño, director de "La Hoja del Lunes" y de la Agencia "Efe", cuyos comentarios sobre política internacional han merecido en diversas ocasiones la reproducción y la glosa en la Prensa mundial, recoge en este grueso volumen de más de 400 páginas, editado elegantemente por E.P.E.S.A., las crónicas publicadas por él en los diarios "Arriba", "Hoja del Lunes", de Madrid, y "El Noticiero Universal", de Barcelona, desde el año 1944, y en las que, un día tras otro, ha ido recogiendo el pulso de la política mundial y enfocando los acontecimientos con el criterio ponderado y objetivo que le ha dado su justa fama, de uno de los mejores comentaristas políticos actuales de Europa.

El mirador español es, desde luego, inmejorable para dominar el panorama del mundo, especialmente de Europa, durante estos años de guerra abierta y de paz frustrada, y la mirada española ha demostrado ser también la más limpia y clara para el enfoque de la Historia actual y futura. Doble motivo para que el libro de Gómez Aparicio tenga un interés y un valor documental y crítico realmente serio e importante.

Aunque el libro es—como hemos dicho y señala el autor en el prólogo—una colección y selección de artículos de Prensa, guarda, sin embargo, la unidad cronológica e histórica de los acontecimientos, que se ligan unos con otros en el desarrollo de un proceso que el autor trata de interpretar en el título "Hacia una nueva guerra", sin que tal título corresponda—como bien explica—al planteamiento y sostenimiento de una tesis, sino a la exégesis sintética, hecha a posteriori por el autor, de sus propios artículos y comentarios o de sus propias "memorias" (que tal palabra usa en el prólogo acertadamente) y de los mismos hechos políticos comentados. La recapitulación de tales hechos en el libro de Gómez Aparicio, a través del comentario cotidiano de la realidad política mundial, es realmente impresionante y lo bastante clara en su sentido histórico para justificar el título de la obra.

El libro contiene un índice onomástico y un índice de acuerdos y conferencias internacionales de gran utilidad para el lector.

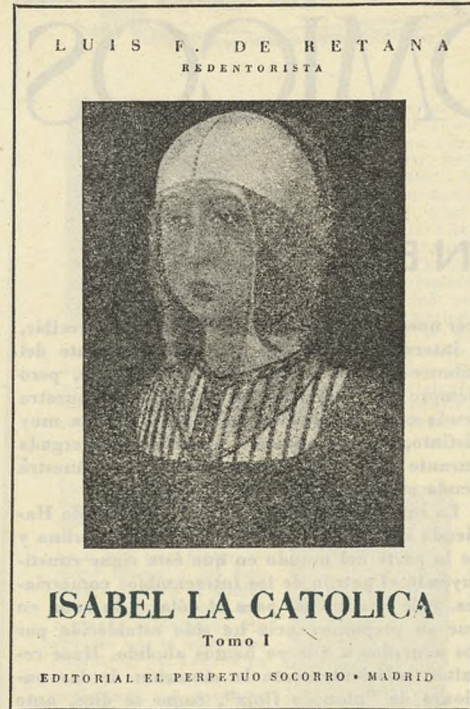
"ISABEL LA CATOLICA", por LUIS F. DE RETANA (2 TOMOS). EDITORIAL EL PERPETUO SOCORRO. MADRID, 1947.

El P. Retana, autor de dos conocidas e interesantes obras, "Fernando III y su época" y "Cisneros y su siglo", nos ofrece ahora esta obra monumental en dos tomos sobre Isabel la Católica, afirmando con ella su ya bien ganado prestigio de historiador.

No se escapa al autor la dificultad de escribir un libro de positivo interés sobre una figura como la de la gran reina de España, que ha sido estudiada amplia y difusivamente por tantos y tan ilustres historiadores, así en su biografía personal como en la historia general de su época y en los múltiples aspectos particulares de la obra política de su reinado.

El P. Retana acude ante todo a las fuentes originales y así va descubriendo cosas que otros antes que él "habían ya sacado al público", como explica en el prólogo; pero de esta manera logra darle a su libro el valor de lo inmediato documental, sacando a veces alguna luz nueva

y, sobre todo, consiguiendo un encuadre total, agotando, por decir así, el tema en su doble dimensión de biografía y de crítica histórica. Es, sin duda, la del P. Retana la obra más completa sobre Isabel la Católica, y en esto consiste, a nuestro juicio, su mérito principal.



Los eruditos de la Historia podrán hacer la crítica detallada de este libro y encontrar las fallas inevitables en toda obra humana. En el breve espacio que podemos dedicarle en nuestra Revista, nosotros no hacemos sino señalar su importancia y su valor de conjunto.

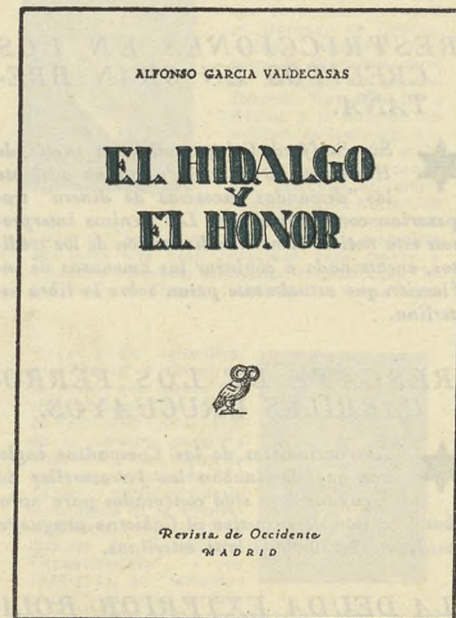
La Editorial El Perpetuo Socorro se ha superado presentando un libro nitidamente impreso, encuadrado a todo lujo a la "holandesa", con plancha, lomo y filetes de oro, ilustraciones abundantes en cuatromías, fotograbados y dibujos a pluma, y magnífica sobrecubierta en cuatromía con el retrato de la Reina, atribuido a Antonio del Rincón.

"EL HIDALGO Y EL HONOR", por ALFONSO GARCIA VALDECASAS.—REVISTA DE OCCIDENTE. MADRID, 1948

El signo de la "Revista de Occidente" es ya una garantía de calidad de la obra para el lector, y por lo mismo, éste se vuelve más exigente respecto de ella. Este pequeño libro de Alfonso García Valdecasas tiene, sin duda, esa altura y calidad que satisfacen a los exigentes.

El autor ha reunido en él varios ensayos sobre el españolísimo tema de la hidalguía y del honor, que, a pesar de la dispersión de espacio y tiempo en su publicación, conservan dentro del libro la más completa unidad de pensamiento.

El tema no queda agotado, desde luego, ni está tratado con toda la profundidad que puede alcanzarse, y que en ciertos capítulos el lector sospecha fácilmente y echa de menos. Pero es, sin duda, la de García Valdecasas una visión inteligente, comprensiva y, sobre todo, actual; es decir, que tiene una proyección hacia lo moderno de hoy y del futuro, sin quedarse en el terreno de lo histórico y arqueológico. El hidalgo no es, pues, aquí pieza de museo estudiada con curiosidad de desenterrador de momias, sino figura viva y viviente, cuyas esencias espirituales tienen un valor



sociológico importante, que es lo que se trata de desentrañar. En esto consiste, a nuestro juicio, el mérito principal del libro.

Satisface el estilo sobrio y sencillo, sin falsas complicaciones idiomáticas ni pedantesco léxico científico-literario.

LOS LECTORES

también escriben

Invitamos cordialmente a nuestros lectores de todas las latitudes a que nos escriban comunicándonos sus opiniones y orientaciones útiles para nuestra Revista sobre las relaciones culturales, sociales y económicas entre los 23 países a quienes va dirigido MVNDO HISPANICO o a propósito de perfiles ingeniosos o interesantes de la vida de estos pueblos.

Abrimos estas columnas para reproducir tales comunicaciones y también aquellas cartas breves, enjundiosas u ocurrentes que nos vengan por la tierra, por el mar o por el aire y que, a juicio de la Revista, merezcan ser redimidas de la oscuridad del anonimato o de la esterilidad del aislamiento.

Los autores de las cartas publicadas recibirán gratuitamente el ejemplar de MVNDO HISPANICO en que aparezca su comunicación y nuestro comentario.

Madrid, 23 de julio de 1948.

Señores de MVNDO HISPANICO. Madrid.

Señor Director:

Aprovecho la invitación que hace MVNDO HISPANICO a sus lectores de dirigirse a la Revista comunicando opiniones, etc. Me complazco en escribirle para referirme a dos afirmaciones que han figurado en distintos números de esa Revista. La primera aparece en el número de mayo, al hablar sobre la aviación mundial; dice MVNDO HISPANICO que el primer vencedor de la cordillera de los Andes fué el teniente del Ejército argentino Sr. Candelaria; ello es verdad, pero tan verdad que el Sr. Candelaria es el primer vencedor de los Andes como lo es igualmente que Cristóbal Colón no fué el primer europeo que alcanzó a las tierras que posteriormente se llamaron Américas, ya que se sabe positivamente que otros europeos habían llegado allí antes que Colón; el mérito de Colón fué incorporar América al mundo conocido entonces. MVNDO HISPANICO llama a lo del teniente Candelaria "magnífico salto", el que hizo al atravesar los Andes. El acto del Sr. Candelaria tuvo en Argentina y en Chile poca resonancia, pues la travesía la hizo el Sr. Candelaria por un sitio relativamente bajo, ya que la mayor altura que la cordillera tiene en la latitud por donde la atravesó alcanza apenas a 3.400 metros.

El verdadero vencedor de los Andes fué el teniente chileno D. Dogoberto Godoy, que hizo la travesía frente a Santiago, en Chile, y Mendoza, en Argentina, si mi memoria no me engaña, en el año 1921, en un monoplano Bristol, inglés, de 110 caballos de fuerza, y que es el camino que actualmente siguen todas las rutas internacionales. La altura de la cordillera en este punto alcanza a 7.040 metros en el monte argentino Aconcagua.

Antes de esto había entre los aviadores argentinos y chilenos, tanto militares como civiles, una verdadera pecha por ver quién atravesaba primero los Andes, la que terminó, no después del vuelo del teniente Candelaria, sino después del vuelo del teniente chileno Dogoberto Godoy. Y terminó solo en cuanto la travesía se hubiera hecho desde Chile a la Argentina, mas no desde la Argentina a Chile, cosa mucho más difícil que la primera, ya que los vientos pampinos dificultaban sobre manera la hazaña.

Tales circunstancias fueron publicadas, lo que movió a otro militar chileno, llamado D. Armando Cortínez, a atravesar por segunda vez los Andes, sin permiso de sus superiores. Fué llevado a un Consejo de Guerra el Sr. Cortínez, donde le condenaron a "volver por la misma vía", obligándole en esta forma a vencer los Andes desde Argentina a Chile.

También corresponde a un oficial del Ejército chileno la tercera travesía de los Andes y la primera con pasajeros, que ejecutó algún tiempo después el entonces teniente Roberto Herrera, acompañado del teniente Jorge Getner; ambos fueron separados del Ejército para evitar que toda la Escuela de Aviación en Chile fuera hasta Mendoza.

La segunda figura en el número correspondiente al mes de julio, en el artículo titulado "Cómo nos llaman", se expresa ahí que el castellano tiene 14.000 voces. El diccionario más corriente y elemental contiene, por lo menos, 30.000, y los buenos diccionarios llegan a contener hasta 47.000 voces, en las que se calcula la riqueza del castellano.

Tiene el agrado de saludarle

UN CRITICÓN.

San Sebastián, 26 de julio de 1948.

Señor Director de MVNDO HISPANICO.—Madrid.

Muy señor mío:

Quiero aclarar dos extremos de la publicación, en el número 6 de su Revista, de mi artículo "Simón Bolívar visto por Unamuno".

En primer lugar, el pie de la fotografía publicada como ilustración del mismo en la página 24

afirma que el monumento allí reproducido se eleva en la "ciudad de Eibar (Guipúzcoa)", siendo así que dicho monumento se levanta en realidad en el barrio de Bolívar, término municipal de Cenarruza (Vizcaya), con la particularidad de que así lo dice el propio texto de mi artículo, en un párrafo reproducido en la misma página. Cuando yo remití la fotografía para su publicación con el artículo, indiqué también el lugar donde se encuentra, que no es el mismo—como puede verse—que el que su pie declara.

En segundo lugar, entre los párrafos de mi original que no han sido publicados, figura uno que encierra el nombre de un autor y el título de un libro suyo, del que hago dos largas citas. La segunda de ambas, al referirse (por no reiterar los nombres) a "este mismo autor", parece remitir al lector al P. Suárez, muerto en el siglo XVII, siendo así que en las líneas que transcribo se habla de acontecimientos producidos en el siglo XIX, con evidente anacronismo y con imperdonable omisión del nombre de quien es verdadero autor de las líneas en cuestión, no otro que el actual profesor de la Universidad de Sevilla D. Manuel Jiménez Fernández, en su libro "Influencia de las doctrinas populistas en la independencia hispanoamericana". Quede, pues, aquí constancia de la paternidad auténtica del párrafo a que me refiero.

Esperando que las presentes líneas puedan disipar toda duda y confusión de los lectores de su excelente Revista, y agradeciéndole muy sinceramente la magnífica presentación que ha dado a mi trabajo, le ruego acepte, señor Director, el testimonio de mi consideración más distinguida.

Suyo affmo. s. s., q. e. s. m.,

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA.

* * *

Sr. Director de la Revista MVNDO HISPANICO

Madrid.

Muy distinguido señor:

Después de haber visto la luz cinco números, y no antes, es decir, de estar trazado ya el pentagrama de la excelente publicación que es MVNDO HISPANICO, me atrevo a dirigirme a usted para exponerle unas breves y modestas sugerencias en relación con la Revista, ahora que, una vez nacida con tal seguridad, va a empezar la melodía de su madurez.

En toda obra del hombre sobra y falta. Cuando la obra es continuada, la falta se puede ir sub-

sanando; pero es preciso un criterio selectivo y depurado para robar terreno a la maleza, o a lo que menos produce, y cultivarlo en ventaja de fruto e intereses. Si MVNDO HISPANICO quiere ser—y demos gracias abundantes a Dios porque nos deparó su hora—una cita de vientos de hispanidad, la palabra clara de este resurgir de nuestra cultura, la ventana y el beso de nuestra cálida sangre, es preciso hacer cada día más grave a la Revista. Gravedad que es perfectamente compatible con una sutilidad de encaje en su prosa y una abundancia de bella fotografía en su ilustración. Porque, señor Director, para que yo, un murciano, me sienta querido y entrañado a mis hermanos de España y América por la Revista, he de ver publicado en ella un estudio serio y hondo, que no anula lo amable y cordial, de mi tierra y mi pueblo, sus costumbres, usos, paisajes, gestos y maneras particulares de ser y vivir. Y así, para que yo comprenda mejor y ame más a un argentino de la Pampa, a un asturiano o a un peruano de los Andes, cito como ejemplo, necesito un trabajo igualmente preciso y definido. Y esto con sistema. Siguiendo en cada número un orden determinado, que podría ser—lanzo sólo una opinión personal—una región o comarca española y otra americana. El estudio de la "geografía humana", primero de campos, aldeas y ciudades pequeñas, luego de grandes urbes, sería más importante que el de la geografía física o simplemente urbana.

Tras eso ya podían venir las interpretaciones filosóficoliterarias de hombres y ciudades, como ese magnífico "Elogio y nostalgia de Toledo", de G. Marañón, que publicó la Revista en su número 5; la expresión adecuada y compleja de la producción espiritual y material de los países hispanicos; la anécdota cotidiana de momento político o histórico; etc. Pero siempre sin posponer, y menos olvidar, el completo conocimiento del hombre tipo o cifraviviendo enmarcado en su "ambiente"; ya que, si la pericia es pasajera y una o desata con lazo fácilmente rompible, lo que hace referencia a la entraña del hombre es permanente, y lo permanente marca su sello a fuego.

No sé si habré conseguido aclarar mi preocupación y si ésta merece o no el honor de significar algo; pero, de todas formas, créame siempre, señor Director, un entusiasta de MVNDO HISPANICO y defensor de lo que él representa: el abrazo en letra de molde, más que de pensamiento a pensamiento, de alma a alma de los españoles e hispanoamericanos que vivimos con dolor y amor la verdad de nuestro común sentido en el mundo.

Siempre de usted afectísimo seguro servidor

F. M MIRETE.

EL LEON ESPAÑOL, A LA IZQUIERDA

(VIENE DE LA PAGINA 40.)

Porque difícilmente explicable resulta a veces que un pueblo rodeado de tantas lenguas distintas, con misioneros que creyeron conveniente atajar por lo vernáculo, haya conservado el español que conserva.

Más lejos de la metrópoli que los pueblos sudamericanos, no hubo suficiente población de españoles que absorbiera los dialectos y lenguajes nativos. Los comercios de Malaya, Indonesia y China no ayudaban, como es lógico, la difusión del castellano. La nao de Acapulco no era suficiente. ¡Gracias que los colegios y Universidad sostenidos por los religiosos conservaron y propagaron la lengua patria entre la gente estudiosa!

El resultado es una babel, tal vez la más interesante del mundo en diferencias dialectales. La enseñanza universitaria, oficial y privada, es obligatoria en inglés, por la simple razón de que todas las escuelas primarias y de segunda enseñanza preparan a los alumnos en inglés. El pueblo habla su dialecto, tagalo, visaya, pangasinán, ibanag, etc. La mesticería, parte del mundo intelectual y político y los círculos de selecta sociedad usan el castellano, entreverado de giros y palabras inglesas o dialectales.

Lo admirable, lo maravilloso, es que a tantos miles de leguas, entre tanta confusión, se haya mantenido y se mantenga el castellano como al presente.

Y es que el alma filipina, siempre que ha buscado sinceridad, se ha encontrado con España. Ahí está la alta paradoja de Rizal. Amores y odios, plegarias e imprecaciones, poesía y ciencia, le brotaron en limpio castellano. Y no por falta de lenguas, que tagalo había mamado y poliglota eximio fué. Al terminar en plena lucha, lloró y rezó, volviendo a Dios, en español.

Cuando poco ha un profesor, el Dr. E. Alip, pedía que se estableciera una "cátedra de Rizal", proclamaba, aunque lo hacía en inglés, la urgencia sentimental e histórica de la lengua española en el mundo estudiantil filipino.

Decía Maeztu que el espíritu de un pueblo está constituido de tal modo, que cuando deja de defenderse se desmorona. ¡Ay el día que desaparezcan los paladines mantenedores del castellano y lo que ello significa en el alma de Filipinas! ¡Ay si no dejan bien hincada en el afán de sus hijos esta herencia vital! Filipinas sentirá que se le enfría algo que llevaba muy hondo, y llegará la horrible, la tristísima pesadumbre de no entender sus propios archivos, donde duermen su historia y su alma nacional.

Cuando se oiga en Filipinas (¿se ha oído ya?) que se prefiere el anuncio luminoso a los versos de Claro Ma. Recto o la tractora y los botes de carne en conserva, el ansia de Rizal, "qué bello, Madre, morir por la luz", es que su espíritu empieza a estar en quejebra y a derrumbarse. Si no ha de haber preferencias entre vivencias de distinto plano, que todo se ha de abarcar por la Patria, no hay que olvidarse de que el espíritu es lo primero, y que si se gangrena, hasta la unidad política corre el riesgo de perderse, deshaciendo la psicología nacional en egoísmos propios o extraños.

Y Filipinas ha sido, es, espíritu selecto, vanguardia de todo el Oriente, en la ruta de luz hacia Dios.

La Religión Católica es para el Archipiélago no sólo guía, sino vínculo político, pues la Religión fué el primer abrazo que unió a sus hombres, que los juntó en Patria.

Hoy existe una tradición familiar sanísima, un concepto de la mujer excelso, un vibrar religioso profundo. A pesar del blando Oriente. A pesar del aluvión de Occidente. Quiérase o no, ahí está el fenómeno.

Distante de España, de Sudamérica, colgado en plena alma de Oriente, hay un nido de Hispanidad.

Si a alguno se le ocurre pensar en el cervantino "señores, vámonos poco a poco, pues en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño", creo que se equivoca. Se equivoca e injuria a Filipinas.

Pues si el espíritu de la Patria es Ley, Idioma y, sobre todo, Dios, y estos pájaros se le vuelan, es que Filipinas habrá dejado escapar su propio espíritu.

América pasó dejando Packards, minas, dólares, jazz y cocacola.

España se fué dejando catedrales y universidades y María Claras.

Filipinas se ha ganado su libertad y se levanta con ímpetu prócer de nación independiente. ¡Dios la guíe para adunar mesurada, jerárquicamente, estas dos bandas de remos en su bogar por la Historia!

Y mientras tanto, el aliento de Hispanidad, de Castilla, que vele fraternalmente su ruta. Yo me sé unos sitios, allá, bajo los calachuche del que fué cementerio de Paco, entre huesos filipinos y españoles, o sobre el fuerte de San Antonio, de cara a Mariveles y a Corregidor, donde todos los atardeceres llega la salmodia de un coro lejano; llega en una Nao de Acapulco, ideal, plena de voces hermanas que vienen a invitar a esta benjamina de la Hispanidad a cantar al Dios ausente del bárbaro mundo internacional, que no ve ni entiende más que los egoísmos.

Y el ángel de las Islas que ronda sobre las ruinas de intramuros la herida torre de San Agustín, clama a todos los espíritus abiertos todavía a lo Ideal:

—Ley, Idioma y Dios me hicieron Filipinas. Tengo ser. Y mis islas, verde orfeón fantástico, se han puesto a cantar por estos mares de Oriente, sobre todas las razas, el himno de Fe, de Amor y de Esperanza que un día les enseñó Hispania.

F. M U Ñ O Z H I D A L G O , O . P .

REGATAS DE TRAINERAS

(VIENE DE LA PAGINA 18)

el extremo derecho, junto a Monte Urgull. Por esta calle. Pasajes de San Juan estableció, hace ya muchos años, el récord absoluto de todas las regatas de traineras.

* * *

Las regatas de Bilbao tienen otra fisonomía muy distinta. Generalmente se celebran en aguas quietas, en donde se pone menos de manifiesto la pericia marinera de los remeros y, sobre todo, la del patrón. Tienen lugar en la ría, bajo el puente colgante—escenario corto—, o bien en el puerto exterior—aguas algo más movidas, pero sin ser mar abierto—, y siempre con tres ciabogas o virajes; es el mismo recorrido de los cinco kilómetros y medio largos, pero divididos en cuatro partes.

Exactamente las mismas características de escenario y recorrido tienen las regatas de traineras en Santander y La Coruña. Aguas tranquilas, de interior de bahía, y recorrido corto, que es preciso andar cuatro veces para totalizar las tres millas, imponiéndose, en consecuencia, las tres ciabogas en torno a las balizas.

* * *

Las condiciones peculiares de cada cancha se reflejan directamente en la técnica que en ella emplean los contendientes. Este, que es un principio fijo en todo deporte, en el de las regatas de traineras no puede fallar. Para remar en los puertos de Bilbao, Santander o La Coruña se emplea un estilo de boga distinto, completamente opuesto al usado en la bahía y mar abierto de San Sebastián. Así, en la capital de Guipúzcoa precisa una remada larga, profunda, donde juegan principalmente los riñones, usando una embarcación de más kilos; mientras que en los otros tres lugares conviene una remada corta, de antebrazo, y con embarcación ligera.

Este fué el golpe de Pedreña—santanderinos—, los actuales campeones de España, que conquistaron el título en aguas muertas, pero que fracasaron siempre cuando disputaron el título nacional con el Cantábrico incomodado.

Los de Pedreña fueron los creadores de la trainera que ahora se estila, con un peso máximo de 200 kilos, muy fina de líneas, aerodinámica, en contraste con la que se estilaba en Guipúzcoa—de 400 kilos—, de acuerdo con la tradición marinera de la pesca en mar abierto. Cuando Pedreña, y antes Peñacastillo—ambas, cuadrillas santanderinas—, se enfrentaron en San Sebastián con las cofradías guipuzcoanas, ganaron solamente una vez, con la mar en calma chicha. Posteriormente y repetidas veces fueron batidos, porque el mar no les ayudó, presentando una superficie anormalmente lisa. En cambio, en Bilbao se impusieron siempre—en los últimos años—los remeros montañeses. Y la vez que en Santander, en mar libre, en el Sardinero, se celebró el Campeonato de España—el de 1946—, Orio, con un mar embravecido y contra todos los pronósticos, ganó en punta la regata, llegando segundo Pedreña, que un cuarto de hora antes de comenzar la prueba aceptaba apuestas con el dinero a su favor en la proporción de 100 a 65.

Todo esto viene a demostrar que tanto Orio como Fuenterrabía—los dos puertos guipuzcoanos con mejores marcas en los últimos años—son superiores en mar libre a santanderinos y vizcaínos. El lector juzgará qué es lo que tiene más mérito: si remar en mar libre o hacerlo en un estanque. El que firma estas líneas se queda, indudablemente, con lo primero, que considera más potente, más rudo si se quiere...; pero las regatas de traineras son de traineras. Hacer las embarcaciones más frágiles, más ligeras...; ¡para eso están las yolas!

(TERMINA EN LA PAGINA SIGUIENTE)

REGATAS DE TRAINERAS

(VIENE DE LA PÁGINA ANTERIOR).

Se ha dicho que una trainera de hoy pesa aproximadamente 200 kilos. Va tripulada por trece remeros y patrón, teniendo un delicado trabajo, por marcar el ritmo e intervenir eficientemente en el viraje, el popel, al lado del patrón, y el proel, sobre todo este último. Famoso proel ha sido Ingacio Sarasua, de la "cuadrilla" de Orio, que estuvo a punto de conseguir el campeonato del mundo de esquife en la Olimpiada de 1936.

* * *

Cuando en 1943 se dió estado oficial a las regatas de traineras—ya antes, como hemos dicho, tenían su sabor popular y sus reglamentos especiales—, la Federación Española de Remo, adherida al Consejo Nacional de Deportes, se propuso montar los primeros campeonatos nacionales, cuya primera edición cristalizó al año siguiente; pero el interés de los mismos había nacido con el duelo Orio-Pedreña.

Efectivamente, Orio ganaba una bandera en San Sebastián, computados los tiempos de las dos regatas—en la Concha se celebran dos pruebas en dos domingos sucesivos—, y los cronistas deportivos titulaban sus informaciones con "Orio, campeón". Pero resulta que en el mismo mes, Pedreña, en Santander, realizaba una marca bastante más baja—el récord de las tres millas hemos dicho que lo ostenta Pasajes de San Juan con 19 minutos y 17 segundos en 1923—, y los colegas montañeses tomaban a broma las afirmaciones de los periodistas guipuzcoanos. Claro que Orio había realizado la regata en mar abierto, mientras que Pedreña lo hacía en la bahía. Y esto fué lo que dió origen, primero, a una regata del Cantábrico para la supremacía del mismo, que ganó Orio, y después, en 1944, al primer Campeonato de España, oficialmente controlado por la Federación. Se corrió en septiembre, en la ría de Bilbao, una tarde lluviosa. Venció Pedreña, clasificándose a 3 segundos; después, Orio.

En 1945 se celebró el II Campeonato en San Sebastián. Mes de septiembre y mañana lluviosa, con mar dura. Le tuvieron miedo al Cantábrico Pedreña y Sestao, que juntamente con San Sebastián y Fuenterrabía habían de disputar la regata. Los delegados de Pedreña y Sestao alegaron "que el mar no estaba en condiciones y que podían naufragar las traineras", y se retiraron. El Jurado dió la salida a las dos embarcaciones guipuzcoanas, que lucharon contra viento y marea. Fué una regata de patrones, hundándose las traineras en el mar para salir impulsadas a flote por las olas. Yo seguí embarcado aquella regata, en la que se marearon todos, incluso el fotógrafo, que había cruzado seis veces el Atlántico... Ganó San Sebastián, con un tiempo que da idea de cómo estaba el Cantábrico: 25 minutos, 55 segundos, 3/5. (Compárese este tiempo con el obtenido por Pasajes de San Juan, ya mencionado.)

El III Campeonato de España se celebró en aguas libres del Sardinero (Santander). Participaron Coruña (modérrima tripulación que se señalaba como víctima propiciatoria), Sestao, Orio y Pedreña. Esta última era favorita, y en las apuestas se daba 100 a 50 a que Pedreña les sacaba un minuto a los gallegos, y 100 a 65 a que Pedreña llegaba antes que Orio. Equivocación rotunda, porque ni Pedreña estuvo delante de Orio, ni tampoco le sacó el citado tiempo a La Coruña, que ciertamente fué última, pero con honra, ya que regatearon con una trainera que pesaba 100 kilos más que las otras, y en la que se daba la nota pintoresca de que los toletes eran de hierro.

Venció Orio (Guipúzcoa) por la sabia dirección de su patrón, el veterano Domingo Michelena. En segundo lugar se clasificó Pedreña, a siete segundos del primero; tercero, Sestao, y cuarto, La Coruña. Este campeonato, en mar libre, fué a una sola ciaboga, igual que el de San Sebastián, y no a tres, como el primero disputado en Bilbao.

Y en 1947, esta vez en el abra vizcaína y no en la ría, tuvo lugar la cuarta competición. Pedreña, Sestao, La Coruña y Peñacastillo se clasificaron por este orden, después de las cinco millas y las tres ciabogas. Fué éste el gran año de Pedreña, ganando todas las regatas—excepto las de San Sebastián, en las que, por una determinación absurda, no se le dejó participar—en que tomó parte.

Resumiendo los cuatro campeonatos, se comprobará que:

- 1.º Pedreña, especialista en ciabogas, es superior a los guipuzcoanos en bahía, en mar quieta.
- 2.º Que la supremacía en mar abierta ha quedado demostrada por las victorias de Orio y San Sebastián.
- 3.º Que Sestao (Vizcaya) ha tenido gran regularidad en los tres últimos campeonatos.
- 4.º Que La Coruña, un puerto nuevo en estas competiciones oficiales, va a más. Hay nervio y bravura en sus hombres, pero existe una gran desorientación técnica.

* * *

Guipúzcoa quizá sea el país en que más se apuesta. Por quitarme o no esta paja se cruza la traviesa más peregrina: desde una cena, un chiquito, hasta 50 duros. Conviene recordar que Guipúzcoa es el país del frontón.

Pero no sólo se juega el dinero por Atano III o Jesús Abrego. También, y quizá en mayores proporciones, por el forzado Echániz o los "arrantzales" de Orio. Los "arrantzales" son los remeros de Pasajes, San Sebastián, Guetaria, Zaráuz, Fuenterrabía... o cualquiera de los pueblecillos costeros. La noche precedente a las regatas de la Concha no hay quien duerma en la parte vieja. Es un gran espectáculo. En las esquinas, en el portalón del muelle, se oyen los pregones: "Sien a cincuenta a favor de Orio"; "Fuenterrabía sinco a que si a Pedreña"; "Donosty segundo a que sí"; "Dies segundos el primero a que no..." Y toda una serie de enunciados a cada cual más complicado...

Después, a la madrugada, San Sebastián se duerme. Se duerme en la Concha, mientras poco a poco surge la eclosión cándida de la mañana. Entonces empiezan a afluir los "caseros", las gentes de la provincia con sus mochilas bien repletas y sus botas de vino atosigadas de tinto de la Rioja; los autobuses del Baztán, del Duranguesado, de Navarra..., de Vizcaya, de Alava, y los veraneantes... Y así, lentamente, el monte Urgull y el Igueldo, la isla de Santa Clara, la barandilla de la Concha se cansan de aguantar a doscientos mil espectadores. ¡Ah!, y los vapores, que tienen envidia de no poder competir con las traineras.

Habrán espectáculos deportivos maravillosos; regatas de traineras como las de la Concha, ninguna.

Y al mediodía, después que el mástil del Náutico haya anunciado con los colores de las respectivas tripulaciones la clasificación de la prueba, desfilarán hacia el Ayuntamiento los miles de aficionados que todavía quieren ver ondear la bandera del ganador, distinción máxima del que consigue vencer en las dos regatas.

Otros miles desfilarán por lo angosto de lo viejo para matar "sus penas". Que en las regatas de la Concha se juegan millones de pesetas, caseríos, vacas, bueyes, carneros... Hay pueblos que se arruinaron un año. Al siguiente recuperaron lo perdido o perdieron más, según las vicisitudes de sus favoritos. Pero se juega, se juega, y la vida sigue igual, completamente normal, como si no hubiera pasado nada, y siempre esperando, anhelantes la próxima regata, de la que se habla durante el año y sólo se celebra en dos días.

PORRIÑO

DEL VIAJE DE FLEMING A ESPAÑA



EL viaje del profesor Fleming a España se debió fundamentalmente a la invitación que, a mediados del año 1947, le fué hecha por el Hospital Municipal de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, con objeto de pronunciar un ciclo de conferencias sobre temas de Bacteriología en la expresada capital. Es éste un importante detalle que probablemente ignorarán algunos lectores, para los que el desplazamiento de tan ilustre investigador no fué más que una preconcebida jira turística de singular significación.

Nada de esto. El desplazamiento de Sir Alexander Fleming a España se inspiró en una finalidad estrictamente científica y dentro de las normas propias de una invitación de carácter particular. Es muy interesante consignar este hecho, porque otorga un extraordinario valor a las espontáneas pruebas de afecto y admiración, en ocasiones verdaderamente impresionantes, con que el pueblo español significó su entusiasta homenaje a uno de los hombres que de un modo más efectivo ha laborado por el bienestar de la Humanidad en lo que va de siglo.

La invitación que, como director del Hospital de Enfermedades Infecciosas, de Barcelona, hice al profesor Fleming, fué acogida por éste, desde los primeros momentos, con una evidente simpatía.

El Ayuntamiento de Barcelona, siempre sensible a las manifestaciones de alto sentido cultural, declaró inmediatamente huésped de honor de la ciudad condal al gran bacteriólogo británico, a quien colmó de las máximas atenciones y delicadezas oficiales durante los diez días de su permanencia en Barcelona.

En el Hospital Municipal de Infecciosos de dicha capital pronunció tres magníficas lecciones sobre otros tantos temas, en cada uno de los cuales se proyecta un momento culminante de la formidable labor bacteriológica realizada por Fleming en su dilatada vida de investigador.

La primera de dichas conferencias versó sobre "Algunos aspectos de las heridas sépticas", maravilloso estudio sobre el poder terapéutico de diversos antisépticos químicos y sobre su peligrosidad o inutilidad en determinadas circunstancias. Tal estudio se emprendió durante la primera gran guerra europea y fué continuado tesoneramente en años ulteriores, y ha sido pródigo de enseñanzas para la correcta utilización de los antisépticos en las heridas infectadas. La segunda conferencia fué dedicada al "lisoizima", sustancia normalmente contenida en diversos humores orgánicos, tales como las lágrimas, moco nasal y bronquial, saliva, etc., poseedora de un poder bactericida natural contra numerosos gérmenes, y gracias al cual nuestro organismo se defiende con éxito, y por modo espontáneo, contra las incontables infecciones que de ordinario nos acechan. El descubrimiento y la descripción de las propiedades del "lisoizima" corresponden integralmente a Fleming. Finalmente, la tercera y última conferencia versó sobre la utilización terapéutica de su gran descubrimiento: la penicilina, que tantos millones de vidas ha salvado y continuará salvando. La magnífica y precisa exposición de las efectivas propiedades terapéuticas de la penicilina y de su fructuosa utilización en la práctica, tuvo todas las características de una magistral lección de cátedra plétórica de buen sentido.

En Barcelona inauguró personalmente el Departamento de Investigación que el Ayuntamiento ha construido en el recinto del Hospital de Infecciosos. No es éste el lugar para glosar la magnificencia de este Instituto, dedicado a la investigación, con características tan peculiares que permiten considerarlo como una realización extraordinaria. La solemnidad del acto inaugural se vió prestigiada por el discurso que el profesor Fleming pronunció en esta ocasión. La Real Academia de Medicina de Barcelona le nombró, a título excepcional, Académico de Honor, en una brillante sesión, y la Universidad se vió asimismo honrada con una conferencia sobre "El éxito", de profundo y agudo sentido filosófico.

Tras Barcelona, fué Sevilla la capital española que tuvo señalado empeño en honrar la relevante figura de Sir Alexander Fleming. Esta invitación fué acogida con gran agrado por dicho profesor, que no desconocía, por referencias verbales y literarias, los singulares encantos de la bella capital andaluza. La Real Academia de Medicina de Sevilla organizó un brillantísimo acto, en el que se concedió al profesor Fleming el título de Académico de Honor, con imposición de la áurea medalla de la Corporación. En dicha ceremonia leyó un interesante discurso sobre la "Historia de la penicilina", en el que se señalan las fases por que pasó su trascendental descubrimiento hasta alcanzar su definitiva eficacia terapéutica.

Finalmente, y como remate de su viaje por España, Sir Alexander Fleming dedicó la última etapa a Madrid. El Ayuntamiento de Madrid, como lo hicieran antes los de Barcelona y Sevilla, declaró huésped de honor de la capital al ilustre visitante. De su estancia en Madrid resalta como acto de excepcional importancia y solemnidad la investidura de doctor honoris causa de la Facultad de Ciencias, impresionante ceremonia de imborrable recuerdo para cuantos la presenciaron, y todavía más para su ilustre protagonista. El soberbio discurso-biografía pronunciado por el profesor Bustinza en ocasión de dicha solemnidad; el emotivo parlamento del Magnífico Rector, D. Pío Zabala, y las sentidas y vibrantes palabras del Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional, al conceder a Mr. Fleming la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, dieron a tan brillantísima ceremonia universitaria una afectuosa cordialidad que desbordó ampliamente los rígidos cauces del protocolo.

Hasta aquí lo que podríamos llamar significado científico del viaje de Fleming a España; pero esta breve exposición sería realmente incompleta si silenciáramos aquellos otros aspectos de fino sentido humano con que el pueblo español, con noble y generosa espontaneidad, supo adornar dicho viaje hasta impresionar profundamente el espíritu del gran investigador inglés, saturado ya de honores, recepciones y homenajes universales. Las pruebas de afecto y simpatía recibidas del pueblo español fueron algo insólito para Sir Alexander Fleming, y de ello dió fe, no solamente en sus impresiones privadas, sino también, en forma solemne, en el bello brindis pronunciado en la gran cena de gala ofrecida por el Ayuntamiento de Barcelona en su hermoso Salón de las Crónicas, decorado por Sert, y en las sentidísimas palabras de despedida que pronunció tras los micrófonos de Radio Nacional de España, al abandonar Madrid de regreso a Inglaterra.

Fueron constantes y sinceramente afectuosas las manifestaciones de devoto agradecimiento recibidas en las tres capitales de parte de cuantos debieron a la milagrosa penicilina el preciado don de la salud. No es posible entrar en detalles anecdóticos, de los que hemos sido testigos y cuya fuerza emotiva es sólo capaz de crear el pueblo español, sensible como nadie a la bondad, sencillez y generosidad que tan sabiamente se funden en la recia personalidad del profesor Fleming.

Desde un punto de vista turístico, tenemos la convicción de que España ha dejado en el alma del profesor Fleming una profunda huella, que ha sido labrada por los más variados e intensos contrastes: de un lado, el Monasterio de Montserrat, con su impresionante austeridad y severa liturgia benedictina; de otro, la exuberante sensualidad andaluza, plasmada en su ambiente, sus bailes, en sus imágenes, en su incomparable Giralda, y, finalmente, la esplendorosa y suprema manifestación de arte representada por el Museo del Prado, único en el mundo. Y junto a todo esto, el sol, la alegría, el afecto y estima de todo un pueblo, comprensivo como pocos y sensible como ninguno.

Nada refleja mejor la intensidad de las emociones recibidas que las palabras del profesor Fleming, al comentar las bellezas de nuestra Patria: "Me apesadumbra pensar que, de todas estas gratas impresiones que experimento, no será posible conservar en mi recuerdo toda su plenitud, tal como en este momento la siento."

De cómo Sir Alexander Fleming quiere a España, bastan las palabras que extracto de una muy reciente carta, por nosotros recibida, de tan ilustre profesor: "I hope my visit was useful in Spain. I will try to impress on my countrymen your friends feelings" (Espero que mi visita haya sido útil para España. Procuraré infundir en mis compatriotas sus sentimientos amistosos).

A sus tareas de director del Hospital Municipal de Enfermedades Infecciosas o de miembro de la Real Academia de Medicina, de Barcelona, el doctor Trias de Bes—adelantado en España de la aplicación de la penicilina, para alguno de cuyos tratamientos, el de la endocarditis, ha presentado una importante y profunda casuística personal en el II Congreso Español de Cardiología—sumó últimamente la de cicerone de mister Fleming al través de España. En estas páginas, el doctor Trias de Bes nos narra la estancia en Barcelona, Sevilla y Madrid del sabio inglés.